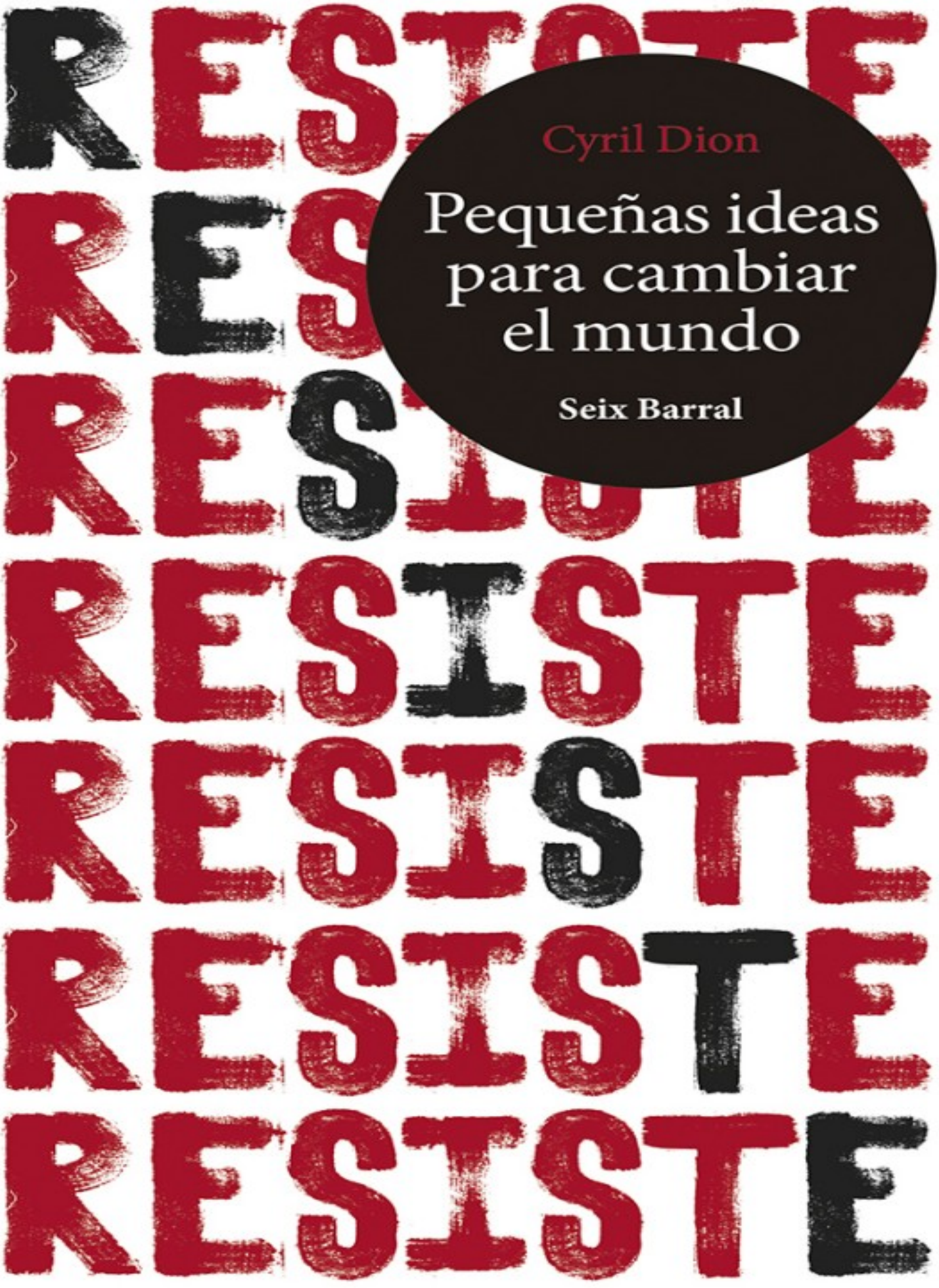
RESISTE
Cyril Dion
Pequeñas ideas para cambiar el mundo
Seix Barral

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Preámbulo
1. Es peor de lo que pensáis
2. Cada gesto cuenta si...
3. Cambiar de historia para cambiar la Historia
4. Lo que sostiene la ficción actual
5. Construir nuevas ficciones
6. ¿Y la revolución para cuándo?
7. El momento de la elección
¿Y ahora qué?
Fuentes
Notas
Agradecimientos
Créditos

Sinopsis

Vivimos en la vorágine del desastre (calentamiento global, desigualdades sociales, aumento del nivel de basura, etc.) ¿Estamos a tiempo de hacer algo? ¿Por dónde empezar? Los especialistas coinciden en que tenemos poco tiempo para reaccionar. En este pequeño pero incisivo y práctico libro, el autor plantea la necesidad de actuar. Porque estamos ante un desafío sólo comparable a una guerra mundial: si continuamos por el camino actual, la población mundial está destinada a sufrir un colapso en cuestión de décadas. Este libro ofrece un ramillete de posibilidades para pasar a la acción: individual (como parte de nuestra vida diaria), colectiva (en nuestros vecindarios, pueblos, regiones o a nivel nacional) y política (basadas en ejemplos de movilizaciones a gran escala que han conseguido paralizar a países enteros).

RESISTE. PEQUEÑAS IDEAS PARA CAMBIAR EL MUNDO

Cyril Dion

Traducción del francés por Inés Clavero y Pablo Martín Sánchez

Seix Barral

Ya va siendo hora de que pasemos de una sociedad orientada hacia las cosas a una sociedad orientada hacia la gente. Si pensamos que las máquinas y los ordenadores, el lucro y el derecho a la propiedad son más importantes que las personas, entonces el trío de gigantes —racismo, materialismo y militarismo— será imposible de vencer.

MARTIN LUTHER KING JR.
«Más allá de Vietnam: el momento de romper el silencio»,
discurso pronunciado en Nueva York el 4 de abril de 1967

Preámbulo

«¿Por qué vuestro discurso no cala? ¿Cómo convencer a la gente como yo, que siente la tentación de cambiar de hábitos pero no lo consigue?»

Estamos a 9 de diciembre de 2015. En el plató de un popular programa de televisión. Al otro lado de la pantalla, tres millones de telespectadores deben de estar siguiendo distraídamente nuestro debate. En la butaca que hay frente a mí, Yann Arthus-Bertrand parece afligido.

Desde hace algunos minutos, la periodista encargada de reseñar nuestras películas [1] —elegida recientemente mejor entrevistadora de Francia— nos tiene acorralados. Junto a ella, un francotirador de las letras, que debería estar haciendo lo mismo, se muestra apático.

La periodista continúa, dirigiéndose a mí. La película es demasiado guay, la gente que aparece, demasiado perfecta. Al verla sintió que se asfixiaba: «Sólo me entraron ganas de coger un avión, darme un baño de espuma y zamparme un buen chuletón». [2]

Nos recrimina que no hayamos hecho las cosas bien. Que no le hayamos dado ganas de movilizarse para evitar la catástrofe ecológica. Como si la responsabilidad de remover su conciencia fuera nuestra. Tengo un recuerdo extraño de ese momento. Mis palabras estaban como amortiguadas, acolchadas. Es curioso, me decía, cómo estas conversaciones (sobre el colapso ecológico) son evidentes en determinados contextos y en otros caen en saco roto...

Varios meses después, el público desmintió parcialmente la teoría de Léa Salamé. El asunto que habíamos desarrollado en *Mañana* había llegado a la gente. Por lo menos al millón doscientas mil personas que fueron a verla al cine. Luego la película se proyectó en treinta países, y ganó un Premio César. No había día en que no recibiéramos un mensaje de alguien que nos contaba lo que había hecho al salir de la sala: poner en marcha un compost,

crear una moneda local, cambiar de trabajo... Habíamos contado «una historia que nos hace mejores», según sus propias palabras. Les habíamos «devuelto la esperanza», los habíamos «inspirado».

Sin embargo, quien nos había llevado la contraria aquella noche no estaba del todo equivocada. Por lo general, los ecologistas no conseguimos transmitir nuestro mensaje. No lo suficientemente, al menos.

A pesar de todos nuestros esfuerzos, la situación no deja de empeorar, y a una velocidad espeluznante.

En este sentido, el año 2017 batió todos los récords: un iceberg gigante desgajándose de la banquisa, huracanes de una intensidad nunca vista, la temperatura más alta jamás registrada sobre la Tierra, inundaciones mortales en la India, incendios catastróficos en Portugal y en California, estudios cada vez más alarmantes... Y el famoso artículo de David Wallace-Wells del que hablaré más adelante. Por mucho que tengamos una fe inquebrantable en la humanidad, en su capacidad para hacer frente a los peores desastres y dar lo mejor de sí misma, no estar aterrorizado por lo que nos espera en los próximos decenios supone un acto de optimismo beato o una heroicidad.

Tras la lectura de tantas noticias catastróficas, nuestro reflejo fue, durante años, alertar y alertar una y otra vez... Hay que reconocer que es ineficaz. Enumerar todas estas informaciones, compartirlas frenéticamente en las redes sociales, organizar campañas, deslomarnos como hacemos desde hace años los militantes, las ONG y la prensa especializada es útil, pero globalmente inoperante. Por increíble que pueda parecerles a todos los que se sienten embargados por una urgencia ecológica absoluta, la cuestión no atrae a las multitudes. Es cierto que la atención que se le presta a la protección del planeta ha aumentado en los últimos veinte años, podríamos incluso decir que nunca ha sido tan grande. Sin embargo, las movilizaciones contra el cambio climático son ridículamente pequeñas. La mayor manifestación de estos últimos años, organizada en Nueva York en septiembre de 2014, reunió a unas trescientas mil personas, y eso a pesar del bombo mediático y de la plétora de estrellas de cine que se pusieron a la cabeza de la comitiva. Los días 28 y 29 de noviembre de 2015, justo antes

de la gran cita de la cumbre mundial de París sobre el clima (la famosa COP21), se organizó una marcha global a nivel mundial (aunque en París acabó siendo prohibida por culpa de los atentados en la sala Bataclan). Según la ONG 350.org, cerca de 2.300 manifestaciones recorrieron las calles de 175 países y reunieron en total a unas 785.000 personas [3] (seiscientas mil según *The Guardian*). [4] En comparación, un millón y medio de franceses se congregaron en los Campos Elíseos de París para celebrar la victoria de Francia en la Copa del Mundo de fútbol y al menos quinientas mil en el entierro de Johnny Hallyday.

Ciertamente, la preocupación por la ecología se ha extendido desde hace algunos años, pero sigue siendo insignificante. Demasiado a menudo, los neoecologistas, por mucho entusiasmo comunicativo que le pongan, no saben muy bien por dónde empezar, se agotan en acciones menores de escaso impacto, se embarcan en proyectos sin haberlos consensuado primero con las organizaciones sociales, políticas y económicas de su entorno. A pesar de sus esfuerzos (de nuestros esfuerzos), la destrucción va siempre más deprisa que la regeneración. Infinitamente más deprisa. Estamos dormidos. De vez en cuando, el alcance de la catástrofe nos impresiona, luego la vida cotidiana retoma su curso. Inexorablemente. En el fondo nos gusta este mundo materialista. O, en cualquier caso, nos hemos acostumbrado a él. Nos hemos acostumbrado hasta tal punto que ya no sabemos vivir de otra manera. Hoy tenemos que ir más deprisa, más lejos.

Nos enfrentamos a un peligro de una dimensión comparable a la de una guerra mundial. Incluso más grave, sin duda alguna. Un peligro provocado por una ideología materialista, neoliberal, preocupada básicamente por crear riqueza y confort, por acumular beneficios. Una ideología que considera que la naturaleza es un vasto campo de recursos disponibles para el saqueo; los animales y demás seres vivos, simples variables productivas o improductivas; los seres humanos, piezas necesarias para que funcione el engranaje de la máquina económica. Deberíamos resistirnos. Como nuestros abuelos hicieron con el nazismo, como los afroamericanos con la esclavitud y más tarde con la segregación, tendríamos que negarnos progresivamente a participar en tan funesto desenlace. Levantarnos y

retomar las riendas de nuestro destino colectivo. No queremos dirigirnos hacia la ruina y la destrucción. No queremos construir un mundo absurdo en el que cada cual se limite a desempeñar un rol de productor-consumidor. No hemos decidido erradicar toda forma de vida sobre la faz de la Tierra simplemente para poder sentarnos en el sofá con nuestro smartphone en la mano, una suave música de fondo, la tele encendida en segundo plano, el repartidor en la puerta, la calefacción regulada a 22 ^{o}C... O, si es así, entonces nos hemos degenerado definitivamente.

En este libro he intentado explorar las mejores estrategias para emprender la resistencia. Con tal propósito, he sintetizado dos años de investigaciones, de lecturas, de encuentros a través de dieciocho países, y he descubierto que los más eficaces no son necesariamente aquellos en los que pensaríamos primero. Manifestarse, firmar peticiones, actuar localmente, consumir de otra forma, hacer donaciones, implicarse, ocupar determinados lugares, organizar boicots... Todas estas propuestas que nos llegan desde incontables libros, artículos, programas, redes sociales no son de ninguna utilidad, o casi de ninguna, si se llevan a cabo de manera aislada. Las perspectivas más radicales de insurrección o de enfrentamientos violentos nos llevarían casi con total seguridad a reproducir precisamente lo que queremos combatir. Yo creo que no se trata de coger las armas, sino de transformar nuestra manera de ver el mundo. Desde el inicio de los tiempos, han sido las historias, los relatos los que han propiciado de manera más eficaz las transformaciones filosóficas, éticas, políticas... Habrá que empezar por ellos si queremos emprender una verdadera «revolución». Pero para que estos relatos puedan surgir y traducirse en estructuras políticas, económicas y sociales, es imprescindible que actuemos sobre las arquitecturas que rigen nuestros comportamientos; algo que desarrollaré en la parte final del libro.

Si todas estas cuestiones te resbalan (y, por algún milagroso motivo, este libro ha llegado a tus manos), espero conseguir que te entren ganas de interesarte por ellas.

Si te afectan y te sientes impotente, espero darte el impulso para actuar con más ahínco. No podemos conformarnos con mirar las cosas de lejos,

encogernos de hombros y acusar señalando con el dedo. Todos estamos involucrados en esta empresa de destrucción masiva, de un modo u otro. Ha llegado el momento de volver a pensar por nosotros mismos y de tomar decisiones.

Espero que durante la lectura de este libro sientas brotar en tus extremidades, en tu pecho, el característico aliento de la libertad. El incomparable deseo de crear, de ser útil. La necesidad de contribuir en algo que vaya más allá de ti mismo. De participar en un movimiento del que nuestros hijos y nuestros nietos se acordarán cuando estudien este momento clave de nuestra historia. Aquel en el que decidimos que no íbamos a renunciar.

1. Es peor de lo que pensáis

Por muy consciente que sea de que la lectura de este capítulo no resultará demasiado agradable, por mucho que limitarse a anunciar las catástrofes no sea nunca plato de buen gusto, debemos establecer nuestra reflexión sobre bases sólidas. ¿De qué situación ecológica estamos hablando exactamente? ¿Qué riesgos corremos de cara a los próximos decenios? En realidad, estamos frente a una enorme paradoja. Una paradoja que por supuesto no es ajena a nuestras dificultades para reaccionar. Porque si muchos indicadores ecológicos están en rojo, para una parte de la humanidad otros muchos están radicalmente en verde. Así, en función del prisma bajo el que contemplemos el mundo, de cómo interpretemos la información recopilada, podemos tener una percepción radicalmente distinta.

Si vivimos en Europa, en Norteamérica, en Japón, en Australia, en Sudáfrica, en un número cada vez mayor de ciudades asiáticas, sudamericanas o africanas, y formamos parte de la minoría más rica del planeta, hoy en día tendremos acceso a un confort nunca jamás alcanzado desde que el ser humano se alzó sobre sus pies. Gracias al control de la energía, podemos modelar los paisajes, recorrer el globo en unas pocas horas, establecernos en tierras glaciales o azotadas por el calor, y reproducir microclimas, fabricar en masa objetos, ropa, alimentos, trasplantar brazos, injertar cabellos, lanzar sondas para descubrir nuestras arterias o el sistema solar, comunicarnos mediante un solo clic con alguien que esté en la otra punta del planeta, verlo a través de un pedazo de metal y vidrio más pequeño que un paquete de mantequilla, conectar los cerebros, los pensamientos y los escritos de miles de millones de almas hasta ahora dispersas, construir robots, máquinas capaces de suplirnos en las tareas más desagradables, reproducir artificialmente la inteligencia mediante

superpotentes ordenadores cuya capacidad de cálculo supera todo lo que podríamos haber soñado hace apenas un siglo.

¿Cómo no dejarse deslumbrar por semejante poder? Hemos llegado hasta aquí tras siglos de luchas encarnizadas por arrancarle a la tierra nuestros medios de subsistencia; protegiendo nuestros cuerpos débiles, desvalidos, desprovistos de garras, de pelo, de músculos vigorosos, de los peligros que los amenazan; congelando, cociendo, naufragando en mitad del océano..., aterrorizados por la noche, por los rayos, por los fenómenos inexplicables. Hemos llegado hasta aquí tras muchos siglos inventando dioses y maldiciones, construyendo relatos que puedan explicar por qué morimos. Por qué vivimos.

Hoy por fin podemos disfrutar. Y no queremos desaparecer.

Como le gusta recordar al filósofo Michel Serres, conocemos desde hace unos sesenta y cinco años una paz relativa [1] y sin precedentes en la Europa occidental. [2] Por ofrecer una perspectiva histórica, hemos pasado de cien homicidios al año por cada cien mil habitantes en la Inglaterra del siglo XIV a 0,7 en la actualidad. [3] Una tendencia que se constata en todo el mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de la guerra de Vietnam, del genocidio ruandés, del conflicto sirio, nunca, desde hace seis siglos, el número de fallecimientos provocados por las guerras o los homicidios ha sido tan bajo. [4]

En sólo un siglo hemos aumentado en varios decenios nuestra esperanza de vida, erradicado enfermedades que habían provocado millones de víctimas mortales. Nuestra especie se ha multiplicado. Por fin a salvo, capaz de controlar la natalidad, de mantener con vida a sus bebés, de cuidar de sus ancianos, de curar a sus enfermos, en apenas un siglo ha doblado, ha triplicado el número de individuos, invadiendo cada rincón del planeta, desplazando las fronteras de la naturaleza salvaje.

Los profetas de lo digital y del transhumanismo nos prometen que mañana seremos capaces de duplicar nuestras capacidades cognitivas insertando chips y discos duros en nuestro cerebro, de reparar nuestros órganos, de impedir que nuestros cuerpos se deterioren, que nuestros

corazones se paren. Entonces habremos superado lo que nos hacía humanos, habremos igualado a los dioses.

Visto así, algunos podrían regocijarse con el presente. Pero, frente a esta retahíla de progreso, otra enumeración podría aterrorizarnos. Y es que estos increíbles avances no benefician del mismo modo a todos los seres humanos. En el mundo, cada seis segundos un niño muere de hambre, y cada siete, uno por no disponer de atención sanitaria. Uno de cada nueve humanos no está suficientemente alimentado, uno de cada diez bebe un agua tan sucia que no la usaríamos ni para lavar el coche.[5] En Cuba hay 672 médicos por cada cien mil habitantes, mientras que en Etiopía sólo hay tres...[6] En el plano ecológico, hemos asistido a la desaparición de la mitad de los vertebrados del planeta en estos últimos cuarenta años, del 80 % de los insectos voladores de Europa en tres decenios, pronto habrá más plástico que peces en los océanos, se talan 2.400 árboles por minuto,[7] aumentan las sequías, las inundaciones, los tornados, los territorios sumergidos, hay millones de refugiados que se lanzan a la carretera en busca de un lugar donde sobrevivir, el agua escasea cada vez más, la superficie del planeta se erosiona...

Conocemos de sobra todas estas cifras. Si el tema nos interesa, las vemos desfilar en artículos de prensa, las escuchamos por boca de ecologistas que las repiten machaconamente. Pero nuestro cerebro no reacciona ante los números, ante los conceptos, necesita imágenes, ejemplos, situaciones reales que describan lo que se esconde detrás de sintagmas como *calentamiento global*. Muy bien, la temperatura aumenta. Pero ¿qué quiere decir eso en la práctica?

En julio de 2017, el periodista norteamericano David Wallace-Wells se tomó la molestia de inventariar, en un artículo que a las pocas semanas ya se había convertido en el más leído de la historia del *New York Magazine*,[8] las plagas que los científicos más aguerridos nos prometen para los próximos decenios si no detenemos el calentamiento planetario. Y lo hace empezando con una advertencia escalofriante: «Os aseguro que es peor de lo que pensáis. Si la angustia que os produce el cambio climático se

fundamenta en la idea de la subida del nivel del mar, no habéis hecho más que rozar la superficie de los terrores que un adolescente de hoy conocerá a lo largo de su existencia». Igual que los veintidós científicos que publicaron en 2012 el célebre estudio internacional «Approaching a State Shift in Earth' Biosphere», [9] igual que Pablo Servigne y Raphaël Stevens, que basaron las conclusiones de su obra *Comment tout peut s'effondrer* [10] en decenas de publicaciones de revistas de prestigio como *Science* o *Nature*, igual que numerosos alertadores y alertadoras a lo largo y ancho del planeta, David Wallace-Wells se basa en innumerables investigaciones, en «decenas de entrevistas y conversaciones con climatólogos e investigadores, cientos de artículos científicos sobre el cambio climático» para describir el colapso y las catástrofes que la humanidad podría conocer en los próximos decenios.

Si tomo tantas precauciones para introducir lo que pretendo resumir es porque puede parecer increíble, casi diría que imposible, de tan alejado como está, aparentemente, de nuestra realidad más inmediata, de esa que vemos a través de la ventana.

E pur si muove.

Para empezar, el calentamiento va más rápido de lo que auguran en sus previsiones más alarmistas el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, en sus siglas en inglés) u otros organismos oficiales. «Dos veces más rápido de lo que los científicos pensaban en 1998.» [11] El incremento se sitúa ya en 1,2 ^{o}C. La trayectoria actual nos lleva en realidad hacia los 4 ^{o}C y, potencialmente, podría alcanzar los 8 ^{o}C. Si bien el acuerdo de París aspira a mantener el calentamiento por debajo del tope de los 2 ^{o}C en 2100, las hipótesis internas que barajan las petroleras Shell y BP prevén un incremento medio de la temperatura en la Tierra de 5 ^{o}C en 2050. [12] Y, por desgracia, la lógica contable y cínica de las multinacionales me parece menos proclive a la ceguera que la de los gobiernos.

Las manifestaciones del calentamiento ya son visibles, como ese iceberg de un tamaño equivalente a 55 veces París que se desgajó del Ártico en el verano de 2017, o esas temperaturas 20 ^{o}C por encima de la media en enero de 2017 en el Antártico, o ese récord absoluto de calor jamás registrado en el planeta en 2016, [13] o ese otro récord de cuarenta episodios de carácter huracanado en agosto y septiembre de 2017. [14]

Pero lo que nos espera se antoja bastante más espantoso.

Una de las mayores inquietudes atañe al deshielo del permafrost, la capa de suelo permanentemente helada que cubre el 20 % de la superficie del planeta, desde Siberia hasta el Ártico, pasando por Escandinavia... Sólo en el Ártico habría 1,8 billones de toneladas de carbono atrapadas, más del doble de lo que hay actualmente en la atmósfera. Si el permafrost se descongelara, el carbono se liberaría parcialmente en forma de metano, cuyo poder de calentamiento es infinitamente superior al del CO^2. Y en Siberia, setenta mil millones de toneladas de carbono duermen bajo el duro suelo, y el deshielo ya ha comenzado. A todo esto habría que añadir las emisiones que seguimos liberando a la atmósfera de manera cada vez más acusada.

El calentamiento actual podría así acelerar el calentamiento futuro y provocar un desbocamiento incontrolable. Más allá de los 5 ^{o}C no sabemos muy bien lo que puede ocurrir. Una de las últimas extinciones en masa, hace 252 millones de años, «empezó cuando el carbono recalentó la Tierra 5 ^{o}C, se aceleró cuando el calentamiento provocó que el metano del Ártico se liberara y terminó con el 97 % de la vida en la Tierra erradicada», escribe Wallace-Wells. Ahora bien, nosotros liberamos carbono a la atmósfera diez veces más rápido que en aquella época. De ahí a extraer conclusiones apocalípticas no hay más que un paso, que la mayoría de los científicos no se atreve a dar por evidentes razones de impredecibilidad del futuro, de complejidad de los fenómenos que intervienen, de ética y de responsabilidad, lo cual no significa que dichos elementos no den una particular perspectiva al futuro que nos espera.

Sin duda, la pregunta que uno se hace inmediatamente es: ¿por qué? ¿Por qué un incremento de entre 5 y 8 °C podría comportar la desaparición de una parte importante de la vida en la Tierra?

En primer lugar, por culpa del calor.

Como les ocurre a todos los mamíferos, nuestro organismo debe permanecer a una temperatura constante para mantener su equilibrio. En nuestro caso, a 37 °C. Cuando la temperatura exterior supera a la temperatura interior, poseemos mecanismos como la transpiración que permiten enfriar nuestro cuerpo produciendo humedad. Pero hasta cierto punto...

4 °C de incremento provocarían veranos tan tórridos como la canícula de 2003 que ocasionó la muerte de setenta mil personas en Europa.

6 °C someterían a los habitantes de Nueva York a un calor comparable al que tienen hoy en Baréin.

7 °C harían inhabitables amplias zonas del planeta, empezando por toda la franja ecuatorial.

«Con 11-12 °C de incremento, más de la mitad de la población, tal como está hoy en día repartida, moriría directamente de calor», prosigue Wallace-Wells, basándose en las investigaciones de Sherwood y Huber. [15]

Segunda causa de desaparición potencial: los alimentos.

Está comúnmente admitido que, por cada grado que aumente la temperatura, los rendimientos agrícolas descenderán un 10 %. Puesto que la población mundial aumenta como nunca lo ha hecho a lo largo de la historia (se ha triplicado, directamente, desde la Segunda Guerra Mundial), en teoría podríamos tener que alimentar, antes de que termine el siglo, a un 50 % más de personas con un 50 % menos de rendimientos... [16] ¿Por qué? Porque las sequías alcanzarán (de hecho, alcanzan ya) a nuevos territorios en el sur de Europa y de Estados Unidos, algunas de las zonas más densamente pobladas de Australia, de África y de América del Sur, determinadas regiones de China... Porque habrá escasez de agua. Porque la generalización de monocultivos enriquecidos con fertilizantes sintéticos deja los campos

exhaustos y reduce drásticamente la biodiversidad necesaria para la productividad de las tierras, porque la deforestación unida a las inundaciones aumenta la erosión. Nos quedaremos sin buenas tierras. Y las que tenemos no podremos estimularlas indefinidamente con productos petroquímicos si no queremos seguir acelerando el calentamiento. En cuanto a las tierras de Groenlandia o de Siberia que algunos miran ávidamente con el rabillo del ojo, no alcanzarán su pico de fertilidad hasta pasadas varias decenas de años de cultivo.

Como nos recuerdan Jared Diamond en *Colapso* [17] o el agrónomo y ecologista mundialmente famoso Lester Brown en *El mundo al borde del abismo* [18] (apréciese la creatividad en los títulos de los libros que pretenden anunciar la fractura que se avecina), la desaparición de las civilizaciones casi siempre va ligada a una fractura en la cadena alimenticia.

Y hacia ella vamos de cabeza.

Luego vienen las enfermedades. Abrochaos los cinturones.

Como nos recuerda Wallace-Wells, algunos virus se hallan atrapados en los hielos árticos desde hace millones de años, más tiempo que la propia existencia del ser humano. Así que no sabemos cuál puede ser nuestra reacción. Virus más recientes, como los de la gripe española o la peste bubónica, se encuentran presumiblemente en Siberia o en Alaska. Pero lo que más preocupa a los epidemiólogos es la expansión geográfica, la mutación o la propagación de ciertas enfermedades por culpa de la alteración del clima. Sin duda alguna, la malaria o el dengue migrarían a zonas templadas, como Europa occidental. Y, lo que es peor, por cada grado de incremento de la temperatura, el parásito portador de enfermedades como la malaria se reproduce diez veces más deprisa.

Hablemos ahora del aire que respiramos.

En París, como en muchas otras grandes ciudades, debido a las repetidas advertencias sobre la polución del aire hemos tomado dolorosamente conciencia de que las emisiones de los coches, de las fábricas, de los viejos aparatos de calefacción, unidas a las partículas finas del gasóleo, al nitrógeno de los fertilizantes agrícolas y demás alegrías químicas,

constituyen una nube que irrita los bronquios, produce sinusitis, ensucia los pulmones, contamina nuestro organismo y lo debilita hasta el punto de provocar su muerte. Hoy supone la tercera causa de mortalidad en Francia: 48.000 personas fallecen anualmente de manera prematura como consecuencia de la polución del aire. Diez veces más que el número de víctimas provocadas por accidentes de tráfico y casi el mismo que las que se le achacan al consumo de tabaco. En China y en la India, el número de personas que fallecen anualmente asfixiadas por la nube de carbón, los gases de escape y otros contaminantes alcanza los 1,1 millones de personas. [19] En 2013, el año del famoso *airpocalypse* chino, «el esmog fue el causante de una tercera parte de las muertes en todo el país», nos recuerda de nuevo Wallace-Wells. En el mundo, 7,3 millones de personas mueren cada año por culpa del aire que respiran. [20]

Pero esto no es todo. Cuanto más aumente la concentración de gas carbónico o de ozono en el aire (unido a otros factores medioambientales), [21] más disminuirán nuestras capacidades cognitivas o más probabilidades habrá de que se dispare el número de niños autistas...

Todo esto sin contar que la concentración de oxígeno podría disminuir al mismo tiempo: el 20 % del oxígeno mundial proviene actualmente de la selva amazónica, bastante afectada ya por la deforestación, pero que podría sufrir una suerte aún más radical si el aumento de las temperaturas la secara de tal modo que se convirtiera en pasto de los incendios que han asolado en los últimos años numerosos bosques mediterráneos o californianos. Además, al consumirse, liberaría a la atmósfera cantidades ingentes de carbono. Igual de preocupante es la muerte de los corales marinos, víctimas de la acidificación de los océanos y de las agresiones de la pesca industrial, que nos lleva a temer por la desaparición de buena parte de la vida marina y del 40 % de oxígeno que prodiga al planeta.

Desgraciadamente, es previsible que la suma de estas tensiones exacerbe las guerras, como han señalado los científicos del IPCC. [22] Según Marshall Burke y Solomon Hsiang, profesores en las universidades de Stanford y de Berkeley, por cada medio grado de incremento de la temperatura mundial, el riesgo de enfrentamientos armados aumentará entre un 10 y un

20 %.[23] El cambio climático no es el único culpable, pero unido a otros factores puede ser devastador, como ocurrió en Siria.[24] Y es que las guerras, las sequías, las inundaciones provocan a su vez migraciones en masa. Se estima ya en 65 millones las personas desplazadas por los cambios climáticos. Y esta cifra va a seguir aumentando. Hace ya diez años, el Alto Comisionado para los Refugiados y la ONU pronosticaron la cifra de 250 millones para el año 2050.[25] Imaginémonos las olas migratorias que hemos conocido, como la provocada por la guerra en Siria, multiplicadas por tres, cinco, diez. ¿Cómo reaccionarían Francia, España, Italia, Alemania, Grecia? ¿No propiciaría el advenimiento de partidos xenófobos, auspiciados por el rechazo a tanto extranjero desembarcando en masa en nuestras regiones privilegiadas?

Por otra parte, si los recursos naturales disminuyen, no sería de extrañar que los Estados emprendieran una lucha despiadada por controlarlos: agua, petróleo, tierras cultivables, minerales... China ya está comprando millones de hectáreas en África, en Australia, en América del Norte o en Asia para dedicarlas a la agricultura.[26] De momento, la población de los respectivos países no se ha rebelado, pero ¿ocurrirá lo mismo cuando esté en juego su supervivencia? China posee también los principales yacimientos de tierras raras indispensables para llevar a cabo la revolución digital y la transición energética. ¿Qué harán los países como Estados Unidos y sus empresas de Silicon Valley cuando empiecen a escasear estos recursos y sea su gran rival quien los venda a precio de oro?

Todos estos datos, sumados, dejan sin aliento. Más aún, si cabe, por el hecho de estar interconectados y abundar en dictámenes contradictorios. Para crear más riqueza, más empleo, para reducir las desigualdades, para fomentar el crecimiento necesitamos energía en grandes cantidades. Actualmente, la principal fuente de abastecimiento es el petróleo. Ahora bien, para detener el calentamiento tenemos que dejar de utilizar petróleo. Pero, si lo hiciéramos, provocaríamos un colapso económico...

Veamos algunos ejemplos.

Cada viaje de ida y vuelta entre Londres y Nueva York le cuesta al Ártico 3 m^2 de banquisa. La media, a nivel mundial, ronda los cien mil

vuelos diarios (37 millones de vuelos anuales). Fijémonos hasta qué punto esta situación es insostenible; habría que detener urgentemente estos viajes incesantes. Y lo mismo cabe decir de una cantidad incalculable de actividades. Pero ¿qué ocurriría si lo hiciéramos? El centro de las megalópolis apenas dispone de unos días de autonomía alimenticia si el baile de camiones no llega para abastecerlas. En Francia circulan diariamente trece mil camiones, por término medio. [27] El 99 % de nuestras necesidades cotidianas se transporta por carretera. [28] Una parte inmensa de nuestros objetos (incluidos los instrumentos relacionados con nuestra actividad productiva, como ordenadores, módems, servidores, etcétera), de nuestros productos alimenticios (vía fertilizantes, tractores, maquinaria de toda índole), de nuestros medios de producción de energía para calentarnos y desplazarnos dependen directamente del petróleo. Lo esencial de nuestra economía globalizada está siempre y absolutamente conectado al gotero del oro negro. En 2009, numerosos analistas, entre ellos Jeremy Rifkin, [29] señalaban directamente al aumento del precio del barril, que se disparó hasta los 150 dólares, como el principal responsable de la crisis económica mundial. Imaginémonos lo que podría llegar a ocurrir si tuviéramos que imponer brutales gravámenes para limitar su consumo, o si lisa y llanamente tuviéramos que dejar a partir de ahora la mayor parte en el subsuelo del planeta (que es lo que recomiendan todos los activistas y científicos que luchan contra el cambio climático). No estamos en absoluto preparados para ello.

Pero tampoco lo estamos para asumir lo que nos costarán las catástrofes si no hacemos nada. En 2006, sir Nicholas Stern valoraba en 5,5 billones de euros el coste de la inacción. [30] Buen ejemplo de estas cantidades ingentes lo tenemos en los costes ocasionados por los huracanes Irma y Harvey, las inundaciones en la India o los incendios en Portugal y California.

Podríamos añadir a esta lista un buen número de amenazas aterradoras. La que constituye, por ejemplo, la desaparición en masa de especies por los ataques indiscriminados de la agricultura industrial, de la deforestación (que a menudo es la consecuencia), de la urbanización y del cambio climático. O el agotamiento de los recursos naturales por culpa de la producción

desenfrenada de bienes. O la contaminación química y plástica generalizada, que pone en peligro nuestra salud y la de los ecosistemas marinos. O la guerra y los accidentes nucleares...

Pero si habéis tenido el valor de leer este primer capítulo, sin duda habréis comprendido que la situación es grave, realmente más grave de lo que pensabais.

La siguiente pregunta que podríamos hacernos es: ¿aún estamos a tiempo de resolver todos estos problemas?

Si nos atenemos a las últimas contribuciones a esta cuestión, resulta razonable tener serias dudas al respecto.

Christiana Figueres, vicepresidenta del Consejo Mundial de Alcaldes por el Clima y la Energía, con el apoyo de numerosos científicos y responsables políticos, declaraba en junio de 2017 en la revista *Nature* [31] que sólo tenemos un margen de tres años para reducir drásticamente las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) si queremos mantener el planeta por debajo del fatídico tope de los 2 ^{o}C de calentamiento.

El 13 de noviembre de 2017, 15.364 científicos de 184 países firmaban conjuntamente un manifiesto en el que llamaban a los dirigentes y a los ciudadanos del mundo entero a despertarse de una vez: «Para evitar una miseria generalizada y una pérdida catastrófica de la biodiversidad, la humanidad debe adoptar prácticas alternativas más sostenibles ecológicamente que las que tenemos en la actualidad. [...] Pronto será demasiado tarde para desviar nuestra trayectoria abocada al desastre». [32]

Yves Cochet, exministro francés de Medio Ambiente y presidente del Institut Momentum, que reúne a científicos y a investigadores multidisciplinares, es incluso más pesimista. En una columna fechada el 23 de agosto de 2017, se atrevía a proponer una tentativa de programa: [33] «Por mucho que la prudencia política invite a no mostrarse demasiado explícito, y que la moda intelectual sea la de la incertidumbre respecto al porvenir, yo considero por el contrario que los treinta y tres próximos años en la Tierra ya están escritos, *grosso modo*, y que lo más honesto es arriesgarse a ofrecer un calendario aproximativo. El periodo 2020-2050 será el más

estremecedor que la humanidad haya vivido nunca en tan poco tiempo. Año arriba, año abajo, constará de tres etapas sucesivas: el fin del mundo tal y como lo conocemos (2020-2030), un intervalo de supervivencia (2030-2040) y el inicio de un renacimiento (2040-2050)».

Cada año se anuncian un sinfín de nuevos calendarios y podríamos objetar que la mayoría de las predicciones sobre el futuro ha resultado ser falsa, que podrían intervenir nuevos cambios tecnológicos y darle la vuelta a la situación... Pero, en cualquier caso, la simple prudencia invitaría a considerar que, sea cual sea el calendario, ya hemos tardado demasiado.

Es hora de actuar.

2. Cada gesto cuenta si…

¿Qué respuesta aportar ante semejante desencadenamiento de fenómenos catastróficos? Es una pregunta que llevo diez años planteándome. Como la mayoría de quienes comparten estas preocupaciones, comencé por tomar el camino del compromiso militante. Así, a finales de 2006, junto a Pierre Rabhi, Isabelle Desplats, Jean Rouveyrol y algunos amigos más, fundamos el movimiento Colibris, cuyo nombre se inspira en una leyenda amerindia muy conocida: «Un día —cuenta la leyenda— se desató un enorme incendio en la selva. Todos los animales, aterrorizados, contemplaban impotentes el desastre. Tan sólo el pequeño colibrí pasó a la acción y fue a buscar algunas gotas de agua con el pico para echarlas sobre las llamas. Al cabo de un rato, el armadillo, exasperado por aquella ridícula agitación, le dijo: "¡Colibrí! Pero ¿estás loco? ¡No vas a apagar el fuego con esas gotas de agua!". A lo que el colibrí replicó: "Lo sé, pero pongo mi granito de arena"».

Pierre Rabhi, quien ha contado mucho esta leyenda, la utiliza para ilustrar el hecho de que no somos impotentes frente al desastre, de que todos podemos ejercer nuestra responsabilidad, nuestro libre albedrío, nuestro poder sobre una situación determinada. Podemos «poner nuestro granito de arena». No para salvar el mundo, no porque pensemos que nuestra acción marcará la diferencia, sino sencillamente porque nuestra conciencia y nuestros valores nos lo dictan.

Como refiere Olga Wormser[1] a propósito de los detenidos en los campos de concentración, «en la proximidad física y moral más horrible, cuando la privación de un pedazo de pan podía causar la muerte de una persona, cuando una conversación o una reunión podían despejar el camino del crematorio, cuando la fe religiosa estaba proscrita, cuando la fidelidad hacia ciertas convicciones políticas era un crimen, surgieron hombres y mujeres para organizar la solidaridad, para salvar vidas, para oponerse a la

voluntad de muerte de las SS y sus secuaces; hubo sacerdotes que dieron la comunión, grupos de hombres que organizaron la Resistencia». [2]

En cierto modo, el colibrí actúa porque, a su juicio, no hay nada mejor que hacer. Si los demás animales lo acompañan, mejor que mejor, si la lluvia empieza a caer, mejor aún, pero él, mientras tanto, habitado por una pulsión de vida, «pone su granito de arena», como esos hombres y mujeres enfrentados a lo innombrable. Podríamos ver en esta leyenda la idea de que en todos nuestros gestos reposa una parcela del mundo. Y de que este mundo es, hoy más que nunca, el fruto de la suma de nuestros actos, incluso de los más ínfimos. Nuestras sociedades se sostienen gracias a esa trama tejida a diario por todas las pequeñas manos que escogen la solidaridad y la generosidad frente al egoísmo, los cuidados frente a la destrucción, que realizan labores que unas veces son ingratas y otras quedan ahogadas en un océano de acciones contrarias, porque es lo que les parece justo. Asimismo, podríamos decirnos que la suma de los miles de millones de pequeños gestos que eligen tirar en lugar de arreglar, ir al supermercado en lugar de a un comercio independiente, comprar en Amazon y no en una librería de barrio, desplazarse en coche en vez de en bici, vestir ropa más barata fabricada al otro lado del mundo en condiciones poco apetecibles para poder renovar el armario más a menudo o comer carne dos veces al día termina, también, por moldear el mundo tal y como es. Es la base de la acción de las ONG desde hace varios años: animar a cada uno a cambiar su modo de vida. Y por ahí decidí empezar a actuar.

Hoy, no obstante, varias causas echan por tierra esta concepción. En primer lugar, las cifras. Pese a todas las campañas de sensibilización y a una toma de conciencia creciente, cada vez consumimos más petróleo, más recursos, emitimos más CO^2, provocamos la desaparición de más especies. En segundo lugar, algunos pensadores, como el filósofo esloveno Slavoj Žižek. Para él, «el discurso ecológico imperante nos interpela como si fuéramos culpables *a priori*, como si viviéramos en deuda con nuestra madre Naturaleza, sometidos a la presión constante de un superego ecológico: “¿Qué has hecho hoy por doña Naturaleza? ¿Seguro que has tirado tus viejos papeles al contenedor de reciclaje previsto a tal efecto? ¿Y las

botellas de vidrio? ¿Y las latas? ¿Has cogido el coche cuando podías haber circulado en bici o usado el transporte público? ¿Has puesto el aire acondicionado en vez de bajar las ventanillas?". Las implicaciones ideológicas de esta individualización son evidentes: enfrascado en mi evaluación personal de conciencia, me olvido de plantearme preguntas mucho más pertinentes sobre nuestra civilización industrial en su conjunto». [3] Éste es, a grandes rasgos, el pensamiento que desarrollan otros autores y activistas, como Will Falk cuando habla de todos aquellos que, después de tomar conciencia del saqueo de nuestro planeta, quedan atrapados en un sistema de culpabilidad perpetua, obligados como están, por su modo de vida, a contribuir con esta empresa de destrucción masiva: «Al pasarse el tiempo reciclando, firmando peticiones en internet y compartiendo coche para ir a trabajar, alivian su conciencia inflamada, murmurando para sus adentros: "Por lo menos no estoy cargándome el planeta"». [4] Para Will Falk, así como para multitud de miembros del movimiento de la Deep Green Resistance (DGR) al que pertenece, se acabó la era de pensar en los «pequeños gestos», como expone Derrick Jensen en su texto «Olvidémonos de las duchas cortas»: «¿Acaso alguna persona en su sano juicio pensaría que la recolección urbana podría haberle parado los pies a Hitler, que el compostaje habría erradicado la esclavitud o conseguido la jornada laboral de ocho horas, que cortar leña y cargar agua habría sacado a los presos de las cárceles zaristas, que bailar desnudo alrededor del fuego habría ayudado a promulgar la ley de derecho al voto de 1957 o la de derechos civiles de 1964? Entonces ¿por qué ahora, con el mundo entero en juego, hay tanta gente que se atrinchera tras las "soluciones personales"? Una parte del problema viene del haber sido víctimas de una campaña sistemática de desorientación. La cultura del consumo y el pensamiento capitalista nos han enseñado a sustituir la resistencia política organizada por actos de consumo individual». [5]

Y resulta que, para Derrick Jensen, esta supuesta resistencia política es ineficaz. Basta con ojear algunas cifras para convencerse. ¿Te repiten hasta la saciedad que darse una ducha en lugar de un baño supondrá un ahorro para los recursos hídricos del planeta? En realidad, el 92 % del consumo de agua viene de la agricultura (70 %) y la industria (22 %). [6] ¿Reciclas, haces

compost, reparas para limitar los residuos que invaden el planeta? Malas noticias, pues los desechos domésticos representan sólo el 3 % de la producción mundial de residuos en Estados Unidos y el 8,3 % en Europa. [7] Otro tanto para la energía, donde el consumo individual supone cerca del 25 % del consumo global... [8]

Todo esto incita a Kirkpatrick Sale, activista y escritor cercano a la DGR, a afirmar: «El sentimiento de culpabilidad individualista del todo-lo-que-podrías-hacer-para-salvar-el-planeta es un mito. Nosotros, como individuos, no creamos las crisis, y no podemos resolverlas». [9]

Aquí ya hay con qué desmoralizar a unos cuantos aprendices de ecologistas convencidos de ir por buen camino tras haber optado por la bici, reducido su consumo de carne o cambiado todas las bombillas de su casa. Quizá haya llegado el momento de emprender acciones políticas si la acción individual es hasta tal punto inoperante. En cualquier caso, es lo que piensan cantidad de activistas que intentan, por todos los medios, apremiar a nuestros dirigentes a tomar medidas más ecológicas o más respetuosas con los derechos sociales. Pero, de nuevo, ¿es verdaderamente eficaz?

La parálisis política

Desde hace años asistimos o participamos en campañas nacionales o internacionales destinadas a presionar a los gobiernos. En el ámbito ecológico, la más espectacular fue sin duda el Pacto Ecológico promovido por la Fundación Nicolas Hulot en las elecciones de 2007. Firmado por novecientas mil personas, difundido y respaldado por Alliance Pour la Planète, una coordinadora de setenta ONG, dio a luz en diciembre de 2007 a Grenelle de l'environnement, una iniciativa lanzada con gran pompa por el presidente Sarkozy, respaldado por el presidente de la Comisión Europea de aquel entonces, Manuel Barroso, y los dos premios Nobel de la Paz Al Gore y Wangari Maathai. Al leer la declaración [10] ofrecida en esta ocasión por el presidente francés, entran ganas de sonreír o tal vez de llorar. En aquella época, Nicolas Sarkozy llamaba a «una revolución ecológica»,

apoyaba la idea de un impuesto sobre el carbono, incidía en que nuestro «modelo de crecimiento está condenado», defendía el principio de precaución «que debe interpretarse como un principio de responsabilidad». Y apelaba a su ministro de Agricultura, Michel Barnier, para poner en marcha un plan con el objetivo de reducir a la mitad el uso de pesticidas de cara a la próxima década. Diez años después, no ha habido revolución ni «New Deal» ecológico, no se ha aprobado ningún impuesto sobre el carbono, el modelo de crecimiento va relativamente bien (en fin, mejor desde que el crecimiento vuelve a estar en alza) y el famoso plan Écophyto, votado en 2008, no ha obtenido los resultados previstos, bloqueado por la inercia e incluso la oposición del sindicato agrícola mayoritario, numerosas industrias agroalimentarias y *lobbies* de toda índole. Pese a cierta voluntad exhibida por el ministerio, y reafirmada por uno de sus sucesores, Stéphane Le Foll, quien elaboró el plan Écophyto 2 [11] (cuando el 1 no funciona, siempre tiene que haber un 2, al contrario de lo que ocurre en el cine), el uso de pesticidas en Francia se ha incrementado un 20 % entre 2009 y 2016. [12]

En realidad, los gobiernos, por sí solos, suelen ser impotentes (o reticentes) a la hora de realizar transformaciones de envergadura. Todo va demasiado rápido. Ahogados en un torrente de información y reacciones mediáticas, movilizados el día entero por unas agendas delirantes que los conducen de visitas oficiales en reuniones, inauguraciones y giras comerciales, los miembros de los gobiernos no tienen tiempo de anticipar, de tomar distancia, suelen verse limitados a reaccionar y a veces con dificultades para movilizar a su administración. La dictadura del corto plazo y la voluntad de ganar las próximas elecciones los hacen contentarse con medidas que tienen la obligación de ser espectaculares o, al menos, rápidamente eficaces. Queda poco espacio para las transformaciones de envergadura, para los planes ambiciosos de diez o veinte años, como reclamarían la lucha contra el cambio climático o la extinción de especies. De hecho, muchos antiguos políticos han puesto de manifiesto la frustración que su cargo genera, la enorme distorsión entre lo que percibe la opinión pública, que cree que el poder reside en sus despachos de sillones acolchados, y la realidad de su impotencia. Pese al respaldo de un amplio

movimiento popular en Estados Unidos y a una fabulosa aura internacional, Barack Obama no consiguió implantar más que una gran medida —el seguro médico— antes de perder la mayoría en el Senado y pasarse los seis años posteriores paralizado. Como François Mitterrand le confiara lacónicamente a su esposa Danielle en 1983: «Hemos ganado el gobierno, pero no el poder». [13] Los responsables políticos se ven limitados a gestionar la realidad, han perdido la capacidad de orientarla. La complejidad se ha vuelto demasiado grande. Se hallan en perpetua adaptación. Algunos, no obstante, se afanan por intentar obtener resultados. Otros rinden las armas y se concentran en lo alcanzable: conservar el poder. Para tal fin, orientan sus políticas en función de los sondeos de opinión y de las oportunidades. François Hollande es, sin lugar a dudas, el presidente francés que más lejos ha llevado el cinismo en este ámbito. Desde que salió elegido, teorizó que lo único que podría marcar la diferencia a la hora de intentar una reelección sería la inversión de la curva del desempleo. El resto era accesorio. Eso fue, pues, lo que se lanzó a hacer. Desafortunadamente, afrontó la tarea al revés durante dos años y, tras corregir el rumbo, terminó por obtener resultados, pero... demasiado tarde. Su sucesor es quien ahora aprovecha la bonanza económica. Otros mantienen su posición en el poder aliándose a las empresas más influyentes, que sí moldean el mundo. Esto es especialmente cierto en Estados Unidos, donde estas compañías financian a los partidos políticos y ejercen una influencia crucial en las elecciones. Incluso después del periodo electoral, el peso del *lobby* financiero (pagar a políticos), psicológico (contratarlos constantemente) o a través de las puertas giratorias [14] es considerable.

En realidad, el poder ya no está en manos de quienes aparentan ostentarlo y monopolizan la atención durante los espectáculos electorales.

¿Acción individual o acción colectiva?

A mi juicio, el debate que enfrenta acción individual y colectiva es tendencioso. Se plantea como si fuera preciso elegir entre ambas, cuando

parece evidente que ni en nuestro día a día ni en la política debemos actuar solos o en grupo, sino que es necesario hacer lo uno *y* lo otro.

Actuar individualmente no es inútil. El propio Jensen acaba por decir: «Seamos claros. No digo que no debamos vivir con sencillez. Yo mismo vivo de manera sencilla, pero no pretendo hacer creer que comprar lo mínimo (o no conducir apenas, o no tener hijos) sea un acto político potente o profundamente revolucionario. No lo es. El cambio personal no es igual al cambio social». [15] Una afirmación que yo matizaría. Sin duda, si las contemplamos desde un prisma determinado, las acciones individuales pueden parecer ridículas en comparación con las actividades sistémicas agrícolas, industriales o macroeconómicas. No obstante, fácilmente podríamos adoptar otro punto de vista... Si las grandes empresas o colectividades contaminan, malgastan y destruyen es con el fin de producir unos bienes de consumo o unos servicios destinados a ciertos individuos. Si esos individuos dejan de comprar esos productos y servicios, dichas actividades no tendrán más remedio que reducirse.

Tomemos el ejemplo de la alimentación. Hoy, en Francia, cuatro centrales de compras (Carrefour, Système U/Auchan, Leclerc y Casino/Intermarché) aglutinan el 92,2 % de las ventas en valor (y el 88,5 % en volumen) de los «productos de gran consumo y frescos». [16] Y lo mismo sucede a escala europea. [17] Es lo que llamamos *efecto pajarita*: la mayoría de los productores de un lado, la mayoría de los consumidores del otro y, en el medio, el intercambiador conformado por estas cuatro o cinco sociedades. Esta posición les otorga un poder considerable a la hora de fijar los precios, influir en las condiciones de producción y determinar el porvenir del modelo agroalimentario francés. Incitan directamente a la agricultura industrial que, como hemos visto, despilfarra la mayor parte del agua y participa de forma significativa en las emisiones de gases de efecto invernadero. Colaboran estrechamente con las multinacionales de la industria agroalimentaria, que ejercen, ellas también, una incidencia sustancial en la producción de desechos, las prácticas agrícolas, los transportes de mercancías, los procesos industriales de producción... A primera vista, el poder económico y estructural de estas sociedades parece inamovible, y su capacidad nociva, desmesurada con respecto a la de los

pobres diablos que somos. Pero ¿quién les da su poder a estos mastodontes? ¿Quién los enriquece un poquito más cada día? ¿Quién les asegura esa posición dominante en el mercado alimentario, que, a su vez, les permite ejercer semejante influencia? Sus clientes. Los millones de personas que, día tras día, acuden a llenar sus carritos de la compra a las estanterías de sus gigantescos almacenes. Aquello que el humorista Coluche resumía con: «Y pensar que bastaría que dejarais de comprarlo para que no se vendiera...». Evidentemente, podríamos objetar que también han sido las elecciones políticas las que han abocado a Francia a elegir la opción del todo-en-el-supermercado en la década de 1960 (a golpe de subvenciones, campañas de incitación...), igual que se decantó por la opción nuclear. Estoy de acuerdo. Sin embargo, este modelo sólo puede sostenerse si cada uno de nosotros damos nuestro consentimiento para participar de él. Si una mayoría de individuos dejara de proveerse de alimentos o de todo tipo de productos en las grandes compañías que más contaminan, más derrochan y más transportan, éstas perderían buena parte de su capacidad nociva. El problema está en conseguir convencer a una mayoría. Aquí es donde interviene la necesidad de relatos comunes, de un contexto donde puedan enmarcarse todas estas acciones. Si las ponemos en práctica de este modo —articuladas con las de mucha otra gente—, las acciones individuales son fundamentales. No sólo porque se suman entre sí, sino porque constituyen también el fermento para unas transformaciones culturales más amplias. Tomemos el ejemplo del consumo de productos ecológicos, cuyo crecimiento se ha disparado en los últimos años, consolidándolos como uno de los pocos sectores que no conocen la crisis. El volumen de negocio de la venta de productos ecológicos se ha duplicado desde 2010 y se ha multiplicado por 7 desde 1999. Ahora bien, este incremento reposa mayoritariamente sobre las compras de particulares.[18] No es ninguna casualidad, pues, que tantas marcas hayan empezado a proponer una línea ecológica, que —en consecuencia— la superficie agrícola de los cultivos ecológicos se haya triplicado desde hace diez años (aunque siga siendo de lejos insuficiente), que se haya creado formación específica en los institutos agrícolas y que sean cada vez más numerosas las propuestas de ley que intenten (no siempre con éxito) limitar el uso de pesticidas. De hecho, una

de ellas fructificó en 2016. La propuesta, planteada por el senador ecologista del departamento del Morbihan Joël Labbé, gozó de un amplio apoyo de las ONG y de diversos y variados ciudadanos, que pudo expresarse a través de la plataforma Parlement & Citoyens. El principio es sencillo: permitir a los parlamentarios presentar una propuesta de ley al público y solicitar su ayuda para enriquecerla, enmendarla y, en última instancia, promoverla. Gracias a una cooperación eficaz entre gobernantes (dicho senador, respaldado por otros parlamentarios y por la ministra de Ecología de aquella época, Ségolène Royal) y ciudadanos, la ley que prohibía el uso de pesticidas en el espacio público fue promulgada y entró en vigor el 1 de enero de 2017.

Estos cambios son aún contados y para marcar la diferencia necesitarían inversiones sustanciales de las empresas y traducirse en leyes de alcance más amplio: reorientar las subvenciones europeas, forzar a los actores públicos a abastecer a todos sus comedores con productos locales y ecológicos, incentivar a los agricultores a abandonar progresivamente los pesticidas y a transformar sus prácticas agrícolas...

Para conseguir implantar estas legislaciones, y contrarrestar el poder de toda suerte de *lobbies*, los gobernantes deben aliarse con los ciudadanos y viceversa... Así lo entendió Franklin D. Roosevelt —uno de los últimos dirigentes de una democracia occidental que emprendió reformas de un valor inusitado— al adoptar una estrategia muy suya, según refiere Naomi Klein en una de sus conferencias: «Cuando Roosevelt se citaba con las organizaciones sociales o sindicales y éstas le proponían medidas que deseaban integrar en el New Deal, las escuchaba pacientemente y les decía: “Salid a la calle y obligadme a hacerlo”. En 1937 se convocaron 4.740 huelgas». [19] Y se consiguieron unos progresos sociales únicos en la historia de Estados Unidos.

Para emprender transformaciones políticas de envergadura, los ciudadanos necesitan unos responsables políticos valientes, que a su vez necesitan a millones de ciudadanos que los respalden. Detrás de cada cuento de hadas de responsables políticos que impulsan mutaciones democráticas, ecológicas o sociales, encontramos estrategias de cooperación. Pero estas alianzas entre gobernantes y ciudadanos no pueden

caer del cielo. Soy incapaz de imaginar a millones de personas movilizándose para obligar a sus gobiernos a instaurar una política de cero residuos o a reorientar las subvenciones agrícolas hacia lo ecológico si no están mínimamente comprometidas en su día a día. Tampoco puedo imaginarme a un nuevo tipo de líderes políticos si no cuentan con el apoyo de los movimientos sociales. Ambas estrategias —actuar en lo cotidiano y en la política— no pueden disociarse ni a medio ni a largo plazo.

Actuar, pero ¿para qué?

Admitamos, pues, que este debate estéril no tenga razón de ser y que, si ha de haber una acción de envergadura, sólo tenga cabida pensada en todos los niveles, en una cooperación entre gobernantes, empresarios y ciudadanos. Falta saber qué hacer, puesto que, aquí también, dos sensibilidades se enfrentan.

Una [20] sostiene que un colapso generalizado ya está en marcha y que es demasiado tarde para frenarlo. Tan sólo podemos amortiguar el golpe. Con el término *colapso*, Yves Cochet designa un proceso que podría abocar a los Estados y las organizaciones centralizadas a ser incapaces de garantizar a la mayoría de la población las necesidades básicas: alimentos, agua potable, calefacción, electricidad, cuidados, educación...

Para una parte de estos pensadores e investigadores, es inútil malgastar tiempo y energía queriendo transformar el sistema desde dentro (presionando a las políticas de los gobiernos, intentando que las multinacionales cambien...). Estas megaestructuras están construidas para funcionar en el modelo capitalista, consumista, basado en el crecimiento. No obstante, la única manera de paliar la catástrofe consiste en hacer menguar drásticamente —a la décima parte, propone Yves Cochet— nuestro consumo de energía y de recursos, lo que abocaría a un colapso del crecimiento y del PIB. Atrapados en una lógica que los vuelve (nos vuelve) completamente dependientes del crecimiento, los Estados y las empresas no tienen elección: hay que seguir, a riesgo de saturarse e irse a pique. Una parte de los *colapsólogos* y los ecologistas «radicales» plantean, pues, una

doble acción: oponerse al sistema para impedir que continúe destruyéndolo todo y edificar las condiciones de la supervivencia. Para los paladines de la Deep Green Resistance, es imprescindible sabotear y «desmantelar» la sociedad industrial. En la línea de los resistentes que volaban los trenes por los aires y atacaban las infraestructuras nazis, consideran que hay que empezar a bloquear las refinerías, impedir la construcción de aeropuertos, centrales nucleares, zonas comerciales gigantes y demás símbolos de la huida desenfrenada hacia un consumo-destrucción en aumento. Ralentizar al máximo el saqueo, aunque implique interponerse entre la naturaleza y aquellos que deseen continuar haciéndola papilla. Al mismo tiempo, buscan sentar las bases de una nueva sociedad, más resiliente, [21] más autónoma, infinitamente más austera, donde casi todas las necesidades básicas queden cubiertas por una producción local y colectiva, liberada de la hegemonía de las multinacionales. En esta sociedad, las tecnologías complejas tendrían poca cabida: permanecerían básicamente las *low-tech*. Es lo que ya han puesto en práctica unos cuantos zadistas en Notre-Dame-des-Landes, lo que ha iniciado el movimiento mundial Standing Rock para oponerse al oleoducto Dakota...

Evidentemente, este movimiento no es del todo homogéneo y existen distintas corrientes que lo atraviesan. De forma general, es no violento, aunque albergue en su seno a partidarios de un enfrentamiento más vigoroso. Esto es, en parte, lo que preocupa al poder establecido. Sólo en parte, porque el componente revolucionario que pone en tela de juicio las bases del modelo no está lo suficientemente desarrollado como para representar una amenaza ideológica real. Estos ecologistas son mayoritariamente partidarios del decrecimiento, anticapitalistas, a veces anarquistas, defensores de una sociedad basada en la sencillez y libre de cualquier poder centralizador que intente esclavizar a la población o monopolizar la riqueza.

La otra «escuela» de ecologistas piensa que aún estamos a tiempo de conseguir cambiar la sociedad y dilapida gran cantidad de energía en movilizar al mayor número de ciudadanos, empresarios y responsables políticos. Aquí también existen diferencias considerables entre, por un lado,

los partidarios del «crecimiento verde» y del «desarrollo sostenible» al estilo de la RSE, [22] que suelen contentarse con arreglar lo existente: reciclar un poquito más, conseguir reducir los gastos de energía, mejorar los procesos de fabricación para limitar el impacto sobre el desarrollo, sin cuestionar el núcleo del modelo capitalista-consumista; [23] y, por otro lado, un buen número de ONG, movimientos, emprendedores sociales o gobernantes locales que comprenden que los fundamentos sobre los que se basa la economía de mercado capitalista ya no son viables, que es indispensable reducir drásticamente nuestro consumo de energía y de materia, distribuir de manera más justa las riquezas, inventar nuevos modelos (volveré sobre esto más adelante), pero que creen posible conservar parte de los logros de la modernidad y de la tecnología para ponerlos al servicio de una humanidad más respetuosa con la naturaleza y con sus semejantes. La cuestión que este movimiento intenta esclarecer es: ¿dónde está el equilibrio entre modernidad y ecología?

En 2016, algunos miembros de la DGR me reprendieron duramente acusándome de promover «falsas soluciones» por alabar las energías renovables en *Mañana*. Con razón. Porque, como muchos ecologistas, tendíamos a suponer que dichas energías son «limpias». Y aunque las fuentes de energía sean renovables (el viento, el sol, el agua, la biomasa), las tecnologías, por su parte, no lo son. No más que las de internet, los smartphones o los ordenadores. Aunque hayan permitido incontables progresos, siguen requiriendo el empleo de metales y materiales que continuamos extrayendo de la corteza terrestre, y a una velocidad de vértigo, dejando a nuestro paso tierras devastadas y seres humanos explotados. [24] Estas tecnologías implican la producción de objetos e instalaciones que destruyen o invaden los espacios naturales. Una presa demasiado grande puede provocar catástrofes ecológicas terribles, como la que tuvo lugar en Brasil en 2015, [25] expropiar comunidades, perturbar ecosistemas... En realidad, casi la totalidad de las actividades humanas tiene un impacto sobre la biosfera. La verdadera pregunta que planteaba esta interpelación (y que plantea el debate entre ecologistas radicales y ecologistas más moderados) es: ¿debemos intentar minimizar al máximo el impacto de dichas actividades o debemos interrumpirlas? Probablemente,

las energías renovables son a día de hoy una de las formas menos malas de producir energía, en comparación con las fósiles y las de fisión. [26] Ahora bien, si no somos capaces de producir energía sin destruir, ¿debemos continuar haciéndolo? ¿Debemos continuar viviendo con electricidad? ¿Y con medios de locomoción que necesitan infraestructuras como carreteras o raíles? ¿Debemos seguir viviendo en la ciudad? Los partidarios de la Deep Green Resistance no lo creen así. Es más, plantean una pregunta aún más fundamental: ¿el ser humano tiene un lugar particular en el ecosistema Tierra o debería ser una especie entre las demás, ni más ni menos importante? En una de sus últimas obras, *The Myth of Human Supremacy*, Derrick Jensen, uno de los pensadores del movimiento, responde afirmativamente. El humano es un animal como los demás. Sin duda, el más destructor e invasivo del planeta. Y, a partir del momento en que emprende la construcción de ciudades y carreteras, empieza a colonizar un espacio destinado a otras especies. Para colmo, el dominio de la electricidad y las energías fósiles ha multiplicado por mucho su capacidad destructora e invasiva. Todo esto debe cesar, y rápido.

¿Es deseable este proyecto de volver a enclaustrarnos en la naturaleza como hacían los pueblos primigenios? Seguramente lo sería para las plantas y los animales, que volverían a tener espacio donde desarrollarse plenamente. En cambio, para los humanos, no me atrevería a afirmarlo. He aquí una cuestión filosófica a la que nos costará responder, pues llevamos muchos siglos considerando nuestro dominio sobre el resto del mundo natural como un derecho adquirido. Y replantearnos esta postura nos haría perder todo lo que estos siglos de civilización, y particularmente la era industrial, han aportado de confort a Occidente, considerado casi de forma unánime como una ganancia, un progreso, inalienable. [27]

«¿Es factible?» me parece una pregunta más a nuestra medida, dado que el tiempo juega en nuestra contra.

Unos cuantos seguidores de la DGR o de colapsólogos os dirán que sí. El colapso que se avecina arrasará con nuestro sistema industrial y capitalista, y nos obligará a reorganizarnos sin toda esta panoplia de demiurgo. Y así, el planeta podrá recobrar el aliento. Pero permitir que este colapso se produzca significará también la muerte de cientos de millones de

personas, e incluso de miles de millones. No serán ni los más ricos, ni los principales responsables de la situación. Serán los más frágiles. ¿Cómo aparentar sentir empatía por las plantas y los animales y aceptar algo así? Personalmente, no lo veo claro. Considero, pues, que hay que hacer todo lo posible por evitarlo o, si no es posible, amortiguar el golpe al máximo.

Cuando Jensen escribe: «Podemos seguir el ejemplo de aquellos que nos recuerdan que el papel de un activista no consiste en navegar por los meandros de los sistemas opresores con la máxima entereza posible, sino en plantarles cara y derrocarlos», [28] pone el dedo en la llaga. Para derrocar o transformar los sistemas es necesario conseguir que millones de personas cooperen y, como veremos, la mejor manera de lograrlo es construir un nuevo relato. No obstante, se me ocurre que un relato que abogue por regresar a vivir en el bosque después de haber desmantelado la sociedad industrial tiene pocas probabilidades de entusiasmar a las masas. Con todo, este debate nos permitirá formular la pregunta adecuada.

En mi opinión, no se trata de preguntarse: ¿qué hacer? o ¿debemos actuar individualmente o mediante movilizaciones políticas masivas?, sino: ¿en qué perspectiva global, en qué relatos colectivos se enmarcan nuestras acciones, por pequeñas que sean?

Porque, si nuestras acciones cotidianas se limitan a aliviar nuestra conciencia, si siguen siendo prisioneras del relato que impera en nuestras sociedades, no tienen ningún potencial transformador. Peor todavía, pueden alimentar la lógica que pretenden combatir: con lo que me he ahorrado en la factura de la luz, me voy de viaje. Como McDonald’s tiene una política de desarrollo sostenible, puedo seguir comiendo Big Macs o, mejor, McVeggies... Como las grandes cadenas ofrecen productos ecológicos, podré hacer la compra en un solo sitio y dejar de comprar a los productores locales o en el pequeño comercio... La lógica misma que preside nuestra organización colectiva no se cuestiona. E igual sucede con las medidas políticas parciales, sectorizadas, que se contentan con minimizar los efectos negativos del crecimiento o del consumismo sin ponerlos en tela de juicio.

El mundo en el que evolucionamos, modelado por una lógica mecánica e industriosa, se las ha ingeniado para fragmentar la realidad en un conjunto de individuos, separados entre sí y organizados en compartimentos. La

realidad, sin embargo, es mucho más compleja que una cadena de montaje. Es el resultado de un amplio entramado de interdependencias. Ya no podemos reflexionar u obrar independientemente del resto del mundo, nuestras respuestas deben ser complejas, holísticas. Nuestro desánimo proviene con frecuencia de que nuestras acciones parecen perderse en el océano. Necesitamos articularlas, situarlas dentro de una estrategia más global. Y los especialistas en organización colectiva os lo dirán: una estrategia nace de una visión.

3. Cambiar de historia para cambiar la Historia

Necesité años y años de activismo para llegar a esta simple constatación: «Si queremos que millones de personas nos sigan, tendremos que decirles adónde vamos...». Y es que si las ONG invierten un tiempo infinito en denunciar, desentrañar y alertar, dedican en cambio una energía y un tiempo irrisorios a proponer un horizonte, un relato de lo que podría ser un mundo realmente ecológico. Pero el imaginario, las historias son sin duda el carburante que más y mejor moviliza a los seres humanos. Para el ecologista y escritor inglés George Marshall, autor de numerosas investigaciones sobre los mecanismos que llevan a nuestro cerebro a ignorar la realidad del cambio climático, las historias «tienen una función cognitiva fundamental: son el medio por el cual el cerebro emocional da sentido a la información recopilada por el cerebro racional». Como explica en su apasionante ensayo *Don't Even Think About It: Why Our Brains Are Wired To Ignore Climate Change*, «nuestro largo viaje evolutivo nos ha conducido a desarrollar dos sistemas distintos de tratamiento de la información. Uno es analítico, lógico, y traduce la realidad en símbolos abstractos, en palabras y en cifras. El otro está marcado por las emociones (principalmente el miedo y la angustia), las imágenes, la intuición y la experiencia. El lenguaje recurre a ambos sistemas, pero en el sistema analítico se utiliza para describir y definir, mientras que en el sistema emocional sirve para comunicar sentido, principalmente en forma de relatos. [...] A través de las historias, los seres humanos damos sentido a nuestro mundo, aprendemos valores, modelamos nuestras creencias y damos forma a nuestras ideas, a nuestros sueños, a nuestras esperanzas y a nuestros miedos. Las historias están por todas partes: mitos, fábulas, epopeyas, narraciones históricas, tragedias, comedias, cuadros, danzas, vidrieras, películas, historias sociales, cuentos de hadas, novelas, artículos científicos, cómics, conversaciones y artículos de prensa. Incluso antes de

aprender a leer y a escribir, hemos escuchado ya más de trescientas historias». [1]

Para la escritora Nancy Huston, que ha dedicado su ensayo *La especie fabuladora* a esta actividad constitutiva del ser humano, «sólo nosotros percibimos nuestra existencia en la Tierra como un trayecto dotado de sentido (significado y dirección). Un arco. Una curva desde el nacimiento hasta la muerte. Una forma que se despliega en el tiempo, con un inicio, peripecias y un fin. En otras palabras: *un relato*. [...] El relato confiere a nuestra vida una dimensión de sentido que los demás animales desconocen. [...] Como la naturaleza, los seres humanos no soportamos el vacío. Somos incapaces de constatar sin intentar de inmediato "entender". Y entendemos básicamente por medio de relatos, es decir, de ficciones». [2]

Para el profesor Yuval Noah Harari, autor del mundialmente famoso *Sapiens. De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*, existe una buena explicación por la cual el ser humano domina a las otras especies. Según Harari, no se debe a su capacidad para construir herramientas (algo que el *Homo sapiens* ha hecho siempre, durante milenios, pero sin imponerse a los ecosistemas hasta convertirse en un fenómeno geológico en sí mismo, como ocurre actualmente), ni a su particular inteligencia (hace cientos de miles de años el sapiens era ya el animal más inteligente —según nuestros criterios— y sin embargo, una vez más, su impacto sobre la biosfera era más bien escaso), sino a su increíble capacidad de cooperación, absolutamente inédita en el reino de los seres vivos; algo que también ponen de relieve los trabajos de David Sloan Wilson, Eliott Sober, Edward O. Wilson y Martin Nowak, quienes califican a los seres humanos de «supercooperadores». [3] El *sapiens* tiene la capacidad de organizar la cooperación no sólo en pequeños grupos, sino también —y ahí radica su especificidad respecto a otras especies—, de manera flexible, en grupos que comprendan a cientos de millones de personas. ¿Cómo lo hace? A través de lo que Harari llama una red intersubjetiva de sentido: un conjunto de conceptos que no existen más que en su imaginación compartida. En otras palabras: historias, creencias. Según él, el *Homo sapiens* utiliza el lenguaje para crear realidades totalmente nuevas. [4] Para Yuval Harari, George Marshall y Nancy Huston (y no son ni mucho menos

los únicos en defender dicha teoría), el conjunto de nuestras construcciones individuales y colectivas es una sucesión de ficciones, de creencias que han evolucionado a lo largo de los siglos transformando nuestra percepción del mundo. Así, del mismo modo que en 1187 resultaba perfectamente legítimo que un joven inglés de familia noble fuera a defender Jerusalén y a liquidar a los moros en nombre del papa, la misma familia inglesa considerará hoy en día que su hijo se ha radicalizado peligrosamente si se va de casa a combatir en nombre de Dios. Mientras que a un campesino del siglo XIII le parecía de lo más natural que un rey ejerciera sobre él un poder de derecho divino sin preguntarle jamás su opinión, un campesino del siglo XXI verterá toneladas de estiércol frente a la delegación del gobierno si considera que el candidato que ha elegido para liderar el país no respeta los compromisos adquiridos durante la campaña electoral. Desde el origen de los tiempos, un haz de historias y creencias ha permitido a las sociedades estrechar lazos alrededor de relatos comunes, ya se trate de Dios, de reinos, de la inferioridad de unos seres respecto a otros (las mujeres respecto a los hombres, los negros respecto a los blancos...), del poder absoluto de determinados símbolos (siendo en la actualidad el dinero uno de los más poderosos) o de enemigos contra los cuales hay que unir fuerzas (y menudo estupor el de los campesinos franceses que partieron al frente en 1914 y descubrieron que los campesinos alemanes se les parecían como dos gotas de agua, estaban igualmente aterrados y tampoco tenían ni idea del verdadero motivo por el cual debían matarse los unos a los otros de aquella manera...). Así, gracias a su capacidad para movilizar a un número excepcional de individuos en un proceso de cooperación, estas realidades «intersubjetivas» dieron lugar al nacimiento de los Estados, de los sistemas políticos, de la tecnología, de la economía y de las monedas, de las religiones...

A partir de la invención de la escritura y del libro, estos relatos encontraron un soporte de difusión y de intercambio extraordinario, capaz de llegar a una infinidad de personas. La difusión de la Torá, de la Biblia, del Corán —o más bien el uso que se les ha dado— ha sido el soporte que ha permitido que se establecieran determinados sistemas religiosos, sociales y políticos en amplias zonas del planeta y el origen de numerosos conflictos

mortales. Pero las ficciones asumidas (aquellas que se reivindican como obra de la imaginación) no se quedan atrás a la hora de inspirar creaciones de gran relevancia. Así, cuando en 1865 Jules Verne imagina, en su famosa novela *De la Tierra a la Luna*, la propulsión de un obús con destino al satélite terrestre y tres hombres en su interior (¡en noventa y siete horas y veinte minutos de trayecto!), todavía no sabe que inspirará a H. G. Wells en 1901, cuya novela *Los primeros hombres en la Luna* será adaptada al cine por Georges Méliès en 1902, con el título de *Viaje a la Luna*, y que este relato será la semilla de numerosas obras posteriores que se alimentarán las unas de las otras: *La mujer en la Luna*, [5] de 1929, donde Fritz Lang muestra el alunizaje de un cohete, inspirará directamente la película soviética *Viaje cósmico*, [6] de 1936, pero también al historietista belga Hergé, quien en 1953 y 1954 publicará las aventuras de Tintín a bordo de un cohete espacial, o a Robert Heinlein e Irving Pichel, respectivamente, autor de la novela y director de la película *Destination Moon* (*Con destino a la Luna*)... Parece evidente que en 1962, casi un siglo después de la publicación de la obra de Jules Verne, todos estos libros y películas contribuyeron a hacer especialmente excitante el anuncio público de John Kennedy («Elegimos ir a la Luna»), al menos para aquellos que se enteraron de la noticia. La imaginación humana había trabajado lo suficiente como para que el poder evocador del proyecto movilizara las energías y pudiera materializarse, siete años más tarde, en el primer intento de la misión Apolo. En 2017, Elon Musk, educado él también por innumerables ficciones protagonizadas por humanos dispuestos a colonizar el espacio, se lanza a la conquista de Marte. Y podríamos seguir reproduciendo este ejemplo hasta el infinito. Como afirma el profesor Jean-Gabriel Ganascia, especialista en inteligencia artificial, «durante mucho tiempo, la ciencia ficción se inspiró en la ciencia para crear sus argumentos. Pero en la actualidad se ha producido una especie de inversión. Es la ciencia la que se inspira en la ciencia ficción». [7] A menudo, la imaginación precede a la acción, y los relatos resultantes modelan nuestras percepciones, nuestras creencias, nuestras culturas, especialmente en una época en que las historias disponen de canales de difusión tan eficaces.

Hace algunos meses me quedé particularmente impactado al leer una encuesta del IFOP (el Instituto Francés de Opinión Pública) realizada desde 1945 hasta 2015 entre la población francesa.[8] A la pregunta «¿Cuál es según usted la nación que más contribuyó a la derrota de Alemania en 1945?», el 57 % de las personas interrogadas en 1945 respondieron que la URSS y el 20 % que los norteamericanos. En 2004, las proporciones se habían invertido completamente, con un 58 % de los encuestados que señalaban a Estados Unidos, frente a un 20 % a la URSS (unas cifras que se mantuvieron sin excesivas variaciones entre 1994 y 2015). En 2015, la firma de sondeos británica ICM realizó la misma encuesta en Francia, Alemania y Gran Bretaña. Un 61 % de los franceses y un 52 % de los alemanes señalaron a los norteamericanos. El 46 % de británicos, a los británicos...

Sin embargo, los hechos respaldan claramente la percepción que tenían los franceses en 1945. Entre nueve y doce millones de soldados rusos murieron en la contienda, por 415.000 soldados norteamericanos y 384.000 británicos. El frente oriental movilizó al grueso del ejército alemán y fue el principal responsable de su abrumadora cifra de pérdidas, incluido el periodo comprendido entre 1944 y 1945... Pero entre 1945 y 2004 fue imponiéndose otro relato, ampliamente difundido por la industria cinematográfica estadounidense, que produjo alrededor de unas doscientas películas que glorificaban la liberadora epopeya del ejército del Tío Sam (con apenas un puñado de excepciones). Una vez más, la historia que se cuentan la mayoría de los encuestados no es la Historia, sino una historia hábilmente contada.

Podemos afirmar que el relato de la sociedad liberal, capitalista y consumista moderna se ha elaborado y transmitido de un modo relativamente similar, alimentado por una miríada de películas, artículos, libros y anuncios que le han ayudado a derrotar al relato comunista. Antes de conseguir una victoria política, los partidarios del consumismo desenfrenado han ganado una batalla ideológica y cultural, una batalla del imaginario. Hubo que ponerle cara al nuevo mundo, hacerlo enormemente deseable para que el genio creativo y la fuerza de trabajo de cientos de miles de occidentales (incentivados por las energías fósiles) se pusieran al

servicio del proyecto y le dieran forma, con la esperanza de que la empresa mejoraría sus vidas. Lo cual, en cierto modo, sucedió, a costa del brutal saqueo de otros países y del sacrificio de otras especies.

Muchos ecologistas intentan combatir este abrumador relato hecho de proezas tecnológicas, de vacaciones en playas paradisiacas, de pantallas planas, de smartphones, de chicas medio desnudas, de coches que serpentean por la ladera de una colina con vistas de ensueño, de las entregas en veinticuatro horas de Amazon... Pero ¿qué peso tiene la campaña de una ONG contra millones de mensajes emitidos diariamente en sentido contrario por las marcas, las cadenas, los *influencers* de todo tipo que inundan las redes sociales? ¿Qué peso tiene un *post* de Greenpeace International en Instagram (628.000 seguidores) que incita a tomar conciencia del cambio climático, frente a un *post* de Kim Kardashian (105 millones de seguidores) que incita a comprar su nuevo pintalabios con purpurina? Aproximadamente diez mil *likes* contra dos millones.

Como explica Harari en su obra *Homo Deus*, la ficción en sí no es mala. Es primordial. Si no dispusiéramos de historias alrededor de las cuales agruparnos, no tendríamos ni Estados, ni monedas, ni empresas, ni civilizaciones. Ninguna sociedad humana, con toda su complejidad, podría existir o funcionar. Necesitamos relatos que nos unan, que nos permitan cooperar y dar sentido a nuestra vida en común. Pero estos relatos, estas ficciones sólo son herramientas, no verdades o fines en sí mismos. Si lo olvidamos, desatamos guerras políticas, económicas, religiosas para defender conceptos que sólo existen en nuestra imaginación. Saqueamos los recursos y erradicamos las especies apelando a historias, a ficciones. Hay algo trágico en esta idea. Entonces ¿por qué no decidimos elaborar otras nuevas? Porque las cosas no son tan sencillas, como veremos a continuación.

4. Lo que sostiene la ficción actual

¿Por qué no reaccionamos? Es una pregunta que un niño de seis años podría hacer si nos viera debatirnos en los meandros de nuestras reflexiones. Porque, en teoría, disponemos de los recursos necesarios: somos muchos, estamos dotados de una creatividad y un ingenio gracias a los cuales hemos podido realizar los prodigios enumerados en la introducción de este libro, hemos establecido un diagnóstico de nuestras dificultades y conocemos un buen número de soluciones. Pero no hacemos nada, o poca cosa. Como si nos encontráramos a bordo de un tren y lo contempláramos, impotentes, precipitarse hacia el abismo.

Existen numerosas razones para ello, sobre todo psicológicas, que abordaré más adelante, pero me gustaría concentrarme en la que me parece primordial a este nivel: el condicionamiento inducido por el relato en el que evolucionamos (como especie) y las arquitecturas que rigen nuestras vidas. Es lo que Jean-François Noubel llama las «arquitecturas invisibles».

El relato es como el agua donde nadan los peces, como el aire que respiramos, ya no lo vemos pero es omnipresente, baña nuestras células, influye en nuestra visión del mundo y, por ende, en nuestras elecciones. Somos incapaces de pensar al margen de nuestro relato, puesto que lo confundimos con la realidad. Después, este relato se traduce en unas arquitecturas que orientan la mayor parte de nuestros comportamientos cotidianos. Delimitan los marcos que determinan lo que «debemos» hacer o lo que creemos que elegimos hacer.

Para comprender estas dos ideas, resulta interesante observar a qué dedicamos el grueso de nuestro tiempo.

En 2017, cada día de la semana, un francés consagraba de media cinco horas y media a trabajar,[1] ocho horas a mirar pantallas,[2] siete horas a dormir,[3] una o dos horas a comer, una hora y media a desplazarse[4] y

empleaba el resto en ocupaciones diversas. Por deprimente que pueda parecer, destinamos la parte esencial del tiempo que pasamos despiertos, de nuestra energía y de nuestra actividad a interaccionar con una pantalla o a ejercer una actividad profesional. Esta situación se explica fácilmente cuando examinamos una de las ficciones más poderosas de nuestra época: la religión del crecimiento. Para nosotros, seres humanos del siglo XXI, la economía globalizada y financiarizada constituye la piedra angular de nuestras sociedades. Es lo que garantiza la producción de nuestras riquezas, la satisfacción de nuestros deseos, la prosperidad de nuestro confort y, desde hace más de setenta años, una paz relativa (al menos en Europa). Ahora bien, para asegurar su supervivencia, este modelo económico necesita de un crecimiento continuo e ilimitado.[5] El famoso crecimiento que nos pide producir y consumir sin cesar y que, si se concentra en actividades extractivas y materiales, implica destruir cada vez más recursos naturales y acumular cada vez más residuos.

Primera arquitectura: ganarse la vida

A fin de asegurar este crecimiento, es indispensable que los ciudadanos occidentales del siglo XXI impulsen la rueda del comercio, igual que los de principios del xx debían alimentar la de la industria (hoy prácticamente deslocalizada en Asia). Para esto nos prepara nuestra educación —en el sentido amplio del término— desde nuestra más tierna infancia. Como escribe el economista estadounidense Jeremy Rifkin: «El objetivo principal del movimiento por la educación pública en Europa y en América fue el fomento del potencial de productividad inherente a cada ser humano y la creación de una población trabajadora productiva con la que propulsar la revolución industrial».[6] A partir de la década de 1970, cuando la famosa revolución industrial había transformado Occidente, la escuela, así como la sociedad, también cambió. Desde entonces, además de transmitir conocimientos, se las ingenia para preparar a los alumnos a introducirse en una sociedad de consumo liberal, globalizada, competitiva, obnubilada por el crecimiento, el beneficio, el dinero... Porque, para funcionar en la

sociedad occidental contemporánea, hemos de disponer de dinero suficiente, otra de las ficciones omnipresentes de nuestra época. El dinero nos da acceso a todos los bienes y servicios que garantizan nuestra supervivencia y nuestro bienestar. Y una de dos, o lo heredamos, o —como es el caso de la aplastante mayoría— tenemos que procurárnoslo mediante un sueldo, recibido a cambio de nuestra fuerza de trabajo, nuestra creatividad, nuestra materia gris. Desde muy jóvenes, pues, integramos esta ecuación (en declive, de acuerdo, pero tenaz): si saco buenas notas, puedo aspirar a conseguir un título, encontrar un trabajo, que me asegurará un sueldo y me permitirá pagar el alquiler, la comida, la calefacción, la electricidad... Esos ingresos, además de garantizar mi seguridad, harán de mí un consumidor y me darán acceso a una miríada de objetos, de prendas de ropa, de bienes o de servicios que reflejarán mi estatus social. Asegurarán mi pertenencia a la comunidad.

Esta dependencia del dinero ha cobrado tanta fuerza en nuestra sociedad moderna, tan poco autónoma y donde todas nuestras necesidades quedan más o menos satisfechas con una compra —a diferencia de sociedades más primitivas donde la producción de alimentos y de vestimenta y la construcción quedan cubiertas con la puesta en común de saberes locales—, que durante las charlas en centros educativos me topo con alumnos de instituto que, a la pregunta de qué quieren «hacer de mayores», me responden, más anchos que largos: «Ganar dinero».

Hoy en día se supone que la manera de procurarse esos ingresos determina una elección. Se supone, porque en una clase de treinta alumnos, diría que una ínfima parte dará con el modo de aliar la obligación de un trabajo con una auténtica aspiración personal y enriquecedora; estos alumnos se dedicarán a un oficio que les guste, sin anteponer el argumento económico. La mayoría, en cambio, se resignará: el empleo escasea y es obligatorio (nuestra vida depende de él), más vale encontrar uno cuanto antes, con el mejor sueldo posible, incluso a costa de sepultar nuestros anhelos o nuestros sueños. Algunos hallarán el modo de adaptarse y sacarán a relucir algunas de sus cualidades en el trabajo; lograrán, mal que bien, labrarse «una carrera»; y procurarán mantener el equilibrio entre esa actividad obligatoria y el resto de su existencia. Conseguirán incluso

racionalizar su elección y convencerse de que les gusta su trabajo. Otros (a menudo más vulnerables, originarios de familias con pocos recursos económicos y, por consiguiente, menos oportunidades de acceder a la cultura, de viajar, de conocer gente, de probar diferentes empleos) ejemplificarán el concepto de «dejarse la vida». El trabajo siempre será una especie de cárcel, de paso obligado, en aras de recibir la preciada —aunque a menudo exigua— paga de final de mes. Para compensar esta situación tan frustrante como degradante —verse obligados a vender sus aspiraciones, su inteligencia y su tiempo a cambio de un salario—, todos aprovecharán al máximo los pasatiempos que la sociedad de consumo les ofrece: comprar, jugar, divertirse, mirar pantallas, viajar... Y no siempre advertirán que están al servicio del sistema económico global: tanto cuando trabajan como cuando consumen, alimentan la máquina del crecimiento y del beneficio, que, por otro lado, no beneficia plenamente más que a una cantidad reducida de personas. [7]

Una última porción, marginal, de nuestro grupo intentará rebelarse y burlar el sistema que la oprime: los traficantes, los ladrones, los atracadores, los hackers... El objetivo, no obstante, será conseguir todo el dinero posible, a toda costa, para participar a su vez en la sociedad de consumo. Con frecuencia, los ingresos del tráfico de cannabis o de cocaína suelen destinarse a comprar coches, motos, iPhones o pantallas planas. Y, en palabras de un antiguo directivo de una cadena de tiendas: «En algunos establecimientos independientes del extrarradio, dos tercios de los productos de gama alta se pagan en metálico. Es ahí donde obtenemos nuestras cifras de negocio más altas». [8] El capitalismo de mercado puede dormir tranquilo...

Una vez asegurados estos ingresos, hay que gastarlos, como acabamos de ver. Tal vez, incluso, gastarlos varias veces. Porque el crecimiento no puede conocer freno. No obstante, tal y como rápidamente constataron los fabricantes de bombillas, de pantis o de frigoríficos, vender un producto robusto que el cliente no volverá a comprar hasta dentro de un montón de años aboca hacia un mercado saturado, con una mayoría de los consumidores equipados, donde las ventas se estancan y caen en picado. Es preciso entonces abrir nuevos mercados o renovar aquellos en los que ya se

ha invertido. Así, en aras de mantener el consumo en todos los rincones del planeta, se han desarrollado estrategias de obsolescencia programada, que consisten en fabricar un producto con una vida limitada en el tiempo, y de obsolescencia psicológica, que consisten en hacer que un producto pase de moda rápidamente para incitar a comprar otro. Así las cosas, animados por la publicidad, por la moda, por nuestra sed insaciable de novedad, compramos, compramos y seguimos comprando, muy por encima de lo que necesitamos para vivir satisfechos. ¿Tenías una tele? Pues aquí tienes una más grande, más plana, con una pantalla capaz de transmitir los matices más ínfimos de las películas de alta definición que tal vez nunca te comprarás, con conexión a internet para darte acceso a una caterva de programas a cada cual más emocionante, que probablemente nunca tengas tiempo de ver, a la que, por un precio exorbitado, puedes añadir un dispositivo de *home cinema* que te dará la sensación de estar en una sala oscura, pero sin vecinos y en pijama... Deshazte de ese viejo coche (que, de todas formas, ha perdido la mitad de su valor en tres o cuatro años), de esos viejos vaqueros, de ese viejo horno. Tira todos tus CD y compra ese reproductor todo-en-uno, sin ese jaleo de cables y con unos altavoces minúsculos que emiten un sonido magnífico; aunque, pensándolo bien, cómprate este tocadiscos, el último grito, que te permitirá redescubrir el cálido crujido de las grabaciones originales. ¿Que habías tirado tus vinilos? No pasa nada, los han reeditado, más caros, más pesados y, además, por el mismo precio, podrás descargarte las canciones de un servidor que consume más energía en un día que todo tu edificio... En fin. Para mantener este ritmo infernal, tal vez tengas que trabajar más, endeudarte, estar menos tiempo con tus seres queridos. Pero no pasa nada. El sábado tendrás la satisfacción de pasear por las calles comerciales o, mejor, por los centros comerciales más cercanos y volver con los brazos cargados, el maletero lleno y la cartera ligera, ahíto para el resto del día de *gadgets*, de muebles o de ropa. Hasta que el ciclo infernal vuelva a empezar. Ahora bien, esto son menudencias, pues el mayor desafío que habrás de afrontar será, sin duda, encontrar un alojamiento de por vida. Porque, te lo han explicado miles de veces, tirar el dinero por la ventana todos los meses es un disparate. Así no es como se comporta un buen gestor. Tendrás, pues, que comprarte una casa

o un piso. Y, para ello, endeudarte los quince, veinte o veinticinco próximos años. Durante los que no te quedará más remedio que seguir trabajando, aunque no te guste tu trabajo. Porque hay que reembolsar el dinero de la casa. Claro que podrías venderla y volver a empezar, pero la experiencia demuestra que no es lo más habitual. El crédito nos obliga, nos encadena más a menudo de lo que nos libera.

Y de nuevo estoy esbozando el cuadro a brochazos. Pero ahí lo dejo: si no necesitaran dinero para vivir ni tuvieran un crédito a las espaldas durante dos décadas, pocas personas seguirían haciendo el mismo trabajo. [9] Hay una parte que, directamente, no trabajaría. O, en cualquier caso, no en la acepción actual del término.

Segunda arquitectura: una vida de entretenimientos

Pero no es al trabajo a lo que un occidental consagra la mayor parte de su tiempo. Tal y como escribía hace unas líneas, un francés pasa, de media, unas ocho horas al día delante de una pantalla (cuatro horas de televisión y cuatro en internet, indistintamente del soporte y al margen de la jornada laboral). Un estadounidense pasa diez. Este hábito, que en las últimas décadas se reducía básicamente a la televisión, se ha multiplicado en un sinfín de posibilidades —en línea, sin conexión, para ver películas o vídeos, jugar, leer artículos, interactuar en las redes sociales, chatear, consumir pornografía— a las que accedemos desde una multitud de aparatos que podemos llevarnos a todas partes y consultar en cualquier momento. Y así nos acostumbramos, desde bien jovencitos. Hasta tal punto que los médicos han empezado a alertar sobre el peligro de exponer a los niños demasiado pronto a una realidad digital capaz de afectar a su desarrollo sensorial y psicomotor, de modificar su comportamiento y de crear graves déficits de atención. [10] Con todo, la tendencia está ahí y, según la página web <planetoscope.com>, un niño de trece años pasa 6,71 horas al día —de media— delante de una pantalla, o sea, más de 102 días de los 365 que tiene un año. Casi un 28 % de su tiempo vital.

Este incremento meteórico del tiempo pegado a una fina película de cristal retroiluminada nada le debe al azar. Para empezar, estas ventanitas han abierto al mundo un universo verdaderamente alucinante: la posibilidad de comunicarnos en tiempo real con personas que estén en la otra punta del planeta, de elaborar contenidos conjuntos, de acceder a una cantidad ingente de información sobre el tema más peregrino que se nos pase por la cabeza, de viajar por poderes, de descubrir nuevas culturas, de ver y saber lo que hacen (o enseñan) todos nuestros amigos gracias a las redes sociales, de movilizar a multitudes en torno a causas justas; pero igualmente nos brindan la oportunidad de responder a nuestra necesidad permanente de estar solicitados, estimulados, entretenidos, de engañar al aburrimiento... Nuestros artilugios digitales poseen unas cualidades irrefutables. Calman nuestra sed de infinito y son el vehículo privilegiado de todas nuestras historias a través de Netflix, Apple Store, las plataformas de cine y televisión a la carta, cientos de canales de televisión, YouTube, las videoconsolas, las redes sociales... Hay miles de relatos vehiculados por películas, series, videojuegos, disponibles a todas horas y en todas partes. De hecho, Instagram y Facebook nos invitan a alimentar y compartir nuestras «*stories*»...

Pero en una sociedad capitalista, consumista, donde el crecimiento económico es indispensable, las grandes empresas, ávidas de orientar nuestra curiosidad hacia objetivos mercantiles, no podían por menos de invertir en este espacio. Así, nuestra atención se contempla como un recurso fundamental que es preciso captar en aras de engrosar el beneficio. Hay brillantes ingenieros de Silicon Valley afanados en poner en práctica la investigación sobre los mecanismos de nuestro cerebro para crear aplicaciones que aviven nuestra curiosidad, exciten nuestro sistema nervioso, activen los mecanismos hormonales de la recompensa, del placer. Es lo que Tristan Harris, antiguo empleado de Google, denomina «la economía de la atención». El objetivo es captarla y no soltarla nunca más. A cada instante, una notificación (un SMS, un correo electrónico, un retuit, un *like*, un *snap*) puede aparecer en nuestro smartphone, en la esquina de nuestra pantalla de ordenador, de nuestra tableta, un discreto pitido puede sonar, desencadenar la secreción de dopamina que nos dé unas ganas

irresistibles de volver a zambullirnos en ese océano de contenidos, de interacciones, de distracciones. Vamos adquiriendo el insidioso hábito de desconcentrarnos. Hasta tal punto que terminamos por interrumpirnos a nosotros mismos cada tres minutos y medio para darnos un garbeo por nuestros artilugios digitales. Garbeo que, de media, se transformará en paseo de veinte minutos.[11] Ahora bien, cada vez que perdemos la concentración, necesitamos una media de veintitrés minutos para retomar el hilo. En menos de diez años, la concentración media ha bajado de doce a ocho segundos. Se cree que hemos llegado a tal nivel de condicionamiento que un estudio citado por *The Guardian* demuestra que la presencia de un smartphone, incluso apagado, contribuye a perturbar la concentración de su dueño.[12]

¿Por qué es tan fuerte esa atracción? Para Tristan Harris,[13] los mecanismos del smartphone son calcados a los de las máquinas tragaperras. «Cada vez que consulto mi bandeja de entrada, mi muro de Facebook, el hilo de actualidad de mi medio de comunicación favorito, es exactamente como si pulsara el botón de una tragaperras, para ver qué voy a obtener.» Un mecanismo tan potente que él mismo confiesa: «Por muy ingeniero y diseñador que sea, por mucho que conozca tanto el mecanismo como los resortes psicológicos de esta tecnología, también yo me siento irresistiblemente atraído». Y no es el único. En Estados Unidos, las máquinas tragaperras generan más dinero que los parques de atracciones, el cine y el béisbol juntos.

Pero no sólo se trata de comprobar si hemos ganado. Recibir toneladas de *likes* en nuestros *posts* provoca un hormigueo en nuestra necesidad de reconocimiento, y al menor coste. Basta con actualizar la conexión y volver a jugar. Y buscar la frase, la imagen o la broma que darán en el clavo. Y, si no ha sido el caso, jugar de nuevo, otra vez. Compartir nuestra indignación, sacar una foto de los huevos a la florentina del *brunch* que nos hemos tomado en esa cafetería tan mona, de nuestro gatito, del atardecer en esa playa paradisiaca, o publicar ese vídeo de un perro que socorre a un hombre en peligro. Y volver a jugar. Perseguir la aprobación de la mayoría, la valorización de esa identidad digital —otra nueva ficción— que hemos creado y que exponemos a la mirada de todo el mundo. Para los más

jóvenes, más enganchados a Snapchat que a Facebook, la red social se ha convertido en el lugar de las conversaciones, de la segunda vida de la comunidad. No estar en ella es fuente de exclusión, de sufrimiento. Cuántos niños no habré visto suplicar que les regalen un smartphone a sus padres —padres reacios de entrada a poner un teléfono en manos de un niño de diez años— para poder al fin participar de los infinitos intercambios, pullas, espectáculos digitales que tienen lugar en cuanto terminan las clases. La aplicación es tan adictiva (Justin Rosenstein, diseñador del botón del *like* de Facebook y de la mensajería GChat de Google, la compara con la heroína), que muchos niños que han de pasar un periodo desconectados —para viajar al extranjero, por ejemplo— les piden a sus amigos que sigan publicando por ellos para no perder sus llamas, símbolo de su amistad digital. Idéntica penitencia con Instagram. Las hijas de una amiga me explicaban que, cuando vienen a Francia (viven en Estados Unidos), les piden a sus amigas que publiquen en su lugar para alimentar sus *stories*.

Todo esto no sería muy grave si esta asidua frecuentación del teléfono no llevara a desconectar de la realidad física. Porque, como describe Tristan Harris en una entrevista en *L'Obs*, «el problema es que nuestro teléfono añade una nueva opción en el menú, que siempre será aparentemente mejor, más gratificante que la realidad». [14] ¿Hay cola en el supermercado? ¿Tienes una hora muerta en el aeropuerto? ¿La conversación de sobremesa empieza a parecerte aburrida? ¿Por qué no darnos una vuelta por nuestra pantallita, repleta de ficciones de todo tipo, a ver qué está sucediendo? «El teléfono es esa cosa que compite con la realidad y gana. Es una especie de droga. Un poco como las pantallas de televisión, pero disponible en todo momento y con más poder.» «A la larga —prosigue— vamos perdiendo progresivamente la paciencia con la realidad, especialmente cuando se vuelve aburrida o incómoda. Y como la realidad no siempre se corresponde con nuestros deseos, acudimos a nuestras pantallas, es un círculo vicioso... Ahora la realidad virtual o inmersiva corre el riesgo de volverse más persuasiva que la realidad física. ¿Quién querría quedarse con la realidad teniendo a su alcance hacer el amor con la persona de sus sueños o ir a recoger arcoíris? Y no me estoy pasando de futurista, Facebook ya ha sacado sus Oculus Rift.» [15]

Es, a grandes rasgos, lo que constató la doctora en Psicología Jean M. Twenge, cuyas conclusiones tras el estudio sobre el impacto de los smartphones en los adolescentes estadounidenses publicó la revista mensual *The Atlantic*: [16] «Creo que apreciamos más a nuestros teléfonos que a la gente de carne y hueso», le confesó una chica de trece años que vive pegada a un iPhone desde los once. Y la descripción de su día a día parece corroborarlo: escasas o nulas salidas entre amigos, básicamente el colegio y un puñado de horas relacionándose con los demás por Snapchat, en su habitación. Desde 2012 (año en que la proporción de estadounidenses que poseen un smartphone rebasó el 50 %), Twenge observa unos cambios conductuales y emocionales tremendos entre los adolescentes. De entrada, piensa que se trata de un error, pero las tendencias se confirman en los años posteriores. La científica reconoce «no haber visto nunca algo así» a lo largo de veinticinco años trabajando sobre las diferencias intergeneracionales. Cuanto más precisos son sus estudios, más calibra que esta nueva generación (nacida entre 1995 y 2012, a la que no tarda en bautizar como «iGen») ha sido modelada por la emergencia concomitante de los smartphones y las redes sociales. Desde luego, estos adolescentes están menos expuestos a los accidentes de tráfico, consumen menos alcohol, tienen relaciones sexuales más tardías, pero se encuentran, según la investigadora, a las puertas de la peor crisis con relación a su salud mental desde hace décadas. Salen con sus amigos con menos frecuencia, tienen muchas menos relaciones amorosas [17] y por tanto menos relaciones sexuales, [18] buscan menos la independencia (se sacan menos el carné de conducir, trabajan infinitamente menos para ganar algo de dinero), anhelan mucho menos irse de casa de sus padres (dado que una parte importante de su vida social transcurre en sus teléfonos móviles, tienen menos necesidad/ganas), dedican menos tiempo a hacer los deberes, se comunican y comparten menos con sus familias. El tiempo en común se sustituye por tiempo en solitario, en línea; los lugares de encuentro y de recreo a menudo se intercambian por espacios virtuales. Cabría esperar que esto los hiciera más felices. Sin embargo, un estudio enmarcado en el Monitoring the Future Survey, fundado por el National Institute on Drug Abuse, muestra claramente lo contrario. Desde 1975, los investigadores preguntan cada año

a alumnos de diecisiete y dieciocho años, y desde 1991 también a los de quince y dieciséis, sobre múltiples aspectos de su vida y sobre su sentimiento de felicidad. Los resultados son concluyentes. Todos los alumnos, sin excepción, que pasan más tiempo de la media practicando actividades que implican una pantalla se sienten menos felices que aquellos que pasan más tiempo de la media sin pantalla. Y con creces. En realidad, cuanto más tiempo esté un niño ante una pantalla, más probabilidades tiene de manifestar síntomas depresivos.[19] Para la investigadora, el hecho de interaccionar con la tecnología de por medio, de documentar sin descanso sus interacciones físicas cuando tienen lugar, de ansiar la aprobación de los demás, reafirmada mediante sus *likes*, amplifica el sentimiento de estar dejados de lado de aquellos que no están invitados a esas excursiones, incrementa la presión del «cómo hay que ser» o no ser. Así, entre 2010 y 2015, el sentimiento de exclusión ha aumentado un 48 % en las chicas de quince y dieciséis años y un 27 % entre los chicos de la misma edad. Cada vez más adolescentes duermen con el teléfono, se despiertan en cuanto vibra o suena por alguna notificación, navegan por las redes sociales antes de acostarse, vuelven a coger el aparato nada más abrir los ojos, hablan de él como si fuera su peluche favorito o una extensión de su cuerpo. Las pantallas, en general, han provocado un descenso drástico del índice de sueño.[20] Una falta de sueño que conduce a múltiples trastornos. De acuerdo, se trata de Estados Unidos, pero el tiempo que los adolescentes franceses pasan con su teléfono está a punto de alcanzar el de los jóvenes de la otra orilla del Atlántico. Cabe suponer, pues, que vamos por el mismo camino.

Más allá de la legítima inquietud que este estudio puede despertar entre los padres, la investigación tiene el mérito de arrojar luz sobre otra realidad: las pantallas no se limitan a engatusarnos y atraer nuestra atención para que Facebook o Google recauden miles de millones de dólares en ingresos publicitarios, sino que promueven otra relación con la realidad, otras opciones, donde el contacto directo con lo real, en toda su complejidad, queda a veces borrado por esta intermediación simplificada, colorida, entretenida. Es lo que se ha propuesto estudiar el filósofo y mecánico de

motocicletas Matthew Crawford en su ensayo *The World Beyond Your Head*. Según él, «tratar con la realidad a través de una pantalla de representación sirve para mostrar un mundo inocuo a un yo frágil y hacer al sujeto más maleable frente a la arquitectura de la elección elaborada por algún funcionario del ajuste psicológico». [21] En otras palabras, por los ingenieros de Silicon Valley, los publicistas, los directores de programas de grandes medios de comunicación, etcétera. Este intento de escapar a las dificultades de la «heteronomía», [22] alejando el mundo real y sus restricciones, nos priva de adquirir competencias muy valiosas para nuestro desarrollo y nuestra felicidad. Nos aísla y nos hace más vulnerables, más influenciables, meros receptáculos de un pensamiento estandarizado, mascado. Y orienta nuestras elecciones. Puede, asimismo, reforzar una especie de fantasía de individualismo total, desarraigado, capaz de llevar una existencia ajena a todo vínculo y todo límite y de superar las dificultades usando aplicaciones. Así, ciertas preocupaciones como el cambio climático o la desaparición de las especies pueden antojarse difusas y abstractas para los habitantes de zonas urbanas cuyo primer contacto con la naturaleza es el fondo de pantalla de su iPad. En cuanto a la idea de participar del correcto funcionamiento de una democracia, ya sea local, nacional o europea, cómo no sentir la punzada de desánimo ocasionada por la confrontación directa con tantas personas que no comparten nuestros puntos de vista en discusiones interminables, con lo fácil que sería dejarse mecer por el flujo de contenidos que nuestra pantalla prodiga, por la simplicidad de un *like* o de un emoticono rabioso para comentar el titular de un artículo sobre la política del gobierno con nuestros amigos digitales y fantasear juntos con hipotéticas revoluciones canalizadas por Facebook, como fue parcialmente el caso en las revoluciones árabes... Porque, además de orientar nuestros clics y nuestras decisiones, los algoritmos pueden mantenernos en burbujas de afinidad, en las que coincidimos básicamente con aquellos que comparten nuestras opiniones. Las famosas burbujas incriminadas en el fenómeno de las noticias falsas y que habrían podido contribuir a reforzar el fenómeno Trump, mientras lo invisibilizaban a ojos de quienes se movían por otras burbujas, donde los electores del «Agente Naranja» no existían. Lawrence Lessig, profesor de Derecho en Harvard,

constitucionalista reputado y uno de los pensadores pioneros de internet, ve particularmente preocupante esta compartimentación: «No veíamos venir que internet cambiaría tan profundamente la naturaleza de las comunidades, su modo de acceder y digerir la información. Hemos pasado de unas plataformas comunes para obtener información [como la televisión] a otras cada vez más fragmentadas. Y los algoritmos que las personas alimentan en noticias en las plataformas como Facebook producen cada vez más un mundo donde cada cual vive dentro de su propia burbuja informativa. En ese mundo, no obstante, la idea misma de una acción política orientada hacia el interés general es prácticamente imposible. No sabemos cómo construir un espacio donde la gente pueda conversar sobre las mismas cuestiones políticas, partiendo de un marco común y de una comprensión compartida de los hechos». [23] La alianza entre unas potencias económicas considerables y la orientación conductual que hoy permite la web está minando nuestras democracias. Para numerosos observadores científicos o ensayistas, seguir esta trayectoria podría conducirnos en última instancia hacia una forma inédita de totalitarismo. El control de las biotecnologías, de los algoritmos informáticos, de la inteligencia artificial y de los datos (toda esa información que se recoge sobre ti cada vez que visitas una página web, realizas una llamada, envías un correo electrónico o un mensaje de texto) podría permitir a un pequeño grupo de individuos —que ya es capaz de comprender nuestras maneras de pensar y de influir sobre ellas— poner en marcha un neofeudalismo, con más poder y más desigualdad de lo que la humanidad ha conocido jamás. En unos años, las máquinas podrían sustituir a millones de seres humanos y reducirlos a una inmensa «clase inútil». Los pocos en poseer ese poder descomunal [24] ya no se contentarán con acumular riqueza, serán capaces de modelar nuestros cuerpos, nuestros cerebros, nuestras mentes, y construir mundos virtuales de una potencia sin par. En lugar de oponernos a ese futuro más bien espantoso, nuestra pasividad y nuestra adicción digital podrían conducirnos a ratificar esas direcciones confeccionadas por nuestros famosos «arquitectos de la elección». La única manera de oponernos sería democrática. Lo que nos lleva a la siguiente arquitectura esencial.

Tercera arquitectura: las leyes

Provengan de votos democráticos, de tradiciones religiosas o de regímenes totalitarios, las leyes —y las constituciones o los libros revelados que las enmarcan— condicionan también nuestras actividades, nuestra organización social y nuestras interacciones. También aquí se desarrollan algunas ficciones con una influencia considerable (y que, en ocasiones, chocan entre sí). En algunos países, o en algunas comunidades, las leyes supuestamente divinas, promulgadas por autoridades religiosas, rigen la suerte de las mujeres, los animales, la sexualidad, la salud, la alimentación, los comportamientos sociales... En las sociedades occidentales actuales, relativamente laicas, [25] las leyes dictadas por la versión radical del islam, y en particular por el wahabismo, son las que más tropiezan con las elaboradas por la democracia y la tradición de los derechos humanos, legado de la Ilustración. Podría plantearse una apasionante reflexión en torno a las ficciones que constituyen las religiones y a su cuestionamiento. No me siento en ningún modo competente para promoverla. En cambio, me parece esencial —y más a mi alcance— que nos asomemos unos instantes a la ficción que constituye nuestro modelo democrático y a una pregunta controvertida: ¿vivimos en una democracia real?

La palabra *democracia* viene de dos raíces griegas: *dêmos*, el pueblo, y *kratos*, el poder. Para el diccionario *Le Petit Robert*, designa «una doctrina política según la cual la soberanía (autoridad suprema) debe pertenecer al conjunto de la ciudadanía».

Los fundamentos de la democracia francesa se remontan a la Revolución de 1789, que dictó los principios. En aquel momento, según nos explica la página web del gobierno francés *Vie publique*, los partidarios de una democracia representativa y los de una democracia directa se enfrentaron. Y los primeros ganaron la partida. Entre ellos, un tal abate Sieyès (uno de los principales artífices de la revolución) declaraba en su discurso del 7 de septiembre de 1789: «Los ciudadanos que nombran a representantes renuncian y deben renunciar a hacer las leyes ellos mismos; no tienen voluntad particular que imponer. Si dictasen voluntades, Francia

dejaría de ser ese Estado representativo; sería un Estado democrático. El pueblo, insisto, en un país que no es una democracia (y Francia no sabría serlo), el pueblo no puede hablar, no puede obrar más que por medio de sus representantes. [26]

Entre los perdedores, un tal Rousseau, partidario de la democracia directa, afirmaba a propósito del régimen parlamentario inglés: «El pueblo inglés cree ser libre, pero se equivoca; sólo lo es durante la elección de los miembros del Parlamento; una vez elegidos, se convierte en esclavo, no es nada». [27]

¿Acaso Rousseau o Sieyès exageraban? ¿Acaso estamos absolutamente desprovistos de poder entre dos votaciones y una vez dotados de representantes? Estudiemos más de cerca los mecanismos de nuestra V República.

Cada cinco años elegimos por sufragio universal directo a nuestro presidente de la República y a nuestros diputados. Cada seis años, a nuestros alcaldes, y con intervalos variables, a nuestros consejeros generales y regionales.

Durante esos mandatos, ¿qué pueden hacer los ciudadanos si sus gobernantes...

a) no respetan la voluntad pública?

b) se exceden en sus decisiones (como fue el caso durante el referéndum de 2005 a propósito de la Constitución europea)?

c) son culpables de delitos diversos y variados?

Para que un presidente sea destituido, debe ser objeto de un procedimiento que involucra a las dos cámaras: Senado y Asamblea Nacional. [28] En la medida en que la proximidad de un presidente con los parlamentarios de su mayoría suele ser grande (en particular, desde la puesta en marcha del quinquenato, donde la Asamblea Nacional y el presidente de la República se eligen al mismo tiempo, para el mismo periodo, suprimiendo toda posibilidad de alternancia y coexistencia, salvo en caso de disolución), es bastante improbable que la destitución se produzca, incluso en caso de que dicho presidente sea declarado culpable de delitos de cierta gravedad. El poder de los ciudadanos sobre el ejecutivo se ejerce, pues, por medio del legislativo.

Problema: en lo que respecta a los parlamentarios, los ciudadanos tampoco tienen poder. No eligen directamente a los senadores ni pueden destituir a un diputado. Como se explica claramente en Vie publique, «los parlamentarios no se deben a un mandato imperativo de sus electores. Así, aunque los gobernantes no cumplan lo que prometieron en la campaña, su electorado no puede acortar su mandato. Esta regla permite preservar la libertad de opinión de los parlamentarios, sobre todo en su apreciación del interés general».

O sea que, en realidad, el poder sobre el órgano legislativo recae sobre... ¡el ejecutivo! El presidente puede disolver la Asamblea y provocar nuevas elecciones legislativas.

Ambos poderes están, a su vez, controlados por el judicial (con cierto límite para el ejecutivo, que goza de un estatuto penal particular). Entonces ¿los ciudadanos tienen poder para elegir a los magistrados, garantes de la integridad de los otros poderes (como en Estados Unidos)? No. Los jueces son nombrados por el ministro de Justicia. ¿Y a éste lo eligen los ciudadanos? No más que a los jueces. Lo nombra el primer ministro, nombrado, a su vez, por el presidente de la República.

Entonces ¿qué poder nos queda a los ciudadanos soberanos que somos entre dos elecciones si cualquiera de las situaciones previamente enumeradas se produce y no se resuelve? La Constitución francesa de 1958 estipula que «la soberanía nacional pertenece al pueblo, que la ejerce por sus representantes y por la vía del referéndum». Nos queda pues, aparte del voto, el referéndum, única vía que permite a los ciudadanos participar directamente en la elaboración de la ley (hecho posible, pero extremadamente infrecuente, que se ha producido tres veces en la V República). Pero resulta que el referéndum sólo puede organizarse por iniciativa de... los gobernantes. En general, del presidente de la República.

Otro problema: los gobernantes tienen la posibilidad de eludir el voto popular por referéndum, como fue el caso del que se organizó a propósito de la Constitución europea, en 2005. El 55 % de los franceses votó *no* a su ratificación. Cuatro años más tarde, el texto fue ratificado por el Parlamento con otro nombre (un tratado), pero con el mismo contenido y sin efectuar una nueva consulta. [29] En fin, los poderes son magros, por no decir nulos. Y,

razonablemente, cabría preguntarse: ¿podemos hablar de democracia cuando, después de votar, carecemos de posibilidad de influir sobre los gobernantes? ¿Qué hacer cuando nuestros representantes no aportan respuestas a problemas tan cruciales como el desempleo masivo, el cambio climático, el agotamiento de los recursos, la extinción acelerada de especies vivas, el hambre en el mundo...? ¿Y cuando, cada vez que hay elecciones, los mecanismos de los grandes partidos abocan a una alternancia entre dos formaciones que no proponen nada nuevo? ¿Y cuando, cada vez que hay elecciones, nos hallamos confrontados a la dolorosa sensación de elegir por defecto, preguntándonos a veces si ese gesto, fruto de tanto esfuerzo, sirve aún para algo más aparte de evitar el ascenso al poder de los extremos? Poca cosa.

Aunque, después de todo, esto carecería de importancia si los responsables políticos se comprometieran a hacer realidad las aspiraciones de las personas a quienes representan. Ahora bien, ¿es realmente el caso? Cuando era director de la ONG Colibris, realizamos un sondeo con el IFOP, [30] antes de las elecciones presidenciales de 2012, para dilucidarlo. Los resultados permiten ponerlo en duda. El 95 % de las personas encuestadas declaraba que le parecía esencial reducir el empleo de productos fitosanitarios (abonos, pesticidas) en aras de limitar tanto la contaminación del agua, el aire y los suelos como los riesgos para la salud. Entre ellas, el 41 % estimaba incluso que era preciso encaminarse hacia un modelo agrícola totalmente ecológico. El 64 % consideraba que había que desarrollar las energías renovables y abandonar progresivamente las energías fósiles y la nuclear. El 75 % sostenía que había que combatir la especulación para privilegiar a la economía real. Evidentemente, sólo era un sondeo. Pero los resultados (y el abismo con respecto al rumbo que el gobierno francés tomó después) hablan por sí mismos. Son fruto de la parálisis que comentaba anteriormente, pero no sólo. Y no se trata de un problema exclusivamente francés, ni mucho menos.

Hace algunos años, la Universidad de Princeton llevó a cabo un estudio para el que utilizó datos de 1.800 políticas públicas entre 1981 y 2002. La investigación ponía de manifiesto que, con frecuencia, estas políticas estaban más orientadas por «la élite económica y los grupos organizados

para defender sus intereses» que por la voluntad democrática popular. Los universitarios concluían, lacónicos, que técnicamente Estados Unidos ya no era una democracia, sino una especie de oligarquía... [31]

En efecto, si la democracia es, como afirmaba Lincoln en su discurso de Gettysburg, «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», nos encontramos a años luz. Deberíamos, más bien, darle la razón a Rousseau, quien escribía en *El contrato social*: «Si hubiese un pueblo de dioses, se gobernaría democráticamente. Pero un gobierno tan perfecto no es propio de hombres». [32]

Las arquitecturas de la elección

Lo que yo denomino *arquitecturas* son, pues, estos elementos estructuradores que rigen nuestras vidas sin que seamos necesariamente conscientes, que ayudan a orientar nuestras decisiones, nuestras acciones, que monopolizan nuestro tiempo y nuestra energía. Las leyes, la necesidad de ganar dinero y los algoritmos informáticos de las pantallas constituyen tres arquitecturas particularmente poderosas. De hecho, se alimentan mutuamente. Cuanto más aborrecemos nuestro trabajo y menos realizados nos sentimos, más impotentes y desanimados nos mostramos con respecto a la política y más tendemos a refugiarnos en el regazo colorido y protector de los smartphones, los televisores y demás tabletas para «entretenernos».

Con todo, ninguna de estas tres arquitecturas es mala en sí misma.

El dinero es una herramienta, nacida de una ficción, de una convención, que estipula que unas monedas de metal, unos billetes de papel o unas líneas de escritura informática representan unas riquezas tangibles.

Internet es una innovación increíble que permite unir a la humanidad como nunca hasta ahora. De hecho, la web y las herramientas digitales podrían ayudar a reinventar nuestras sociedades a condición de que halláramos un doble equilibrio: conseguir que esta tecnología fuera sostenible desde el punto de vista ecológico y utilizarla manteniendo una distancia de seguridad, con una complementariedad saludable entre conectado/desconectado.

Las leyes están pensadas (en caso de nacer de un debate democrático) para constituir las reglas que nos permitan vivir juntos, libres y seguros en una igualdad relativa.

Pero a partir del momento en que estas arquitecturas están controladas por una minoría de personas y estructuras, guiadas por una ficción fundada en el crecimiento económico infinito y la maximización de los beneficios, tanto nuestra capacidad de vivir en libertad como la de los ecosistemas de resistir a nuestra bulimia materialista se ven seriamente amenazadas.

Actualmente asistimos impotentes a la representación de esta pieza. De vez en cuando, una conversación, un documental, un libro, una conferencia nos sacan de nuestro letargo. Una ola de indignación o de entusiasmo nos sacude durante unas horas, quizá unos días. Antes de que el ritmo de la vida cotidiana, la presión de los créditos y cierto desánimo nos hagan volver al redil. Esta inercia es consecuencia directa del hecho de vivir en el corazón mismo de una ficción muy potente a la que es imposible enfrentarse sólo con nuestras fuerzas. En este punto lo que necesitamos es cambiar de relato y organizarnos, y así encarrilar este hormiguero humano hacia otra dirección. Cada hora perdida o robada debatiéndonos en los meandros de nuestras pantallas, cada día dedicado a aumentar la productividad de una empresa cuya actividad nada tiene que ver con el tipo de mundo que deseamos construir, cada artículo comprado, cada comida preparada, cada desplazamiento, cada momento compartido, cada una de nuestras elecciones son oportunidades que debemos aprovechar. Tiempo de vida que podemos recuperar y destinar a construir otra realidad. La suma de estas decisiones teje nuestro propio relato, ese que proponemos a diario a las personas que nos cruzamos, que conocemos, que comparten nuestras jornadas laborales, nuestras comidas, nuestras fiestas, nuestra casa, nuestra cama... Una de las cosas que más pesa en nuestras orientaciones personales o profesionales es la mirada de nuestro entorno. Cuanto más comúnmente admitida está una práctica, más valorada por nuestro medio social, por nuestro contexto socioprofesional, por la sociedad en general, más tendemos a adoptarla. [33] Cambiar nuestro relato personal es, pues, un acto de resistencia particularmente poderoso. Abre un espacio al que otros

pueden precipitarse y adaptar su relato a aquel que nosotros hemos creado. Es más fácil para cualquiera decir que no come carne si otras dos personas lo dicen en la mesa durante una cena. Más cómodo para cualquier niño asumir que no tiene smartphone si otros tampoco tienen y le dan sentido a esa elección. Más fácil para un nuevo relato emerger si una multitud de relatos personales convergen para nutrirlo e hilvanarlo.

Pero recapitulemos.

De momento hemos enlazado los elementos siguientes:

– Tenemos datos científicos suficientemente sólidos que nos permiten vislumbrar que nos precipitamos hacia la catástrofe.

– Nos quedan algunos años para actuar.

– No lograremos cambiar las cosas de verdad a menos que seamos millones actuando y emprendamos una cooperación entre ciudadanos y gobernantes para superar la influencia de las «potencias financieras».

– El motor más potente que permite la movilización y la cooperación de millones de seres humanos se halla en las ficciones.

– Para elaborar nuevas ficciones, debemos identificar el relato en el que navegamos y las arquitecturas que condicionan nuestros comportamientos, para poder liberarnos.

Así pues, parece que un inicio de estrategia se perfila. Al menos para todos los que piensan que aún estamos a tiempo de actuar para minimizar los golpes que están por venir y de intentar inducir una mutación en nuestras sociedades. [34]

Veamos cómo ponerla en práctica.

5. Construir nuevas ficciones

Todo nace de nuestros relatos.

Antes que nada, pues, tenemos que llevar a cabo una batalla cultural (aunque no me guste emplear términos bélicos para decirlo). Es fundamental que propongamos una visión ecológica del futuro atractiva, que construyamos referencias culturales sólidas, que proyectemos un imaginario poderoso, que estructuremos un proyecto tangible, a la vez político y económico, pero también urbanístico, arquitectónico, agrícola, energético...

Necesitamos soñar, imaginar en qué casas podríamos vivir, en qué ciudades podríamos crecer, qué medios utilizaríamos para desplazarnos, cómo produciríamos nuestros alimentos, de qué manera podríamos vivir conjuntamente, decidir conjuntamente, compartir nuestro planeta con todos los seres vivos... Poco a poco, estos relatos de nuevo cuño podrían impregnar nuestras representaciones, contaminar positivamente nuestras mentes y, si son ampliamente compartidos, traducirse estructuralmente en empresas, leyes, paisajes...

Por supuesto, estos relatos pueden ser creados por los artistas. Es lo que nosotros intentamos hacer, y no hemos sido los únicos, con *Mañana*, pero la tarea merece ser continuada, ampliada a través de novelas, películas de ficción, documentales, cómics, ensayos, pinturas, dibujos, obras gráficas de todo tipo... Los relatos, sin embargo, no son exclusivos de los artistas. Cada empresario que inventa una nueva forma de llevar a cabo su actividad, cada ingeniero que elabora nuevas maneras de funcionar, cada economista que imagina nuevos modelos, cada gobernante que reinventa el modo de administrar su territorio, cada colectivo que se une para llevar a cabo algo que se sale de lo ordinario, cada periodista que da cuenta de ello, cada persona que decide reorientar su vida cotidiana (hacerse vegetariano, prescindir del coche, vivir en casas de energía plus, cambiar de trabajo,

iniciar un programa de cero residuos...) cuenta a su manera una historia que puede inspirar a la gente de su entorno, siempre y cuando no intente convencer ni evangelizar. Elegir es estimulante. Inventar es condenadamente excitante. Huir del conformismo refuerza el amor propio. Sentirse bien en el propio pellejo es contagioso. Por eso estoy convencido de que para resistir en este inicio del siglo XXI hay que empezar rechazando la colonización de la mente, la estandarización del imaginario. «Crear es resistir. Resistir es crear», escribía nuestro añorado Stéphane Hessel en 2010. Y él, en resistencia, era todo un experto...

Necesitamos un plan

Dicho esto, podríamos preguntarnos cuáles serían los ingredientes de esos nuevos relatos capaces de sacarnos de la encrucijada en que nos encontramos. La Historia abunda en teorías, ficciones, ideologías biempensantes —o pretendidamente biempensantes— cuyo impacto acabó siendo desastroso. Las religiones, sin duda alguna, encabezan la lista de ideales que han conducido a masacres en masa, seguidas de cerca por el nazismo, el comunismo en su versión estalinista y, en un grado nada desdeñable, el neoliberalismo. No tendría mucho sentido, pues, elaborar una pseudoteología político-ecológica, y me guardaré bien de hacerlo. Digamos simplemente que a la luz de las constataciones enumeradas al principio de este libro, de lo que una mayoría de los científicos describe sobre la evolución de los ecosistemas, de lo que las ONG refieren acerca de la explosión de las desigualdades, de lo que muchos economistas explican sobre la insostenibilidad de nuestro modelo de crecimiento, podemos intentar establecer algunas prioridades: respetar el equilibrio natural del planeta y sus ecosistemas, favorecer el pleno desarrollo de todos y cada uno de los seres humanos asegurando sus necesidades básicas (bebida, comida, vivienda, sanidad...) y esenciales (dar sentido a su existencia, vivir en libertad, participar en el rumbo de su destino, sentirse reconocidos, aceptados, integrados...), respetando cierta equidad... Soy consciente de que estoy enunciando generalidades, bastante banales al fin y al cabo pero que

no han sido conquistadas aún en todo el mundo, ni mucho menos. En este sentido, disponemos de textos que han logrado un amplio consenso, como la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, o propuestas como la Declaración Universal de los Derechos de la Madre Tierra, formulada durante la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático, pero sólo en contadas ocasiones existen modelos de organización que permitan aplicarlos. La democracia parecía el contexto idóneo para ello, pero estamos perdiendo la esperanza: las desigualdades se agravan y el planeta es saqueado impunemente. Nuestro modelo democrático actual, por mucho que suponga un avance respecto a otros tiempos u otras regiones del mundo, se ha vuelto insuficiente. Como el resto de nuestro modelo de sociedad, necesita ser reinventado para construir verdaderas modalidades de información, de diálogo y de toma de decisiones colectivas.

A la luz de estos imperativos, yo organizaría los ingredientes de nuestros relatos a partir de tres grandes objetivos.

1. DETENER LA DESTRUCCIÓN Y EL CALENTAMIENTO

Para empezar, nuestros relatos tienen que incluir todo aquello que nos permita ralentizar, limitar, incluso parar la destrucción de los ecosistemas, de los modelos de protección social, de la convivencia y el cambio climático. Abajo, pues, las energías fósiles, el despilfarro de cualquier tipo (energético, alimenticio, de objetos), el consumo excesivo, la orgía de productos de origen animal y todo lo que requiera usar hormigón, cavar minas, talar bosques, emitir gas a la atmósfera, hacer trabajar a niños o incluso a adultos en condiciones miserables; abajo la extrema concentración de riquezas y de poder que resquebraja nuestras democracias y abajo el ultraliberalismo, que es a menudo la arquitectura que conduce a todas estas catástrofes.

2. CONSTRUIR LA RESILIENCIA

Desgraciadamente, no hay que descartar la posibilidad de que la conjunción de todos los problemas a los que nos enfrentamos derive en

colapso, como sostienen los *colapsólogos* y no pocos científicos. Y aunque algo así no llegara a producirse, el mundo que nos espera anuncia tensiones extremas y un contexto claramente más hostil. Resulta, pues, indispensable construir la resiliencia de nuestros territorios (y por qué no de nuestras moradas). Por «resiliencia» entiendo la capacidad de encajar los golpes sin colapsarse. De adaptarse, de sobrevivir sin perder del todo la integridad. En otras palabras: producir el máximo de alimentos y de energía localmente, llevar a cabo una gestión del agua potable que no dependa únicamente de las grandes redes de abastecimiento centralizadas, desarrollar planes de reutilización de los materiales ya existentes, de reparación, de reciclaje y también de fabricación artesanal, ya sea tradicional o reinventada. Y recuperar las destrezas que requieren estas actividades. [1] Organizar redes de economía local sólidamente imbricadas donde la mayor parte de los bienes y servicios esenciales provenga de empresas locales e independientes. Lo ideal sería poner en marcha, de forma paralela, circuitos monetarios complementarios con monedas locales, monedas destinadas a las pymes, incluso monedas que sostengan actividades no directamente comerciales pero que aumenten también la resiliencia, [2] monedas libres... Construir comunidades locales unidas y organizadas alrededor de principios democráticos vivos. Por «vivos» entiendo lo contrario de lo que vivimos en la actualidad: votar cada cinco o seis años y (exceptuando las asociaciones) no implicarse en las decisiones políticas locales entre una elección y otra.

¿Por qué empresas locales e independientes en vez de multinacionales? ¿Por qué circuitos monetarios que no dependan únicamente de los bancos centrales o de los bancos privados multinacionales? ¿Por qué circuitos cortos y descentralizados? Porque de ello depende la resiliencia de un sistema.

Para los científicos que estudian los sistemas naturales [3] y, por extensión, las redes de flujos complejos (como son los sistemas económicos, sociales y políticos), la resiliencia depende esencialmente de dos factores: la interconectividad y la diversidad. El economista Bernard Lietaer lo ilustra con dos imágenes particularmente esclarecedoras. [4]

La interconectividad es la capacidad de un medio o de un animal para nutrirse de interacciones muy variadas y muy numerosas. Por ejemplo, la ardilla de Central Park en Nueva York o la rata de alcantarilla de París son capaces de encontrar refugio y alimento casi en cualquier parte. Por el contrario, el panda gigante, cuya alimentación se limita a un tipo concreto de bambú, corre el peligro de desaparecer si se destruye su hábitat natural original. No es capaz de adaptarse.

La noción de diversidad nos resulta más familiar, pero seguramente no estamos acostumbrados a contemplarla desde esta perspectiva. Imaginaos un bosque de pinos, un monocultivo, destinado a producir madera en masa y a la mayor velocidad posible. El día en que se produzca un incendio o una enfermedad afecte a los árboles, la propagación será fulgurante y el bosque entero correrá el riesgo de convertirse en cenizas o de contagiarse. Por el contrario, si en vuestro bosque proliferan variedades distintas (robles, hayas, carpes, abedules, avellanos, olmos...), algunas resistirán mejor al fuego, otras a cierto tipo de infecciones, y el bosque en su conjunto será más capaz de sobrevivir al impacto. Y esto es aplicable a todos los sistemas complejos: ¿que disponéis de un solo tipo de moneda, para el mundo entero, vinculada a un vasto mercado internacional? El día en que se produzca un colapso financiero, como el de 2009, la contaminación será rápida y brutal. Es la economía mundial la que paga los platos rotos. ¿Que los empleos de vuestro territorio dependen de una sola empresa implantada con ayudas gubernamentales, como ocurrió con Goodyear, ArcelorMittal y tantas otras? El día en que decida deslocalizar su producción y llevársela a Europa del Este o al sureste asiático porque la mano de obra es demasiado cara, una ola de paro se abatirá sobre la región. ¿Que sembráis en régimen de monocultivo enormes extensiones de trigo o de colza? Vuestra tierra se empobrecerá, será necesario enriquecerla con fertilizantes sintéticos, su inmunidad disminuirá y las plagas proliferarán con mayor facilidad, lo que os llevará a utilizar más y más pesticidas... ¿Que sólo coméis un tipo de alimentos? Vuestra flora intestinal se desequilibrará y todo vuestro sistema inmunológico se irá al garete. Y así indefinidamente. Para Robert Ulanowicz y su equipo, la supervivencia de un sistema de flujos complejos

depende del justo equilibrio entre su eficiencia (su capacidad para procesar rápidamente grandes volúmenes) y su resiliencia.

En la actualidad, nuestros sistemas se centran en la eficacia, descuidando en gran medida la resiliencia. Evaluar cualquier iniciativa desde este punto de vista (¿favorece la diversidad, la interconectividad?) es una valiosa brújula. Ésta es la razón por la cual empresas como McDonald's o Coca-Cola nunca podrán ser sostenibles, por mucho que se esfuercen en hacérnoslo creer. Un modelo basado en la estandarización de la alimentación (comer en todas partes el mismo Big Mac, aplastando a la competencia local), fundamentado en inmensos monocultivos de patatas, en la cría intensiva y concentracionaria de ganado vacuno (la principal causa del calentamiento global) y en una política salarial ultraflexible, con sueldos como migajas que sólo enriquecen a un puñado de accionistas, es exactamente lo contrario de lo que acabamos de exponer, por mucho que se empeñen en consumir menos energía, la carne sea francesa y el monocultivo de patatas utilice menos agua...

3. REGENERAR (EL PLANETA Y NUESTROS MODELOS ECONÓMINOS Y SOCIALES)

Los daños son ya considerables. De modo que no se trata sólo de frenar y preparar la resiliencia, sino de regenerar, reparar y estimular la curación. De inventar nuevas formas de producir, de desplazarnos, de vivir, de relacionarnos: reforestar los bosques (respetando las especies), reasilvestrar los espacios, capturar el CO^2 que hay en la atmósfera. Es lo que proponen modelos como el de la economía simbiótica o la economía azul, [5] entre otros. De ahora en adelante deberemos dedicar buena parte de nuestra actividad colectiva a estas actividades.

Por ejemplo, si al cultivar hortalizas practicásemos la permacultura, que utiliza diversas técnicas como la fertilización natural del terreno, los caballones, la agroforestería, la asociación de cultivos, la densificación, la creación de microclimas —todo esto sin petróleo—, le devolveríamos al suelo su fertilidad, permitiríamos que almacenara CO^2 y la biodiversidad volvería a desplegarse, manteniendo a la vez el mismo nivel de producción

en superficies más pequeñas. De este modo se liberarían espacios para que la vida salvaje pudiera desarrollarse de nuevo.

Al reforestar los bosques absorberíamos una parte del carbono que hay en la atmósfera, [6] al tiempo que revitalizaríamos los suelos, evitaríamos su erosión y devolveríamos a las especies un espacio donde refugiarse y alimentarse, haciendo que bajara la temperatura en zonas enteras, etcétera.

Al permitir que la vida marina se reconstituyera (limitando drásticamente la pesca industrial, prohibiendo la pesca en aguas profundas, dejando de verter al océano montañas de desechos y, en especial, de plásticos...), permitiríamos que el primer sumidero de carbono del planeta pudiera realizar su función [7] de captura de CO^2 y emisión de oxígeno (alrededor del 40 % del oxígeno que respiramos). Comprometiéndonos con modelos de desarrollo económico basados en propuestas como la de la economía simbiótica, podríamos usar infinitamente menos recursos para fabricar nuestros objetos y, al mismo tiempo, construir ciudades donde la agricultura, las zonas de fitodepuración y los árboles climatizaran y reintrodujeran la biodiversidad, absorbieran las precipitaciones, mejoraran nuestras condiciones de vida, nos proporcionaran materias primas renovables... [8]

Éstas son algunas alternativas que responden a esos tres objetivos que muchos defendemos e intentamos impulsar y articular en un relato. Un relato que toma distintas formas según la sensibilidad de los autores. (Me contentaré aquí con mencionar algunos relatos de los llamados *utópicos*, que se inscriben en la línea de mi análisis. Existe una infinidad de relatos distintos, algunos puramente distópicos, donde el ser humano se debate en un mundo postapocalíptico, sometido a la inteligencia artificial y a los algoritmos informáticos; otros que prolongan las aspiraciones de progreso tal como las sociedades del siglo XX lo definieron: tecnologías y crecimiento «verdes», granjas verticales hidropónicas, paneles solares a diestro y siniestro, etcétera.)

La feliz sobriedad de Pierre Rabhi nos conmina a reducir drásticamente el consumo, el uso de recursos, la bulimia materialista, y a incrementar

nuestras cualidades humanas: la empatía, el conocimiento, la inteligencia, la capacidad de cooperar, sin olvidarnos de la alegría. A liberarnos de lo superfluo para disfrutar de lo esencial. Un relato que coincide en diversos puntos con el de los minimalistas, el de las familias cero residuos o el de los que abogan por el decrecimiento. Viviríamos con lo esencial, utilizando principalmente herramientas *low-tech*, muy en contacto con la naturaleza, desarrollando nuestro interior. Según la idea de Pierre Rabhi, los seres humanos se organizarían en «oasis», donde producirían lo esencial para alimentarse y cubrir sus necesidades energéticas (infinitamente más limitadas que en la actualidad), y donde plantarían el germen de una autonomía que les permitiera no volver a depender de las multinacionales. Una vez limitado lo superfluo, podría desarrollarse una actividad económica local que respondiera a las necesidades de la comunidad, con los medios «más simples y más sanos» posibles. La arquitectura utilizaría materiales locales, reciclables y renovables, [9] la calefacción sería de leña, la artesanía volvería a desarrollarse y las destrezas indispensables se reinternalizarían. La buena convivencia, la relación armoniosa entre generaciones, entre humanos y animales, constituiría el corazón del proyecto.

La economía simbiótica de Isabelle Delannoy imagina una sociedad en la que conseguiríamos potenciar la simbiosis [10] entre la inteligencia humana (capaz de analizar científicamente, de organizar, de conceptualizar), las herramientas (manuales, térmicas, eléctricas, digitales...) y los ecosistemas naturales (capaces de realizar por sí solos una gran cantidad de cosas extraordinarias). Según Delannoy, encontrar el perfecto equilibrio entre los tres nos permitiría no sólo detener la destrucción, sino regenerar el planeta, la economía, la sociedad... Buen ejemplo de ello es la iniciativa de la granja de permacultura de Le Bec Hellouin, que fue objeto de estudio del INRA (Instituto Nacional de Investigación Agronómica) y del AgroParisTech. [11] La simbiosis entre unas herramientas manuales muy ingeniosas (una sembradora de precisión capaz de sembrar 26 hileras de hortalizas en un bancal de 80 centímetros, una herramienta para mullir el terreno rápidamente y sin cansarse...), un enfoque científico y empírico muy elaborado (buen conocimiento de la interacción entre las distintas especies

de plantas, del funcionamiento del terreno, de los microclimas, etcétera) y las fuerzas vivas de la naturaleza (vida microbiológica de los suelos, polinización, rendimiento de los árboles, etcétera) permiten que una pequeña parcela produzca más de lo que la naturaleza habría producido por sí sola, más de lo que los humanos habrían conseguido sin herramientas y más de lo que los humanos y las herramientas producen ya sin echar mano de los recursos de la naturaleza (la agricultura industrial con sustancias químicas). Y todo esto haciendo que la tierra sea más fértil que al natural, almacenando carbono —además del almacenado ya por los árboles y las plantas—, creando un espacio donde la biodiversidad sea aún más importante que en su estado original (al principio, Le Bec Hellouin era un prado desnudo) y permitiendo que los campesinos vivan decentemente de su trabajo. Según Isabelle Delannoy, nuestras sociedades podrían aplicar los principios simbióticos a muchos otros campos: a la industria, a la economía, a la democracia, a la educación, etcétera. Los seres humanos vivirían en ciudades *vegetalizadas*, dotadas de extensos puntos de suministro de agua cubiertos de bambú que depurarían las aguas residuales y producirían biomasa suficiente para desarrollar una industria a pequeña escala. Gracias a los *fab labs* podríamos reparar nuestros objetos, en vez de sustituirlos, y producir otros sin recurrir a la industrialización masiva. Poseeríamos muchos menos objetos. Gracias a un uso comedido e inteligente de internet, compartiríamos los coches, los taladros, los cortacéspedes, las freidoras y demás aparatos de uso intermitente. Alquilaríamos nuestros teléfonos, nuestros ordenadores y nuestros televisores para obligar a los fabricantes a mantenerlos en buen estado el mayor tiempo posible. Lo esencial de nuestros bienes estaría construido con desechos del siglo XX y materiales reciclables. Concebidos a partir de los principios de la economía circular para que el material utilizado permaneciera de manera indefinida en el sistema de producción, estarían compuestos por módulos intercambiables e interoperables que facilitarían su reparación y mejorarían sus resultados, sin tener que fabricar de nuevo los aparatos enteros. Gracias a la combinación de estos distintos procedimientos (reducir, reutilizar, reciclar, reparar, alquilar, compartir...), según los cálculos de Isabelle Delannoy podríamos reducir drásticamente el número de objetos en circulación (un estudio

realizado por la Universidad de Michigan demuestra, por ejemplo, que podríamos reducir en un 80 % el número de vehículos de las ciudades sin disminuir la movilidad) y, por consiguiente, el uso de materiales (Delannoy afirma que podríamos economizar hasta un 90 %) en todo el planeta. Si consiguiéramos obtener todo este material residual de los desechos, de los objetos reciclables y del mundo vegetal, entraríamos realmente en un círculo virtuoso que contribuiría además a redibujar los paisajes, a crear numerosos puestos de trabajo... Muchas monedas, limitadas a diferentes escalas territoriales (locales, nacionales, internacionales) o a comunidades de interés (monedas para las pymes, monedas dedicadas a actividades ecológicas, bancos de tiempo...), permitirían descentralizar el poder financiero y proteger a los territorios de las crisis económicas mundiales. Disminuiríamos drásticamente el consumo de energía (la hipótesis de NégaWatt, bastante más comedida, afirma que podríamos reducir hasta un 60 % de nuestro consumo actual sin perder calidad de vida) [12] y la produciríamos a partir de fuentes renovables, asegurándonos de que los paneles solares y los aerogeneradores se fabricasen con el mismo enfoque mencionado más arriba para la industria. El relato de Isabelle Delannoy retoma y articula un buen número de propuestas sostenidas por los partidarios de la economía compartida, funcional, circular, azul, de la ecolonomía...

Hoy en día, estos relatos son innumerables y pueden adoptar formas muy distintas. Atañen a todos los aspectos de la sociedad. Imaginaos por ejemplo un mundo en el que la cooperación se enseñase a los niños desde su más tierna infancia; que, además de las matemáticas, la gramática y la historia, aprendieran a comunicarse de la mejor manera posible con los demás, a expresar sus necesidades, a resolver los conflictos. Que aprendieran no sólo higiene física a través del deporte, la ducha y la limpieza dental, sino también higiene psíquica practicando la plena conciencia, la comunicación no violenta, las terapias conductuales. Un mundo en el que la medicina reposara a la vez en el conocimiento del cuerpo y de su funcionamiento cotidiano (el impacto de la alimentación, el equilibrio de la microflora intestinal, la estrecha relación entre lo psíquico y lo físico...), en todo lo

descubierto por la medicina ancestral, especialmente en el uso de las plantas, y en lo que nos ofrece la medicina moderna.

Imaginaos que las mujeres y los hombres disfrutaran realmente de los mismos derechos a lo largo y ancho del planeta (una ficción reavivada en Occidente sobre todo a raíz del escándalo Harvey Weinstein y el movimiento #MeToo, y que parece todavía inconcebible en multitud de países donde las mujeres siguen sufriendo la ablación, el velo obligatorio, los matrimonios forzados o las violaciones y son reducidas a ciudadanas de segunda); imaginaos que los animales fueran considerados como seres sensibles de pleno derecho y no como muebles o proteínas con patas, como ocurre en la actualidad (más de sesenta mil millones de animales son criados anualmente en condiciones abominables, sacrificados y comidos).

Imaginaos que la parte esencial de las actividades humanas no estuviera dedicada a ganar dinero, aumentar los beneficios, fomentar el crecimiento, invertir la tendencia del paro, reactivar el consumo de los hogares, ganar sectores de mercado, vender, comprar, combatir la amenaza terrorista, conservar las propiedades, devolver los créditos, sumergirnos en un cúmulo de diversiones destinadas a hacernos olvidar el poco sentido que le encontramos a nuestra vida y el pánico que tenemos a morir... sino a entender qué hacemos en este planeta, a desarrollar nuestros talentos, a incrementar nuestras capacidades físicas y mentales, a cooperar para resolver los enormes problemas que hemos creado como especie, a ser mejores individual y colectivamente. Imaginaos que pasáramos la mayor parte de nuestro tiempo dedicados a lo que nos gusta, siendo útiles a los demás, paseando por la naturaleza, haciendo el amor, viviendo relaciones apasionantes, creando... Imposible, ¿verdad? Utópico. Los mundos de Yupi. Simplista. Y sin embargo... Todo lo que acabo de describir existe ya en estado embrionario en algunas escuelas de Francia, en ecobarrios de los Países Bajos, en ecoaldeas de Escocia, en *fab labs* de Estados Unidos, en zonas industriales de Dinamarca, en la vida cotidiana de millones de empresarios, de artistas, de profesores, de arquitectos, de agricultores... Las historias se cuentan a través de sus realizaciones tangibles. Necesitamos de una vez por todas que el movimiento se acelere, que estos pequeños relatos se multipliquen y alimenten otros más grandes, más inspiradores, capaces

de provocar un movimiento irresistible. Como decía antes, tenemos los días contados. Para plantar cara a los desafíos que nos esperan, necesitamos actuar con rapidez, ser eficaces, mover montañas... Ahora bien, los seres humanos demuestran esta capacidad de compromiso generalmente ante dos situaciones: cuando la coacción se vuelve violenta y se encuentran entre la espada y la pared (guerras, catástrofes naturales y demás lindezas que podrían producirse o reproducirse) o cuando se ven arrastrados por el entusiasmo y la pasión. Y, en muchos casos, ambas situaciones se confunden.

Pensad por un momento en todas las personas que han sido realmente relevantes en vuestras vidas o en la historia de la humanidad. En aquellos que os inspiran, que admiráis, ya sean artistas, ingenieros, médicos, investigadores... Aquellos que han propiciado verdaderas transformaciones culturales, sociales, políticas. La mayoría encontró un espacio donde desarrollar sus «dones» al servicio de un proyecto que, a su modo de ver, tenía sentido. Ninguno se pasaba el día diciendo: «En algo hay que trabajar para ganarse la vida, pero no nos estresemos, que hoy tengo un planazo: pedir unas pizzas y pasarme la noche jugando al *Candy Crush*». A todos los atravesaba (o los sigue atravesando) un fuego abrasador. Ya sea para enfrentarse a un peligro —De Gaulle—, a una opresión —Gandhi—, a terribles injusticias —Martin Luther King, la madre Teresa—, ya sea para expresar sus puntos de vista —los Beatles, Virginia Woolf, Thoreau—, pero siempre recurriendo a su talento.

Imaginaos qué pasaría si el conjunto de la energía productiva y creativa de toda la gente que trabaja a diario sobre la faz de la Tierra no se concentrase en hacer girar la maquinaria económica, sino en practicar actividades que les produjeran unas irreprimibles ganas de saltar de la cama por las mañanas, y que toda esa energía estuviera al servicio de proyectos con una fuerte utilidad ecológica y social... Me juego lo que queráis a que el mundo cambiaría rápidamente.

Nuevas arquitecturas

Pero para conseguirlo necesitamos romper con las servidumbres mencionadas anteriormente: la que nos encadena ocho horas al día a las pantallas y la que nos obliga a cobrar un sueldo todos los meses para sobrevivir y pagar los créditos. Como ya he comentado, nuestras sociedades se fundamentan a la vez en un relato que les proporciona una dirección general y en una serie de arquitecturas que estructuran y condicionan nuestra manera de vivir. Modificar radicalmente la trayectoria de nuestras sociedades exige construir nuevos relatos, pero también modificar esas famosas estructuras. De lo contrario, ninguna iniciativa «revolucionaria» llegará a buen puerto.

Sin pretender ser exhaustivos, analicemos cómo podrían evolucionar nuestras tres arquitecturas básicas.

Empecemos por la ley. Si, como sugiere el estudio de la Universidad de Princeton, nuestras democracias se transforman en oligarquías y en plutocracias [13] —en el supuesto de que no lo hayan sido siempre—, [14] no disponemos de la capacidad de regular el poder desmedido de las grandes empresas de internet, de las petroleras y de los bancos. Seguimos viviendo en una ficción, heredada de la precedente (la monarquía), en la que un puñado de personas ejerce su dominio sobre el resto; simplemente ha cambiado de cara. Un nuevo relato donde el poder estuviese realmente compartido necesitaría redefinir las reglas que organizan nuestra vida en común. Es lo que intentaron hacer los islandeses en 2009, cuando la connivencia entre los dirigentes políticos y los bancos llevó al país al borde de la quiebra. Ocuparon las calles, las redes sociales y el espacio mediático hasta conseguir la dimisión del gobierno y del gobernador del banco central, y luego iniciaron un proceso para reescribir, ellos mismos, su propia Constitución. El documento resultante, revolucionario, se basaba en la distribución del poder, la transparencia y la responsabilidad. Imponía el control de los bancos, permitía convocar referéndums de iniciativa popular a petición de un 10 % de la población, así como proponer leyes a ciudadanos normales y corrientes... En mayo de 2012 se organizó un referéndum para verificar el grado de aceptación popular de seis de los principales puntos de la nueva Constitución. La victoria del sí fue aplastante

(67 % a favor de utilizar el texto como nueva Constitución, 83 % a favor de que los recursos naturales fuesen propiedad de la nación y no pudieran ser privatizados, 74 % a favor de adoptar el referéndum de iniciativa popular...), pero frágil (tan sólo participó el 49 % del electorado). Desgraciadamente, el escrutinio tenía carácter «consultivo».

Porque el ímpetu de esta extraordinaria aventura se vio frenado por un Parlamento renovado pocos meses después del referéndum, y marcado por el regreso del partido conservador.[15] Como en muchos otros países, la potestad de escribir, modificar o ratificar la Constitución, el texto que define el poder de los gobernantes, es privilegio de... los gobernantes. Así pues, recuperar el poder legislativo, ya se trate de la Constitución o de otras leyes, resulta fundamental. *Cómo conseguirlo* es otra cuestión. Sin duda, a través de la transformación de nuestros modelos educativos, una transformación que permita a los alumnos convertirse en ciudadanos instruidos, capaces de asumir responsabilidades y, sobre todo, que les enseñe a no someterse ciegamente a la autoridad. Luego, organizando la resistencia, un asunto que trataré en el capítulo «¿Y la revolución para cuándo?».

«¿Qué es lo que habría que conseguir?» es una pregunta más sencilla de contestar.

Un inicio de respuesta podríamos encontrarlo en ciertos mecanismos institucionales que permiten a los ciudadanos de algunos países de Europa y del mundo participar activamente en las decisiones políticas. Dichos mecanismos aúnan a menudo la democracia directa con la representativa. En Suiza, la iniciativa popular permite a los ciudadanos proponer modificaciones constitucionales y textos legales, e incluso oponerse a leyes propuestas por los parlamentarios. En Estados Unidos, los habitantes de Nueva Inglaterra se reúnen en asambleas —las llamadas *New England town meetings*— para acordar las leyes y los presupuestos de sus ciudades; los habitantes de numerosos estados pueden revocar a los gobernantes mediante el procedimiento conocido como *recall* (utilizado para destituir al gobernador de California en 2003, por ejemplo), promulgar leyes y modificar su Constitución. También la Constitución de Ecuador contempla la posibilidad de celebrar un referéndum revocatorio contra aquellos gobernantes que no desempeñen correctamente sus funciones. En la Unión

Europea, la ICE (Iniciativa Ciudadana Europea) permite que un millón de ciudadanos procedentes de siete países distintos sometan una ley al Parlamento. Todos estos mecanismos institucionales propiciarían enormemente la colaboración entre gobernantes y ciudadanos, la creación de fecundos equilibrios de fuerza capaces de poner en marcha verdaderas transformaciones societales. [16]

Por añadidura, recuperar el poder sobre el desarrollo de las leyes nos permitiría afrontar diversas cuestiones prioritarias relativas a las dos arquitecturas mencionadas anteriormente: la necesidad de trabajar para recibir un sueldo y la orientación de nuestros comportamientos a través de los algoritmos y ergonomías de internet.

Para empezar, una regulación democrática del «embudo» que supone la red. No es de recibo que un espacio en el que se cruzan e interactúan dos mil millones de personas —Facebook— pertenezca a una empresa privada que gestiona los códigos, las leyes o la ergonomía según sus intereses particulares de rentabilidad y maximización de beneficios. Como tampoco lo es la existencia de un gigantesco supermercado en línea (Amazon) que aspira a controlar una parte cada vez mayor de la economía mundial (en Estados Unidos supone ya el 44 % de las ventas por internet). O que el buscador que concentra las consultas del 93 % de los usuarios (5.480 millones de consultas diarias) pertenezca asimismo a una empresa que recaba información de nuestros datos, nuestras preferencias y nuestras localizaciones, y determina nuestro perfil para proporcionar a los anunciantes una exposición privilegiada, un medio de influir en nuestras compras, así como en nuestras lecturas y en nuestras elecciones... En estos tres ejemplos se produce un conflicto manifiesto entre el interés general y el interés particular, que podría costarnos muy caro en todos los sentidos. La regulación debería garantizar a la vez la independencia de los canales de comunicación, el respeto a la vida privada y una ergonomía que permitiera elegir libremente a los usuarios si quieren continuar o no accediendo a determinadas webs, descargándose aplicaciones, etcétera. Tristan Harris está realizando apasionantes investigaciones en este terreno para que los usuarios puedan racionar de manera sencilla el uso de sus pantallas. [17] Como es habitual, las compañías no adoptarán *motu proprio*

unas medidas que atenten contra sus intereses económicos, unas medidas que sólo podrán imponerse si se unen las decisiones de los usuarios y las restricciones reguladoras. Dos cuestiones que generalmente van de la mano.

Luego están las arquitecturas que reducirían nuestra dependencia de los sueldos y el dinero. Entre ellas, la puesta en marcha de una ambiciosa renta universal que redistribuyera el crecimiento económico de nuestras sociedades. [18] He aquí, de nuevo, un ejemplo de ficción especialmente interesante. Para muchos, la idea de que alguien pueda recibir una renta sin trabajar resulta chocante, peligrosa o inmoral. Nuestra psique está tan impregnada de la correlación entre trabajo duro y retribución que resulta difícil desprenderse de ella. Sin embargo, los trabajos y experimentos que demuestran que semejante propuesta podría funcionar son especialmente convincentes. [19] Periódicamente se inician nuevas experiencias que consolidan esos resultados, como ocurre hoy en día en Finlandia, en la región francesa de Nueva Aquitania, en Utrecht (Países Bajos), en California o en Ontario. Para muchos de los defensores de una renta universal e incondicional (todo el mundo la recibiría al nacer y la conservaría hasta su muerte), la disociación renta-trabajo constituye uno de los principales trampolines que una sociedad puede imaginar para que sus miembros pasen de un trabajo sufrido a un trabajo escogido. La hipótesis según la cual los beneficiarios de una renta universal se quedarían en sus casas rascándose la barriga ha sido refutada por la realidad. En 2009, un artículo publicado en la revista médica *The Lancet* sostenía que «los datos más recientes sobre transferencias de dinero, condicionales o incondicionales, descartan claramente el argumento según el cual dichos programas disuadirían a los adultos de buscar trabajo o crearían una cultura de la dependencia que perpetuaría la pobreza intergeneracional». [20] Por el contrario, los investigadores afirman que, cuando las personas con dificultades económicas reciben dinero, tienen tendencia a trabajar más. Así lo demuestra también una cantidad impresionante de experimentos realizados con los sin techo en Inglaterra, o con la población sin recursos de Malawi, Namibia, Brasil, la India, Sudáfrica... [21] Y lo confirma el estudio coordinado en 1987 por Roy Kaplan sobre los ganadores de la lotería, que

demostró que raramente dejan su trabajo o que, si lo hacen, es para encontrar otro mejor, o para ocuparse de sus hijos. [22]

Una renta universal ambiciosa [23] permitiría garantizar a cada cual las condiciones necesarias para su supervivencia (y, por consiguiente, sacar de la pobreza a millones de personas), pero también escoger una actividad que no tuviera que dar necesariamente pingües beneficios. Pues muchas de las actividades de interés general adolecen del hecho de ser poco lucrativas: agricultor, enfermero, profesor, empleado en una ONG... Como he señalado anteriormente, la obligación de encontrar un empleo al terminar los estudios y la estructura de un sistema educativo que no favorece precisamente el conocimiento de uno mismo y el descubrimiento de las propias pasiones o talentos llevan a muchos alumnos a emprender caminos equivocados. Y no hay nada más terrible que una persona que no está hecha para el oficio que desempeña: los profesores que aburren a sus alumnos, las enfermeras que maltratan a sus pacientes, los oficinistas que no paran de mirar la hora, los responsables políticos que se aprovechan de su condición para llenarse los bolsillos...

Con mil euros al mes, un campesino convencional podría plantearse dar el paso hacia la agricultura ecológica, a pesar de la dificultad para devolver los créditos. Un obrero de una fábrica de automóviles podría tomar la decisión de abrir un Repair Café y mejorar así indiscutiblemente su día a día ejerciendo su talento para reparar cosas (si es que lo tiene). Un directivo de una gran multinacional podría decidir poner sus competencias al servicio de una empresa propia con vocación social o ecológica. [24] Un empleado del hogar podría retomar sus estudios, etcétera.

Esta idea de renta básica universal puede suscitar, y es perfectamente comprensible, ciertas reticencias, como el miedo a que potencie el consumismo en lugar de liberar la creatividad. Sin duda es un riesgo que hay que correr. Personalmente, pienso que a la mayoría de los seres humanos los seduce más, a largo plazo, la idea de ser útiles, felices, creativos, de dar sentido a su existencia, que la de comprarse nuevos hornos o nuevas tabletas. Y a menudo hacen lo uno (comprar) para compensar la ausencia de lo otro (encontrar un sentido).

Existe otra arquitectura, por lo general menos estudiada, que nos condena a una dependencia inextricable del dinero y del crecimiento económico: el mecanismo de creación monetaria, regulado en Europa por el artículo 123 del Tratado de Lisboa.[25] Actualmente, en la zona euro, los bancos privados crean cerca del 85 % del dinero en circulación con la concesión de créditos. El 15 % restante son las monedas y los billetes emitidos por el Banco Central Europeo (BCE) y los bancos centrales. En esencia, cuando pedís un préstamo de diez mil euros para comprar un coche, si el banco dispone de diez mil euros en sus arcas (y tras asegurarse de que podréis devolvérselos), tiene derecho a crear en su sistema informático la cantidad que os va a prestar y, con un solo clic, transferir esos diez mil euros, que unos minutos antes ni siquiera existían, a vuestra cuenta corriente.[26] Una vez hecho esto, iréis a pagar el coche a vuestro concesionario, que ingresará el dinero en su banco, el cual dispondrá a partir de entonces de diez mil euros suplementarios en sus arcas. De modo que podrá crear diez mil euros para prestárselos a otro cliente que quiera, por ejemplo, comprar productos lujosos de alta fidelidad. Este nuevo cliente pagará su cadena de música, sus altavoces y su amplificador a un vendedor que recibirá los diez mil euros y los ingresará en su banco, permitiendo que su banquero pueda prestar, y por tanto crear, diez mil euros suplementarios. Y así sucesivamente. Por término medio, lo que se conoce como «efecto multiplicador del crédito» permite crear hasta seis unidades a partir de una sola. Por un euro que existía efectivamente en el banco, habrá seis euros creados «virtualmente» por el crédito.[27] ¿Cuál es el problema?, me preguntaréis. El problema es triple.

Para empezar, cuando el prestatario devuelva el dinero, la cantidad creada se suprimirá del sistema informático. Para mantener suficiente liquidez en circulación e impedir que el crecimiento económico se desplome, habrá que otorgar nuevos créditos, y por lo tanto fomentar el consumo.

Segundo problema: los prestatarios tendrán que devolver el crédito y los intereses. Ahora bien, el dinero de los intereses no se ha creado al principio del proceso. Por decirlo de otra manera, gran parte del dinero en circulación que hay en el mundo procede de créditos vinculados a intereses, pero el

dinero que necesitamos para devolver dichos intereses no existe. Para que podáis devolver vuestros créditos es necesario que alguien pida un préstamo en otro sitio, de manera que se cree el volumen de dinero necesario. Hay que generar nuevas actividades económicas. Generar crecimiento, en definitiva... Motivo por el cual el economista Bernard Lietaer dice: «En este modelo, el crecimiento es indispensable. Los que piensan que podemos ir hacia un crecimiento cero no han entendido cómo funciona el sistema monetario. ¡Iríamos sencillamente hacia la bancarrota!». [28]

Último problema (y no el menos importante): la creación monetaria está controlada fundamentalmente por entidades privadas cuyo interés no es otro que el de maximizar sus ganancias y, por lo tanto, multiplicar los créditos y poner en marcha todas las estrategias posibles para ganar más dinero con el dinero. Y ya sabemos adónde conduce todo esto. En líneas generales, a que el 97 % de los movimientos de dinero sea de carácter especulativo, mientras que sólo un 3 % tiene que ver con la economía real (intercambio de bienes y riquezas tangibles). [29] Esto también conduce a la concentración de la riqueza en manos de unos pocos. En esencia, gracias al mecanismo de los intereses, cuanto más dinero tengáis, más dinero obtendréis. Como explica Bernard Lietaer, el interés «es la transferencia de dinero de alguien que no tiene bastante, y que debe endeudarse, a alguien que ya tiene más del que necesita, puesto que te lo está prestando. Es una máquina de succión automática de recursos hacia la cúspide de una sociedad. Se trata de la forma, bastante lógica, que tiene una élite de defender sus conquistas. Por cierto, con este objetivo se inventó este sistema, en Sumeria, hace tres mil años, al comienzo del patriarcado». [30]

Liberarnos de esta arquitectura, que nos condena a un crecimiento infinito y a una guerra económica destinada a captar el máximo de dinero a expensas de los demás (pues se sustenta en una rareza artificial), supondría inventar una nueva ficción relativa a la creación monetaria. Una ficción que lleva muchos años desarrollándose con la red de monedas complementarias y, actualmente, de monedas libres. Desde 1934, los suizos disponen de una doble moneda, el franco suizo y el franco WIR. El WIR es un invento de un grupo de empresarios que estaba sufriendo de lleno las consecuencias de la depresión de 1929. Se trata de una moneda creada sin intereses y destinada

a las pymes. La idea surgió de la manera más tonta: como los bancos clásicos ya no querían prestarles dinero, como ya no podían invertir y corrían el riesgo de entrar en recesión, aquellos dieciséis empresarios decidieron crear su propio medio de intercambio. Aprovechando una regulación más flexible que la actual, llegaron a fundar un banco, del que desde entonces se han nutrido sesenta mil empresarios. Dos investigaciones [31] llevadas a cabo por el profesor James Stodder [32] han demostrado que este sistema complementario al franco suizo otorga a la economía suiza y a las empresas que lo utilizan una resiliencia mayor a las crisis (como ocurrió de manera evidente con la de 2009). En Bristol (Reino Unido), en la región de Chiemsee (Alemania) o en el País Vasco francés, entre otros miles de sitios, experimentan con monedas locales, que sólo tienen validez en un territorio determinado y en una red de empresas locales e independientes. La intención es proporcionar una herramienta que impida que el dinero abandone el territorio para ir a parar a las multinacionales, que arraigue a las empresas, que limite las deslocalizaciones, que impida la evasión fiscal, que reduzca los circuitos entre productores, distribuidores y consumidores, que limite así las emisiones de CO^2, que devuelva a las entidades locales cierto control sobre su economía, que las libere de la dependencia de los mercados. Últimamente, gracias a internet, están emergiendo nuevos modelos, como las criptomonedas en *blockchain.* [33] En este sistema, las transacciones monetarias se realizan directamente entre los usuarios de los mercados financieros a través de datos informáticos encriptados, sin necesidad de pasar por el sistema bancario convencional. El *bitcoin* es la más conocida, pero su modelo especulativo e increíblemente energívoro no la sitúa ciertamente entre las iniciativas ecológicas y ciudadanas más interesantes. Otros sistemas, como Ethereum, bastante menos glotones en términos energéticos, se empiezan a desarrollar [34] y parecen más sostenibles. También se están llevando a cabo cruces entre monedas locales y criptomonedas, como ha ocurrido con el lemán, la moneda local de Ginebra. A través de una plataforma desarrollada con un *software* libre, todo el mundo que quiera podrá inscribirse, crear una moneda (ya sea local, para pymes, libre, internacional) o utilizar alguna de las existentes. Una aplicación para smartphones permitirá usar la moneda

para realizar transacciones con todos aquellos que estén registrados. El sistema no dispondrá de servidor central: los múltiples ordenadores, conectados los unos a los otros, serán los «nodos» de la red y asegurarán su estabilidad. Contrariamente al *bitcoin*, con estas monedas no habrá especulación ni intereses.

He aquí, de nuevo, una ficción especialmente mordaz. La idea de que el dinero, del que ahora mismo tenemos una dependencia absoluta, pueda ser creado sin que intervenga el Estado o la banca privada resulta particularmente desestabilizadora. Pero ¿acaso no debería desestabilizarnos un poco saber cómo funciona el sistema monetario actual? Como le decía Thomas Jefferson a John Taylor en una carta fechada en 1816: «Sinceramente creo, igual que tú, que los establecimientos bancarios son más peligrosos que los ejércitos permanentes; y que el principio de gastar un dinero que será devuelto con posterioridad, bajo el nombre de crédito, no es más que una estafa futura a gran escala». [35]

Recuperar el control de la creación monetaria puede ser el medio de disponer de una arquitectura en la que el dinero se utilice para cuestiones que nos parezcan prioritarias y no para paralizarnos y esclavizarnos a base de deudas. Porque ahí radica precisamente el quid de la cuestión. Nuestro sistema económico crea la deuda y, al hacerlo, incrementa la dominación de unos sobre otros. En este sentido, el ejemplo de Grecia es especialmente ilustrativo... Durante años, Grecia fue estigmatizada por haber permitido que se disparara su deuda pública. [36] Bajo la amenaza constante de la bancarrota, tuvo que pedir ayuda al Fondo Monetario Internacional (FMI), al Fondo Europeo de Estabilidad Financiera, al Banco Central Europeo y a diversos países de Europa, que se avinieron a prestarle varios cientos de miles de millones a cambio del firme compromiso de llevar a cabo una política de austeridad. Resultado: numerosos servicios públicos —hospitales, colegios, etcétera— sufrieron directamente las restricciones. El discurso oficial de la Troika hablaba de sanear las cuentas, de recuperar la buena gestión. La realidad fue que abrió las puertas a la privatización de numerosas actividades de interés general (Grecia ha acabado por privatizar sus puertos, sus autopistas, sus aeropuertos, su energía...) y aumentó más

todavía la deuda del país. La mayor parte del dinero prestado no sirvió para estimular la economía o para pagar a los funcionarios desesperados, sino para devolver los intereses de los préstamos anteriores.[37] Si la deuda representaba en 2012 un 129 % del PIB, en 2017 se situó en el 185 %. A su vez, Alemania, que se mostró especialmente dura con Grecia y fue la primera en reclamar medidas de austeridad cuando el país ya estaba exangüe, llegó a ahorrar alrededor de cien mil millones de euros desde el inicio de la crisis griega en 2010, como reveló un estudio alemán en 2015: «Estos ahorros superan los costes generados por la crisis, incluso si Grecia no devolviera por completo su deuda. [...] Durante la crisis europea de la deuda, Alemania se aprovechó de sus efectos de forma desproporcionada», escriben los economistas que firman el informe.[38] «Alemania arrambló también con importantes contratos a partir de 2011, cuando Atenas empezó a aplicar con pulso firme las privatizaciones, debido principalmente al compromiso adquirido a cambio de las ayudas económicas europeas. La compañía Fraport, asociada a un empresario griego, obtuvo el contrato de recompra de catorce aeropuertos regionales griegos, algunos de los cuales muy turísticos, como Corfú, por una cifra cercana a los mil millones de euros», según informa *Le Figaro*.[39] Por su parte, la compañía china Cosco compró el puerto del Pireo, mientras que el Banco Central Europeo y el FMI se embolsaron, respectivamente, 7.800 millones y 2.500 millones de euros en intereses entre 2012 y 2016.[40]

Una imagen casi perfecta de la concentración de dinero y poder que el sistema de creación monetaria permite a través del crédito con intereses.

¿Qué habría ocurrido si el país hubiese decidido acuñar una moneda complementaria, sin intereses, no convertible en euros, que sólo tuviera validez dentro de sus límites geográficos, reservando el euro para las transacciones internacionales? Desde luego, Grecia habría tenido que responder ante la Comisión Europea por haber violado las reglas comunes. Pero en la práctica habría conseguido sin duda alguna estimular su actividad, dotándose de una herramienta de intercambio para las riquezas que los griegos continúan produciendo, día tras día... Hasta ahora, la vieja ficción ha ganado la partida. Pero ¿qué ocurriría si decenas de territorios decidieran inventarse otra?

Este ejemplo demuestra que las arquitecturas cambiarán cuando cambien las reglas del juego al que jugamos colectivamente. Y es que estas reglas se basan a la vez en un relato compartido y en la confianza. En lo relativo a la moneda resulta especialmente asombroso. Un euro vale un euro simplemente porque alguien de confianza (el Banco Central Europeo) garantiza su valor. Pero también porque un número suficiente de personas se pone de acuerdo para darle ese valor. El día en que el BCE decida que un euro carece de valor, por muchos miles que tengáis en vuestra cuenta corriente, no os servirán de nada. Ese día, vuestro panadero, que se ha pasado años contando monedas en el mostrador, dejará de aceptarlas. Lo cual resulta absurdo. En realidad, no habrá cambiado nada. Las barras de pan seguirán estando en las estanterías, vosotros seguiréis siendo los mismos, ejerciendo el mismo oficio, pero el medio de intercambiar las riquezas que ambos producís se habrá transformado, en un abrir y cerrar de ojos. Ocurre igual en caso de devaluación. Un día el billete que lleváis en la cartera tiene un valor y al día siguiente tiene otro distinto.

Entender la importancia de los relatos y las arquitecturas es fundamental. En las organizaciones humanas, las pocas personas capaces de producir relatos lo bastante potentes como para arrastrar tras ellas a millones de personas, capaces de crear o modificar las arquitecturas (el dinero, la ley, la red...), ostentan el poder. Es así como una pequeña minoría de seres humanos puede dominar a la inmensa mayoría. Una minoría que controlará las reglas del juego hasta que la mayoría silenciosa se dé cuenta de que agrupándose, uniendo fuerzas, puede cambiarlas. Es lo que se produjo con la Revolución francesa o con la Revolución rusa. Pero es un fenómeno infrecuente. Casi siempre falla la coordinación. La «masa», eso que el general De Gaulle llamaba con desprecio «el rebaño», no sabe cómo organizarse, cómo cooperar... Y no hay nada más importante. A lo largo de la Historia, la victoria ha sido casi invariablemente para los que han sabido cooperar mejor. Así que es urgente que aprendamos cómo conseguirlo. Por fortuna, existen algunos métodos y ya han sido adoptados con éxito.

6. ¿Y la revolución para cuándo?

Aunque pueda parecer esencial sentar, como lo he hecho, los cimientos de algunos relatos y arquitecturas basándonos en las necesidades que nos apremian a principios del año 2018, semejante empresa no puede hacerse por real decreto. El *Homo sapiens* está, como lo describía George Marshall, guiado por un doble aparato cognitivo, uno racional y otro emocional. No es ninguna casualidad que las ficciones hayan sido el vehículo privilegiado de nuestras construcciones colectivas: el «cerebro emocional» toma la delantera la mayor parte del tiempo. Así pues, más que empeñarnos, de buena fe, en imponer aquellas ficciones que consideramos positivas o constructivas, lo fundamental es crear contextos o estructuras que despierten nuestra creatividad, estimulen nuestras capacidades empáticas, enriquezcan nuestro conocimiento y desaten nuestro entusiasmo. No se trata de imaginar un pseudosistema ideal que, afortunadamente, no existe, sino, como en el sistema educativo finlandés, de proponer un marco en el que el máximo número de personas sea capaz de hacerlo por su cuenta, inspirándose tanto en sus propias intuiciones como en conocimientos más objetivos.

Algunos grupos o comunidades son auténticos maestros en el arte de insuflar ese entusiasmo creativo y podrían inspirarnos a la hora de poner en marcha las acciones que deseemos emprender. Podríamos citar el Transition Network, denominado en un principio «movimiento de las ciudades en transición» (*Transition Towns*), que congrega a los habitantes para que su municipio «transicione» hacia una sociedad postpetróleo, o la iniciativa de Incredible Edible (Comestibles increíbles) y la agricultura urbana, que propone transformar calles y ciudades en huertos gigantes, así como las ecoaldeas, las monedas complementarias... En esferas más políticas, algunos líderes como Harvey Milk y el movimiento por los derechos

LGBT, [1] los grupos impulsores de la Primavera Árabe o Barack Obama y su *Yes we can* construyeron unos relatos tan potentes que arrastraron a millones de personas. A través de estos relatos, la gente fue capaz de imaginar que los ciudadanos de a pie podían derrocar a los dictadores egipcios o tunecinos, por mucho que éstos llevasen décadas gobernando sus países despóticamente, que los homosexuales podían aspirar a los mismos derechos que los heterosexuales, que un hombre negro podía llegar a presidente de Estados Unidos...

Desde hace varios años, Sdrja Popović estudia la manera en que esos relatos se tejen y permiten la emergencia y, por qué no, el triunfo de las revoluciones. En 2004, este miembro activo del movimiento Otpor que derrocó a Milošević en Yugoslavia a principios de siglo, diputado en el nuevo Parlamento serbio durante cuatro años, creó CANVAS, un tipo de organización sin precedentes: una especie de gabinete de asesores en revolución. Así, cientos de personas del mundo entero recurren a su institución para formarse en los principios de la «guerrilla no violenta», capaces de derrocar el poder en sus países.

A fuerza de estudiar las diferentes historias de estos grupos, Popović ha elaborado una metodología basada en nueve principios que expone en su libro *Cómo hacer la revolución: instrucciones para cambiar el mundo*. [2] Seguramente sea incompleta, cuestionable, pero se apoya en una investigación empírica y práctica lo suficientemente nutrida como para que le dediquemos un momento. Porque aborda exactamente la pregunta que ahora nos ocupa: ¿cómo movilizar a cientos, a miles y a millones de personas, y cómo permitirles organizarse?

Con frecuencia, las «revoluciones» que describe Popović arrancan con pequeñas batallas, fáciles de librar, capaces de unir a la gente. Es una de sus primeras lecciones. Según él, todos los activistas, militantes y demás salvadores del mundo cometen el mismo error: intentan movilizar en torno a «grandes ideas». Movidos por la fuerza de sus convicciones, algunos de ellos siguen convencidos de que si explican sinceramente hasta qué punto el cambio climático es catastrófico, que es inhumano permitir la ablación de las niñas en Sudán, que es intolerable que haya obreros trabajando en

condiciones denigrantes, por un salario mísero y saltándose los derechos humanos, sólo para que nosotros nos compremos un iPhone cada dos años y ropa en H&M cada dos meses, los demás entrarán en razón y se pondrán de su parte. Sin embargo, si ya lo habéis intentado (y si estáis leyendo este libro es probable que sea el caso), habréis constatado que las cosas no funcionan así. En el mejor de los casos, vuestro interlocutor adopta un aire contrito, asiente con la cabeza y os dice que comparte vuestro punto de vista. Puede incluso que lo convenzáis para firmar una petición en línea o compartir en Facebook o en Twitter la publicación incendiaria que habéis redactado, pero cuando le propongáis comprometerse con algún movimiento para luchar contra el cambio climático o la ablación femenina y boicotear los smartphones, tenéis muchas papeletas de obtener menos éxito.

Para Popović, esto se debe a que las preocupaciones cotidianas absorben a la mayoría de la gente; a que los deberes del niño, la compra, las clases de baile o el entrenamiento de fútbol, el trabajo y demás menesteres no tardan en pasar al primer plano. Una explicación que viene a sumarse a la que ya he adelantado hace algunas páginas: la necesidad de «ganarnos la vida» y el entretenimiento que nos ofrecen las pantallas monopolizan nuestro tiempo. George Marshall propone otra, perfectamente complementaria. En su libro *Don't Even Think About That: Why Our Brains Are Wired to Ignore Climate Change*, estudia los mecanismos cerebrales que se activan cuando alguien nos expone elementos que pueden causarnos ansiedad. Como he mencionado antes, nuestro aparato cognitivo está separado en dos: un hemisferio izquierdo dedicado al razonamiento, a la reflexión a largo plazo, secuencial, a la racionalidad; y un hemisferio derecho más consagrado a las emociones, a la gestión del corto plazo, a la orientación espacial, a la reflexión holística y al aprendizaje.[3] Estos dos «cerebros» están constantemente sopesando la información que recibimos y la analizan con la esperanza de dar con el modo más adecuado de reaccionar. Suelen entrar en juego nociones de ganancias y pérdidas, de corto y largo plazo. No obstante, tras años y años de evolución, con frecuencia nuestro cerebro emocional acaba imponiéndose al racional. Por una razón bien sencilla: es el que nos permite afrontar el peligro. ¿Que vemos un coche que viene a toda pastilla hacia nosotros? No nos pasamos media hora analizando la

situación, nuestro cerebro emocional activa la secreción de adrenalina que va a acelerar nuestro ritmo cardiaco, liberar azúcar en sangre, movilizar nuestros músculos, orientar nuestra mirada hacia un lugar seguro, activar nuestras piernas y hacernos salir zumbando. ¿Y qué sucede, entonces, cuando os explico que el cambio climático, la desaparición de las especies y la destrucción sistemática de los ecosistemas nos conducirán hacia una suerte de apocalipsis ecológico? Si soy lo bastante evocador y consigo asustaros, hay muchas probabilidades de que se active el mismo mecanismo de huida ante el peligro. Para que cese esta desagradable sensación que os oprime el pecho, os altera el ritmo cardiaco y os ahoga, vuestro cerebro se deshará de toda la información relegándola, desacreditándola u olvidándola. Si he sido particularmente pelma y os he aburrido con cifras, datos y estudios científicos, es probable que permanezcáis ajenos a mi discurso, y sólo será otra abstracción más que almacenar junto a todo aquello que el cerebro racional sabe pero que no desea creer. En ambos casos, cuando os veáis enfrentados a la contingencia de actuar, vuestro cerebro sopesará la proposición que se os plantee y la pasará por el tamiz de ambos hemisferios. Imaginemos que os conmino a renunciar a los aviones para que dentro de veinte años vuestros hijos puedan crecer en un mundo con una temperatura soportable. Consideraréis una pérdida a corto plazo (dejar de ir en avión) frente a un hipotético beneficio a largo plazo. Porque, tal y como vuestro cerebro racional os chivará, nada asegura que vuestro comportamiento aislado tenga una consecuencia positiva sobre el clima. Nada asegura tampoco que vuestro compromiso sea contagioso y que todo el mundo os vaya a imitar. Hay más factores que cuentan. Vuestro cerebro racional añadirá, sin duda con buen criterio, que sería más eficaz que los Estados regularan las emisiones de gases de efecto invernadero. Y que, mientras vosotros realizáis esfuerzos que probablemente caerán en saco roto, otros seguirán pasándoselo en grande en la otra punta del planeta, descubriendo las maravillas del mundo, contaminando e incluso enriqueciéndose con el tráfico aéreo, el turismo de masas, etcétera. Por no hablar de aquellos que ponen en duda la veracidad del cambio climático. Ahora supongamos que os topáis con una superoferta para pasar una semana de vacaciones en el Caribe con vuestra media naranja. A mitad de

precio. En febrero, en París, cuando hace frío, lleváis meses sin ver el sol, vuestro trabajo os tiene fritos y estáis cansados. ¿Cuánto pesará el hipotético beneficio a largo plazo frente al fantástico beneficio a corto plazo? ¿Qué sucederá con ese dato que habéis registrado: un viaje de ida y vuelta Londres-Nueva York equivale a tres metros cuadrados menos de banquisa? Nada. O prácticamente nada. Relativizaréis y optaréis por tomar igualmente ese avión desgranando todos los buenos motivos para hacerlo. Y sin duda, otro tanto pasará con el mítico asado de vuestra suegra, con ese nuevo teléfono que os pone los dientes largos, etcétera. La mayor parte del tiempo, nuestro cerebro intenta mantenernos en equilibrio. Intenta contrarrestar las frustraciones (de nuestro trabajo que nos agota, de nuestra relación que pasa por una mala racha, de nuestros hijos que consumen todo nuestro tiempo libre), las preocupaciones (por la incertidumbre del futuro, por la falta de dinero, por la inseguridad), con experiencias agradables, reconfortantes. No está verdaderamente configurado para elaborar una respuesta teórica, a largo plazo, a los grandes problemas que se nos plantean. La mayor parte del tiempo estamos convencidos de que lo que podríamos hacer no servirá de nada, de que somos una gota de agua en el océano. Y por mucho que nuestro hemisferio izquierdo sugiera (como yo hace unas páginas) que los pequeños arroyos hacen los grandes ríos, esta idea no cuajará sin una experiencia concreta. Por este motivo, la teoría de Popović, formulada en estos términos por el escritor y militante Jonathan Kozol: «Escoge batallas lo suficientemente grandes para que importen, pero lo bastante pequeñas para que sea posible ganarlas», [4] es fundamental y, además, no sólo afecta a las acciones colectivas sino también a nuestra vida corriente. Encaja con la línea del método de los pequeños pasos, que los japoneses han denominado *kaizen*. Se aplica con éxito tanto en la industria (de un modo, de hecho, a veces abrupto) como en las terapias conductuales, tal y como relata Robert Maurer, profesor asociado a las facultades de Medicina de las universidades de Los Ángeles y de Washington, en su obra *Un pequeño paso puede cambiar tu vida: el método kaizen.* [5] A este argumento, el militante inflexible responderá que no tenemos tiempo de dar pequeños pasos, que la situación es demasiado grave y demasiado seria. Que ya es demasiado tarde. No obstante, estos enfoques son fundamentales

precisamente porque nos queda poco tiempo. Una multitud de experiencias demuestra que empeñarse en perseguir de inmediato un objetivo demasiado elevado está abocado al fracaso, mientras que una estrategia global compuesta de un cúmulo de pequeños pasos, de pequeñas metas tácticas, de pequeñas batallas ganables y ganadas puede conducir más rápidamente a las grandes transformaciones. Robert Maurer plantea la cuestión en estos términos: ¿qué pasa si usted, doctor, le propone a un paciente obeso que acude a verlo para perder peso dejar de la noche a la mañana los ganchitos, la comida rápida y el azúcar y hacer una hora de ejercicio al día? Obviamente, le habrá explicado hasta qué punto su situación pone en peligro su salud, le habrá enumerado los estudios que demuestran que la actividad física y la alimentación pueden evitar el 40 % de los cánceres, habrá intentado intimidarlo, seducirlo con los beneficios a largo plazo que su nuevo peso y su salud recuperada le proporcionarán... Sin embargo, cuando el paciente regrese al cabo de un mes, no sólo se habrá saltado sus prescripciones, sino que acudirá corroído por la culpa y con la autoestima minada. Un poco más y no vuelve a la consulta, avergonzado y desmotivado. Si, en cambio, usted comienza por proponerle realizar cinco minutos de ejercicio al día mientras ve la televisión, tiene muchas probabilidades de que su paciente consiga cumplir lo acordado. Y de que la satisfacción que le procure esa pequeña victoria y la facilidad con que la ha logrado le infundan energía y confianza para atreverse a subir el reto a diez minutos. Y después a un cuarto de hora y a privarse del chocolate mientras ve su serie favorita. Y así sucesivamente.

Y lo mismo ocurre en los grandes combates. En su obra, Srdja Popović relata numerosas victorias de envergadura que han comenzado como modestos desafíos.

Por ejemplo, Gandhi no empezó exhortando a los indios a rebelarse para derrocar el régimen británico, a sabiendas de que éste era superior desde el punto de vista militar. Emprendió, junto a setenta y ocho compañeros, una marcha a través de los pueblos hasta las costas de su país para recoger sal, manifestando así su protesta contra el impuesto británico que gravaba un alimento hasta entonces gratuito. Pero no fueron setenta y nueve durante mucho tiempo. Tras 385 kilómetros de marcha había doce mil personas

concentradas a orillas del océano Índico. Por todo el país se multiplicaron marchas similares. Miles de indios llegaban hasta el mar y recogían, sin violencia, la sal que la naturaleza siempre les había regalado. Un símbolo particularmente bien escogido. El consumo de sal no estaba reservado a una clase social determinada ni a ninguna casta en concreto. Afectaba a todo el mundo. Millones de indios se movilizaron entonces, no para clamar por grandes ideales, sino para responder a una necesidad cotidiana, pragmática. Después de haber enviado a ochenta mil desobedientes a la cárcel (donde Gandhi pasó nueve meses), el virrey reconoció su impotencia para aplicar la ley y la derogó. Gandhi había demostrado a los indios que, si se unían y se organizaban, tenían poder. Y una vez sembrada esta primera semilla sería capaz de proponerles otras perspectivas.

Por su parte, Harvey Milk no se las veía con el poder militar británico, sino con los prejuicios, la discriminación contra los homosexuales. Nada más llegar a San Francisco le faltó tiempo para organizar campañas y acciones en defensa de sus derechos. A pesar de su carisma, su inteligencia y sus dotes oratorias, a excepción de algunas acciones eficaces no conseguía enrolar más que a una minoría de militantes homosexuales. Es lo que suele suceder casi siempre: nosotros, los militantes, destacamos en el arte de reunir a gente que ya está de acuerdo con nosotros. Desafortunadamente, los demás habitantes de la ciudad —entre las más progresistas de Estados Unidos, no obstante— no tenían intención de movilizarse por una causa que les resultaba indiferente o que reprobaban. Incluso algunos homosexuales o simpatizantes podían llegar a albergar preocupantes reservas. En 1973, cuando Milk se presentó por primera vez al consejo municipal, la homosexualidad seguía considerándose en el mejor de los casos un problema mental, y un delito en el peor. El electorado no estaba preparado para ver a un homosexual asumir responsabilidades políticas en el país. Su primera candidatura acabó, pues, con un amargo fracaso. La segunda, en 1975, si bien tampoco prosperó, le permitió alcanzar cierta visibilidad en el panorama político local e integrar el equipo del alcalde de su administración. Pero Milk quería gobernar. Se lanzó entonces a la carrera por un escaño en la Asamblea de California, y pese a una campaña eficaz, volvió a perder por los pelos (cuatro mil votos para ser

exactos). Tras estas tres derrotas, Harvey cambió de estrategia y en 1977, enfrentado a una candidata republicana muy popular, intentó comprender cómo podría conseguir unanimidad entre sus conciudadanos. Estudió los sondeos para sacar a la luz *el* asunto que cristalizara el descontento de todos los estratos de la población. Y el denominador común que apareció fue... la caca de perro. Ya fueran negros, blancos, heterosexuales, homosexuales, republicanos, demócratas, jóvenes o viejos, los habitantes de San Francisco estaban hasta el gorro de que sus aceras y sus suelas estuvieran sucias de mierda. Había que organizar un sistema que liberara a la ciudad de semejante plaga. Fue, pues, en torno a este objetivo, no divisorio, pragmático, fácil de alcanzar (demagógico, dirían algunos) que Harvey unió a los ciudadanos. Gracias a su proyecto de ley, ampliamente respaldado, que proyectaba multar a los propietarios de los perros delictivos, ganó las elecciones, convirtiéndose así en el primer consejero municipal abiertamente gay del país. Con el apoyo del alcalde, al que ya apodaban «el alcalde del Castro», [6] logró extender su acción a toda la ciudadanía. Así, logró que se aprobara una ley que prohibía cualquier discriminación basada en la orientación sexual, [7] vetó otra que habría permitido al Estado rechazar a los estudiantes homosexuales [8] e inspiró a varias generaciones de militantes entre los años ochenta y noventa. [9]

La comida suele ocupar un papel central en las historias que narra Popović, como la de Itzik Alrov, un corredor de seguros judío ortodoxo israelí que, indignado por el aumento del coste de la vida en su país —consecuencia de una política de privatización feroz—, decidió iniciar por Facebook un boicot al requesón, un alimento básico presente en todos los hogares del país que el Estado había dejado de subvencionar de golpe y porrazo y cuyo precio, en consecuencia, se había duplicado. En unos meses, gracias a los blogs, a los medios de comunicación, a la viralidad de las redes sociales, aunque también a la falta de perspicacia de las grandes industrias lácteas que comercializaban el requesón, y al símbolo sencillo y concreto que representaba ese tarrito de queso fresco, cientos de miles de personas se sumaron al boicot hasta que las empresas cedieron. Tuvieron que avenirse a reducir el precio del valioso producto de ocho a cinco séqueles. Y aquella primera victoria inspiró uno de los movimientos

sociales más importantes del país. Lo mismo sucedió en las Maldivas, donde los revolucionarios lograron burlar las prohibiciones de reunión organizando repartos públicos de arroz con leche (un alimento básico, de nuevo). Fue en las colas vigiladas por el ejército donde se gestó la revolución que derrocó el poder.

Rob Hopkins, fundador del Transition Network, narra también [10] la historia de un grupo que intentaba encauzar un municipio hacia la transición en Inglaterra y fracasaba estrepitosamente a la hora de despertar el interés de sus habitantes. Hasta el día en que se plantearon una pregunta con sinceridad: «¿Qué es lo que une a los habitantes de nuestra pequeña ciudad? ¿Qué interesa a casi todo el mundo, sin distinción? ¿Acaso es el calentamiento global? ¿O el pico del petróleo?». Era más o menos evidente que nadie abarrotaría la plaza mayor ni acudiría a una reunión informativa al toque de ninguno de esos dos temas. Pero había algo que tal vez gozase de ese poder: la cerveza. Así, el grupo inició un proyecto de microcervecera local. Y, como por arte de magia, la idea cuajó entre la multitud. Organizaron una recogida de fondos y ofrecieron participaciones a los habitantes. Animado por ese primer empujón, el grupo pasó a interesarse por la idea de relocalizar la alimentación, la energía, la economía y, en consecuencia, por... la transición.

Al organizarse en torno a objetivos pequeños, capaces de movilizar a gran escala, nuestros revolucionarios en ciernes lograron cosechar las primeras victorias que infundieron al grupo la confianza y el impulso necesarios para acometer desafíos más importantes.

Una vez superada esta primera etapa, Popović propone otras muchas para llevar hasta el final una acción masiva y colectiva. He aquí sus nueve principios:

1. Soñar a lo grande pero comenzar por lo pequeño.
2. Dotarnos de una «visión para mañana» capaz de agruparnos (en otras palabras, el relato del que venimos hablando desde el comienzo de este libro).
3. Identificar los pilares sobre los que reposa el poder.
4. Utilizar el humor.

5. Revertir la opresión contra los opresores (por ejemplo, recurriendo a personas influyentes capaces de moldear la opinión).
6. Forjar la unidad entre las diferentes corrientes que componen vuestro movimiento (un buen movimiento es heterogéneo, está integrado por personas que, habitualmente, no suelen coincidir).
7. Trazar una estrategia precisa, por etapas, hasta alcanzar el objetivo que os hayáis marcado (una gran victoria es igual a una sucesión de pequeños triunfos).
8. Elegir la no violencia.
9. Acabar lo que hayáis empezado.

Podéis explorar en detalle estos nueve puntos en la obra de Popović, pero aquí me gustaría detenerme en algunos.

En primer lugar: los pilares del poder. Si aspiramos a derrocar un sistema, por poderoso que sea, hay que comprender cuáles son sus cimientos para orientar nuestra acción de la manera más estratégica posible. ¿Sobre qué se apoya nuestro sistema liberal capitalista? A mi juicio, sobre tres pilares principales que ya he tratado en profundidad y que me limitaré, pues, a refrescar.

Primero, el pilar económico y financiero. Si los multimillonarios, las multinacionales, los grandes bancos, los dirigentes de toda índole son capaces de orientar nuestras sociedades o de truncar toda evolución política es gracias a unos recursos económicos considerables. Google, Apple, Amazon y sus equivalentes chinos tienen, en muchos aspectos, más peso para marcar una dirección al mundo que muchos presidentes, cancilleres o primeros ministros. En este contexto, el mecanismo de creación monetaria (arquitectura) desempeña un papel crucial que permite a quienes más dinero poseen conservar sus bienes.

Segundo, el pilar de la comunicación y del relato. Como ya he explicado con detenimiento, si los electores siguen votando a los mismos partidos, jugando al juego de la democracia en su forma actual, comprando productos a las grandes empresas, es porque la mayoría de la población sigue aferrándose al mismo relato. Este relato está respaldado y fortalecido por algunos medios de comunicación (que pertenecen mayoritariamente, en

Francia, a diez multimillonarios [11] que ven, también aquí, una oportunidad para perpetuar el relato a partir del cual han prosperado), algunas producciones culturales, herramientas de comunicación, arquitecturas ergonómicas, algorítmicas que captan nuestra atención, nos saturan con mensajes publicitarios, nos entretienen y, en última instancia, orientan nuestras decisiones. Desde su democratización, el cine, que prácticamente no he abordado, ha desempeñado un papel fundamental para reforzar este pilar. Goebbels lo usó en abundancia para glorificar el régimen nazi. De hecho, Hitler, consciente de la preeminencia del cerebro emocional sobre el racional, afirmaba: «El arte de la propaganda consiste en ser capaz de despertar la imaginación pública apelando a los sentimientos de la gente, encontrando fórmulas psicológicamente apropiadas que llamen la atención de las masas y les lleguen al corazón [...]. La imagen en todas sus formas, incluidas las películas, ostenta todavía más poder en esa relación. En este caso, el hombre necesita todavía menos que su razón intervenga; le basta con mirar». Stalin no estaba en desacuerdo y un día confesó: «El cine es la herramienta más eficaz para agitar a las masas. Nuestro único problema está en saber tenerlo bajo control». Los estadounidenses, que lo habían comprendido a la perfección, situaron el cine en el centro de las negociaciones del plan Marshall. Eric Johnston, el presidente de la Cámara de Comercio estadounidense y de la Motion Picture Association of America (resulta interesante constatar que ocupaba ambos cargos), fue enviado a Francia en 1947 durante las negociaciones en torno a las modalidades del plan Marshall. A cambio de los miles de millones destinados a la reconstrucción, exigió disponer del 60 % de los derechos de difusión sobre las pantallas europeas, con el objetivo de implantar la cultura estadounidense: la Coca-Cola, los pantalones vaqueros, los supermercados, los coches, los adosados a las afueras, el frenesí consumista, el sueño americano... De hecho, ante el Comité de Actividades Antiamericanas declaró: «El cine estadounidense es y debe ser siempre un arma de combate contra el comunismo». Y, por descontado, a favor del capitalismo. [12]

Por último, el pilar represivo. Es un hecho que los Estados poseen la capacidad de aplastar una revolución o un movimiento reformador con el ejército, la policía, la vigilancia masiva y las leyes liberticidas. Algo fácil de

apreciar en regímenes dictatoriales, pero igualmente visible —en medidas, obviamente, no comparables— durante el episodio de la Nuit debout en Francia u Occupy Wall Street en Estados Unidos. La represión policial y los recortes de libertades (convertidos en leyes, en algunos casos, [13] como por ejemplo el Patriot Act en Estados Unidos después del 11 de Septiembre) desempeñaron un papel nada desdeñable en la extinción de ambos movimientos, sumados a su propia falta de organización, que trataré más adelante. El escándalo del espionaje de datos filtrado por Edward Snowden y del uso que puede hacer de ellos la todopoderosa NSA en Estados Unidos nos proporcionó una panorámica de lo que el porvenir nos depara en este ámbito. Hoy en día, acceder al contenido de vuestros correos electrónicos, conversaciones telefónicas, mensajes de texto y mensajería de las redes sociales es coser y cantar, y hasta es posible conectarse a distancia al micrófono o a la cámara de vuestro ordenador o de vuestro teléfono, observaros y grabar un pequeño corto de vuestras actividades. En China, ciento setenta millones de cámaras de videovigilancia con inteligencia artificial conectadas a un mecanismo de reconocimiento facial permiten a un programa informático identificar en unos segundos a individuos sospechosos, estén donde estén, y seguir el rastro de sus desplazamientos. [14] De aquí a 2020, el gobierno tiene previsto instalar seiscientos millones más. Desde hace poco, los policías van también equipados con unas gafas que cumplen la misma función. [15] El modelo de gama baja cuesta 515 euros, y Estados Unidos y Japón ya han realizado su pedido. Esta localización de individuos es posible en la actualidad gracias a la tarjeta SIM de nuestros teléfonos y al sistema de geolocalización de nuestros smartphones. Desde hace varios años, es igualmente posible implantar en los humanos chips subcutáneos del tamaño de un grano de arroz. La utilidad de estos microchips va desde el almacenamiento de datos (nuestro historial clínico, nuestros documentos de identidad, nuestras tarjetas cliente) hasta el pago (podemos utilizarlo como una tarjeta de crédito *contactless*), la utilidad médica (como marcapasos, como sonda para analizar nuestra sangre o nuestra presión arterial...) o la domótica (encender la luz o la minicadena en una habitación, abrir una puerta...). Por su parte, PayPal, el gigante del pago en línea, está desarrollando una píldora que, una

vez ingerida, permitirá no tener que volver a teclear una contraseña. «Una vez "implantados", ya no sólo seremos rastreables, sino pirateables», atestigua el periodista Guillaume Grallet, conejillo de indias durante una semana. [16] Lo que algunos perciben como una formidable innovación se convertirá en el medio de control más eficaz de todos los tiempos. ¿Qué pasará entonces cuando nuestro banco decida bloquear nuestra cuenta, cuando nuestra mutua decida subirnos la cuota o rescindir nuestro contrato, cuando nuestro pasaporte esté paralizado en las fronteras porque el gobierno nos considere unos peligrosos disidentes? Hay hackers que incluso han conseguido piratear los marcapasos. Lo que, potencialmente, quiere decir que podríamos llegar a estar «apagados». El medio de control y de represión definitivo.

Ya he mencionado las estrategias que permiten plantar cara a los pilares del dinero y del relato. Frente al pilar «militar», Popović recomienda la no violencia y el número. Cualquier grupo perderá contra la policía y el ejército si toma el sendero de la violencia. «En las luchas no violentas hay que recordar siempre que la única arma de la que dispones es el número de personas que eres capaz de movilizar», escribe. A su vez, la no violencia es también el mejor medio de unir a las masas, como lo resume la activista india Vandana Shiva: «Ya no podemos permitirnos ser un mero club, un ejército subterráneo muy bueno pero con muy pocos integrantes. Si queréis ampliar el círculo de las personas comprometidas, la no violencia es el camino correcto. La mayoría de la gente no aspira ni a la violencia ni al caos». [17] Y, en efecto, son las estrategias mayoritariamente no violentas que han implicado a un número importante de personas las que han propiciado el triunfo (provisional) de los islandeses, los egipcios, los tunecinos, los indios o los serbios durante sus respectivas revoluciones, así como del movimiento por los derechos sociales de Martin Luther King en Estados Unidos. El gran clásico de la revolución no violenta de Gene Sharp, *De la dictadura a la democracia*, que tanto inspiró a Popović y a sus amigos, [18] recoge muchas de ellas.

De los nueve elementos de la metodología propuesta por Popović, los otros dos puntos que me gustaría comentar brevemente son el número 7, «Trazar

una estrategia precisa», y el número 9, «Acabar lo que hayáis empezado». Según nuestro revolucionario serbio, numerosos movimientos fracasan en sus intentos revolucionarios por no haber definido bien el resultado que perseguían o por haberse quedado estancados en una organización... desorganizada. Las revoluciones árabes son un ejemplo típico de objetivo mal calibrado. Una vez en las calles, los diferentes movimientos se fijaron la meta de derrocar las dictaduras. Cuando, en realidad, ése era un objetivo intermedio. La finalidad de aquellos movimientos era instaurar un régimen democrático. Sin embargo, por haberse detenido demasiado pronto, no llegaron a esbozar un plan para «el después». Una vez destronados Mubarak y Ben Ali, no había ninguna estrategia preparada. Y puesto que la naturaleza le tiene pánico al vacío, quienes tomaron el poder fueron, como de costumbre, los que mejor organizados estaban: los Hermanos musulmanes en Egipto (antes de que los militares volvieran a agarrar la sartén por el mango) y los occidentales en Túnez. Pude entrevistarme con una mujer miembro del equipo del presidente Moncef Marzouki, que me confió el desconcierto que reinaba en el gabinete poco después de su nombramiento. Nadie sabía realmente qué hacer. Por defecto, las orientaciones políticas estuvieron «inspiradas» por Occidente y, en primer lugar, por Francia.

Por su parte, Occupy Wall Street y su hermano pequeño, el movimiento Nuit debout, son ejemplos de estancamiento. Mientras que el impulso inicial era eléctrico y, por primera vez desde hacía decenios, la juventud ocupaba las plazas, abría espacios de diálogo y reflexión sobre la sociedad, practicaba nuevas formas de ágora y de funcionamientos democráticos, la falta de estrategia (reivindicada, por otra parte, como un espacio libre de tutelas) terminó por agotar la dinámica. Un movimiento necesita reflexión, convivencia, pero también acción y victorias para alimentar su entusiasmo y su determinación. Las conversaciones interminables en pleno frío, los atropellos de las fuerzas del orden, el desgaste de la vida colectiva y sus dificultades son escollos fundamentales que deben tenerse en cuenta... La victoria, en cualquier conflicto o enfrentamiento, recae siempre en aquellos que están mejor organizados. Esto es igualmente cierto en el ámbito económico. Las multinacionales suelen estar mejor organizadas, y por ende

suelen ser más poderosas, que las asociaciones de comerciantes; los policías y los militares están mejor organizados que los manifestantes; los *lobbistas* de Wall Street o de Bruselas están infinitamente mejor organizados que las ONG...

Por otra parte, Occupy y Nuit carecían de una verdadera «visión del mañana» bien definida. Ambos movimientos se situaban más en un plano de oposición y denuncia al modelo actual que en la proyección potente de un relato nuevo. Habida cuenta de la espontaneidad con la que arrancó, nadie había esbozado una verdadera estrategia subdividida en una sucesión de etapas alcanzables destinada a socavar los pilares estratégicos del poder. O, si algunos lo hicieron, les faltó ponerla en práctica...

Por último, si nos dejábamos caer por la plaza de la República en París o por la Zuccotti de Nueva York, una vez pasadas las primeras grandes concentraciones uno no podía evitar advertir cierta homogeneidad entre los participantes. Por supuesto, había tantas madres de familia como jubilados y jóvenes, con una panoplia de profesiones distintas. Pero en la plaza de la República se veía una mayoría de personas blancas, de clase media y de cultura militante. Ambos movimientos fracasaron a la hora de crear unidad entre componentes muy diferentes de la sociedad: los habitantes de los barrios difíciles, los de los barrios burgueses, los creyentes, los sindicatos...

Y lo mismo sucede con gran parte de las estrategias que adoptan los militantes por el clima, la diversidad o contra las desigualdades. Por lo general están fragmentadas, son parciales, a veces espectaculares, pero sin visión a largo plazo. Carecen de líderes y, sobre todo, rara vez implican una cooperación entre gobernantes, empresarios y ciudadanos...

Por el contrario, una parte de los líderes del movimiento del 15M y los Indignados en España, que había reunido una porción más amplia de la sociedad, se volvió rápidamente hacia la política. Con Podemos, que goza de un éxito aún tímido en las elecciones, pero sobre todo con la dinámica de las ciudades rebeldes de España: Barcelona, Madrid, Valencia, Zaragoza... cuyos alcaldes (a menudo mujeres) han lanzado unas apasionantes innovaciones políticas. [19]

Todo esto nos lleva a una nueva cuestión: ¿a qué escala aplicar estas estrategias de transformación?

La idea de que las ciudades podrían transformarse más deprisa que los Estados, acoger una «revolución» cultural, me parece una ficción que debemos considerar muy en serio. El episodio de la retirada estadounidense de los acuerdos por el clima de París constituye un retrato mordaz.

Frente a un presidente estúpido, inmaduro, que vociferaba haber sido elegido para defender a los ciudadanos de Pittsburgh y no a los de París, a los estadounidenses y no a los habitantes del resto del mundo (como si el cambio climático entendiera de fronteras), salieron decenas de alcaldes y gobernadores que replicaron enseguida que aplicarían el acuerdo a nivel local e incluso intentarían llegar más lejos. Ya se han comprometido decenas de ciudades y tres estados (Washington, California y Nueva York) donde viven más de 68 millones de estadounidenses. En paralelo a este movimiento espontáneo, más personas han tomado los mismos senderos. El alcalde de Los Ángeles ha creado la coalición Under 2 con el objetivo de congregar el máximo número de territorios que deseen hacer lo posible para permanecer por debajo de los fatídicos dos grados. A día de hoy, 175 municipios de 35 países de seis continentes han firmado. Casi 1.200 millones de seres humanos viven en un territorio gobernado por un edil resuelto a respetar esa meta. Anne Hidalgo, presidenta del C40, [20] es la figura emblemática de una dinámica de alcaldes de grandes aglomeraciones mundiales (cerca de noventa) firmemente decididos, también ellos, a combatir los problemas sociales y económicos. El 23 de octubre de 2017, París, Londres, Barcelona, Quito, Vancouver, Ciudad de México, Copenhague, Seattle, Ciudad del Cabo, Los Ángeles, Auckland y Milán se comprometieron a llegar a las «cero emisiones» en grandes áreas de sus ciudades antes de 2030. [21] París se marcó el objetivo de ser completamente neutra en emisiones de CO^2 en 2050, desvelando un sólido estudio y proponiendo un verdadero relato de lo que la capital podría llegar a ser en los próximos decenios. [22] Es asimismo el caso de Oslo, Estocolmo, San Francisco, Sídney, Yokohama, Berlín, Río de Janeiro, Londres y multitud de localidades miembros de la Alianza de ciudades sin emisiones de carbono, que quieren reducir entre un 80 y un 100 % sus emisiones de gases de

efecto invernadero de aquí a mediados de siglo.[23] Para financiar esta transformación, el 10 de enero de 2018 la ciudad de Nueva York emprendió una acción legal contra las petroleras ExxonMobil, Chevron, BP, Shell y ConocoPhillips que exigía reparación por los daños causados por el cambio climático en su territorio. Por otra parte, el municipio y el estado de Nueva York iniciaron una desinversión en las energías fósiles que podría ascender a más de cinco mil millones de dólares de aquí a 2022. Según la ONG 350.org, más de ochocientas instituciones de todo el mundo (administraciones, organizaciones religiosas o filantrópicas, universidades, entidades culturales...) ya han optado por no seguir invirtiendo en energías fósiles y han destinado más de seis mil millones de dólares a otras actividades, *a priori* más ecológicas.[24]

Según un informe de la ONU, las ciudades podrían llegar a concentrar a más de la mitad de la población mundial y ser responsables de un 70 % de las emisiones de gases de efecto invernadero. Su papel y su poder en el asunto son cruciales.[25]

No obstante, en lugar de actuar cada uno por su lado, estos territorios se unen, organizan los inicios de una acción colectiva, concertada, un inicio de gobernanza en cierto modo. ¿Y si las ciudades se organizaran pasando por encima de los Estados? ¿Qué sucedería?

¿Acaso una coalición de ciudades, flexible, que deje a cada municipio libertad para dictar políticas pero que esté unida en torno a grandes objetivos comunes, podría conducir la transición de nuestras sociedades de manera más eficaz que unos Estados a menudo maniatados? Cabe plantearse muy seriamente esta pregunta. Puesto que, en el fondo, ¿qué es lo que bloquea a nuestros Estados? ¿La imposibilidad de satisfacer a todo el mundo, la influencia desmesurada de las multinacionales y sus *lobbistas*, la pesadez institucional, la desconexión de los gobernantes con respecto a su electorado, el desinterés o la creciente desconfianza de la ciudadanía? Sin duda, una mezcla de todo esto. Por el contrario, las ciudades, las metrópolis, las aglomeraciones gozan de más agilidad, los gobernantes administran los lugares que habitan, los hombres y las mujeres que votan pueden implicarse de manera más directa en las tomas de decisiones locales y en su aplicación. La cooperación entre gobernantes, ciudadanos y empresarios resulta mucho

más fácil de organizar. Resultado: pueden emprenderse unas políticas mucho más ambiciosas. Porque, si lo pensamos bien, ¿qué ha transformado más la vida de los habitantes de San Francisco, de París, de Copenhague durante los últimos veinte años: las políticas nacionales o las locales? Tal vez imaginar un híbrido donde los Estados velan por las instituciones, la seguridad, la protección social y la igualdad, y los territorios se hallan en la vanguardia de la transformación social, sea una ficción creíble. En cualquier caso, merece un examen más concienzudo.

En cada uno de los ejemplos expuestos, de nuevo es crucial la capacidad de movilizar más allá de los círculos militantes, de organizar la acción, de permitir la cooperación. Como ya he mencionado, un puñado de personas bien organizadas puede imponerse sobre millones que no lo están. Así es como funciona el mundo desde hace siglos. Sin embargo, no es ninguna fatalidad. Gracias a la capacidad que nos brinda internet para organizarnos en redes, podríamos transformar nuestras estructuras sociales, políticas y económicas de forma extraordinaria. Pero, para ello, debemos optar por elaborar una ficción que sitúe la cooperación y el altruismo como virtudes cardinales.

7. El momento de la elección

En cierto modo, la cuestión que nos ocupa es infinitamente espiritual. ¿Qué sentido le damos a nuestra presencia en el planeta? No hay pruebas de que exista un sentido predeterminado, trascendente, soberano. De que haya una fuerza superior que organice la vida y la conduzca por un camino evolutivo ya trazado. Tal vez exista. El estudio de los seres vivos, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, sumerge a muchos científicos en un abismo de misterio y fascinación. Basta con haber observado alguna vez de cerca un copo de nieve para sentir esa mezcla de estupor y de admiración que produce una perfección semejante. De ahí que los seres humanos no hayan dejado nunca de preguntarse sobre las fuerzas que intervienen en este sinfín de procesos, cada cual más ingenioso y complejo que los demás; sobre el origen de esas arquitecturas infinitas que componen el universo y que nuestra mente es incapaz de abarcar. Una parte importante de nuestros actos es la prolongación inconsciente de esa búsqueda. Del insaciable deseo de comprender quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos. La conciencia de nuestra finitud nos confronta a una suerte de aberración. ¿Para qué darnos la capacidad de vivir sabiendo que vamos a morir? Esta especificidad —el pensamiento, la reflexión, la conciencia y, por extensión, el lenguaje— ¿nos la ha inoculado un virus, como conjetura un estudio reciente,[1] o es fruto de los azares de la evolución? ¿Es el resultado de un plan divino? ¿Nos otorga una responsabilidad especial respecto a las otras especies, como ciertos mitos religiosos han hecho creer a generaciones enteras? No existe ninguna prueba científica que pueda zanjar el debate. Sin embargo, nosotros, los seres humanos dotados de lenguaje, tenemos el poder de construir ese sentido. Es lo que se han empeñado en hacer desde tiempos remotos las tradiciones religiosas y los sistemas políticos. Lo que se han encargado de poner en marcha los apóstoles del capitalismo, del materialismo, del

consumismo, organizando una civilización mundial que hoy se encuentra al borde del colapso. Es lo que pretenden llevar a cabo los partidarios del transhumanismo, prometiéndonos un ser humano capaz de desafiar los límites de su muerte biológica, de aumentar y estimular su cerebro con chips implantados y electrodos, dándole la posibilidad de acceder a nuevos estados de conciencia, de realizar tareas que el *Homo sapiens* jamás habría soñado. Es también lo que se esfuerzan en hacer los movimientos ecologistas, los movimientos por los derechos humanos, imaginando un mundo en el cual estaremos unidos a la naturaleza, inspirándonos y extrayendo de ella un nuevo aliento que permita construir un equilibrio entre todos los seres vivos, en su conjunto.

Nos encontramos frente a una elección. Frente a una de las encrucijadas filosóficas más relevantes en la corta historia de nuestra especie. ¿Qué relato vamos a fomentar?

Para responder a esta cuestión, me parece necesario plantear otra pregunta: ¿de qué parte de nosotros mismos surgen estos relatos? ¿Podemos decidirlos libremente o son un conglomerado de estímulos, de experiencias intelectuales y sensoriales que nos atraviesan, que colman nuestra memoria, nuestro inconsciente, y saturan nuestros sentidos? De ser así, ¿no deberíamos poder elegir qué experiencias queremos tener? Si nuestro cuerpo es el instrumento de nuestras percepciones, si la realidad que nos rodea es un vasto terreno de vibraciones, no es baladí el tipo de realidad en que lo sumerjamos. Exponerlo al estruendo del metro, a la radiación de las pantallas, al humo de los coches, abrumarlo sin descanso con las informaciones de nuestros múltiples aparatos de comunicación, arrastrarlo al frenesí urbano, aturdirlo con un trabajo que no incentiva nuestra sensibilidad, nuestra creatividad, nuestro libre albedrío ¿es acaso la mejor manera de permitir que surjan las visiones de un mundo diferente? No lo creo. Necesitamos silencio. Percibir nuestra respiración, prestar atención a las señales que nos manda nuestro cuerpo constantemente. A los alimentos que ingerimos. Sumergirnos en la naturaleza, entrar en contacto con los árboles, con la tierra, con la inmensidad del cielo. Conocer a las criaturas que pueblan el planeta junto a nosotros, tanto a los animales como a los seres humanos que no comparten nuestra cultura ni nuestra forma de ver el

mundo. ¿Cómo vamos a desarrollar siquiera un poco de empatía, comprender a los que nos rodean, si sólo tenemos una experiencia virtual, anegada en un mar ininterrumpido de estímulos? Cada vez más estudios ponen en evidencia los beneficios de un paro deliberado de nuestra «máquina automática de pensar». De la posibilidad de sumergirnos en el instante presente, ya sea a través de la respiración, de la meditación, del paseo, de la poesía, de la pintura o de cualquier otra actividad que active a un tiempo nuestros sentidos y nuestra concentración. Me parece imposible que podamos encontrar los medios y la lucidez necesarios para reorientar la Historia —nuestra historia, nuestras historias— sin abandonarnos a esos momentos de plenitud y de sosiego. No somos ajenos a la naturaleza, somos la naturaleza. Nuestros cuerpos son ecosistemas extraordinarios, inextricablemente unidos al conjunto de los seres vivos. Parece que estemos redescubriendo, en los albores del siglo XXI, este hecho tan simple, despertándonos de un prolongado letargo. A pesar de nuestro fenomenal ahínco por desarrollar herramientas tecnológicas capaces de controlar las ondas y las radiaciones, por conectar aparatos, microchips y antenas a nuestro cerebro, transfiriendo a una velocidad apabullante datos y más datos en un flujo ininterrumpido, nos hemos asomado muy poco al interior de nosotros mismos. Sin embargo, desde hace algunos años, esta cuestión viene surgiendo con fuerza en los trabajos de psiquiatras, científicos y religiosos. El doctor Jon Kabat-Zinn fue uno de los primeros en enseñar, a partir de 1979, la meditación de atención plena (una meditación laica inspirada en el zen) en los hospitales de Estados Unidos. Actualmente, desarrolla su método en cerca de trescientos establecimientos. El psiquiatra Christophe André lo utiliza con sus pacientes del hospital Sainte-Anne de París. Estas investigaciones y otras muchas han demostrado la eficacia de la meditación en la reducción del estrés y la ansiedad, en la mejora de la digestión o en la regulación del ritmo cardiaco. Algunos pacientes consiguen prescindir de los ansiolíticos gracias a la práctica asidua de la meditación. Incluso la policía de Nueva York ha puesto en marcha este tipo de formación entre sus funcionarios, con sorprendentes resultados. [2]

En su apasionante libro *En defensa del altruismo*, el monje budista Matthieu Ricard ofrece un amplio panorama de los resultados producidos

en el mundo entero por las experiencias relacionadas con la meditación. Basándose en numerosos estudios científicos, demuestra que el ser humano es de forma natural más altruista que egoísta. Y, mejor aún, que esta tendencia innata se puede ejercitar con la práctica cotidiana. Las investigaciones sobre la plasticidad cerebral han demostrado que las zonas destinadas a determinadas emociones aumentan de tamaño a medida que la práctica se repite cotidianamente. En un experimento con voluntarios, se propuso a los participantes que meditaran sobre el altruismo durante veinte minutos al día. Apenas cuatro semanas después, los investigadores pudieron observar cambios funcionales en el cerebro, modificaciones conductuales —mayor cooperación, comportamientos prosociales, ayuda mutua— e incluso cambios estructurales. Las zonas del cerebro que más se activan cuando sentimos empatía, amor materno o, en general, cualquier emoción positiva habían aumentado ligeramente de volumen. Por su parte, Richard Davidson, de la Universidad de Wisconsin, coordinó un programa de entrenamiento de la compasión y de los comportamientos prosociales en niños de cuatro y cinco años. En diez semanas, a razón de tres sesiones semanales de treinta minutos cada una, su equipo constató un claro aumento de los comportamientos altruistas en los niños. Para Matthieu Ricard, «el altruismo es el hilo de Ariadna que permite unir armoniosamente las exigencias de la economía, a corto plazo, de la satisfacción con la vida, a medio plazo, y de nuestro medio ambiente futuro, a más largo plazo», y sin el altruismo no hay ningún sistema intelectual capaz de tomar en cuenta a los tres. [3] La capacidad que tengamos de incluir en nuestros sentimientos de empatía y compasión a las personas que no conocemos, que viven en la otra punta del mundo, a los animales y a la biosfera en general debería ser el punto de partida ineludible de nuestros nuevos relatos. La regla de oro de Hilel, que podría ser una de las máximas grabadas en el frontispicio de la humanidad: «No hagas a los demás lo que no te gustaría que te hicieran a ti» (o, traducida de otro modo: «Lo que a tus ojos resulta execrable, no se lo hagas a los demás»), sólo es aplicable en la medida en que nos interese la suerte que corran los demás. Pero la intermediación de las pantallas, el desarraigo de la naturaleza que nos lleva a vivir en ciudades asépticas y a proveernos en supermercados con las estanterías llenas de frascos de

colores cuya procedencia y modo de fabricación ignoramos, la hipersegmentación de las tareas, el confinamiento en coches, en pasillos de metro, en edificios pueden llegar a embotarnos los sentidos. El hombre que penetra en las profundidades de las minas chinas para extraer las tierras raras de mi smartphone no es más que un concepto. Igual que los bosques arrasados de la Amazonia o los animales maltratados, sacrificados y despedazados en el matadero... Si tuviera que enfrentarme directamente a esas realidades, no las soportaría de ninguna de las maneras. Pero a miles de kilómetros, ante un objeto transformado —un iPhone de sinuosas curvas, una estantería de teca, una buena hamburguesa—, fuera del contexto en que ha sido fabricado, sí. Querer cambiar esta realidad exige un entrenamiento, un desacondicionamiento que todas las prácticas mencionadas (y otras muchas más) podrían proporcionarnos. Del mismo modo que la higiene cotidiana o la actividad física, esta higiene de la conciencia [4] se me antoja más crucial que nunca para afrontar los próximos decenios y encontrar los recursos necesarios para pensar «fuera de la caja». [5]

¿Y ahora qué?

«¿Qué hacer?»

«¿Cómo hacerlo?»

«¿Aún hay tiempo?»

«¡Que muevan el culo los políticos!»

«No se puede esperar nada de los políticos, el cambio vendrá de abajo, de gente como nosotros.»

«Pensando en un rincón no conseguiremos impedir que las multinacionales se lo carguen todo.»

«Para nosotros se acabó, lo que hay que hacer es educar a los jóvenes, son ellos quienes cambiarán el mundo.»

«Los ecologistas *pijipis*, con sus discursitos y sus mandangas bío, no sirven de nada. Sólo para llenarse los bolsillos y reforzar el sistema.»

«Ya pueden los ecologistas radicales seguir dando gritos en su rincón, predicando en el desierto sus razones, ¿a quién le apetece unirse a ellos?»

«La tecnología será la salvación.»

«Somos esclavos de la tecnología.»

«De todos modos, aquí podemos hacer lo que queramos: la verdadera contaminación es la que hay en China...»

«Los occidentales se han aprovechado a base de bien, ¿y ahora quieren que nosotros no nos desarrollemos?»

«Yo me haré ecologista cuando Nicolas Hulot se deshaga de sus ocho coches y Yann Arthus-Bertrand deje de hacer el imbécil en helicóptero.»

Dedicamos mucho tiempo (al menos aquellos a quienes nos preocupan estas cuestiones) a marear la perdiz pasándonos la pelota. Esperando a que alguien lo haga en nuestro lugar.

Cuando, en realidad, la situación es bastante clara.

Nadie puede decir con certeza cuánto tiempo nos queda antes de que las cosas se echen a perder definitivamente. Lo que sí sabemos es que no

podemos esperar a que la sociedad evolucione de manera orgánica en una o dos generaciones. Hay que ponerse ya manos a la obra y emprender transformaciones drásticas. Llevar a cabo una verdadera revolución, una metamorfosis, una mutación. Las medidas aisladas que no replanteen en profundidad nuestras sociedades (sustituir las centrales nucleares por aerogeneradores, sustituir los pesticidas químicos por pesticidas aptos para la agricultura ecológica...) no tienen ningún sentido, a partir de ahora hay que reflexionar de manera global, teniendo en cuenta la interdependencia de todos los sistemas. Necesitamos reinventar completamente nuestros modelos económicos, agrícolas, energéticos, educativos, nuestra organización democrática... [1] Tenemos que ser conscientes de que no bastará con actuar individualmente y de que no podemos contar con la buena voluntad de los responsables políticos. Ellos tienen poco poder sin nosotros y nuestro impacto es limitado sin ellos. La única alternativa que nos queda es construir espacios de cooperación entre gobernantes, empresarios y ciudadanos. Y no hay duda de que el catalizador más eficaz para conseguirlo son los relatos, las historias. Pero cooperar no significa esperar a que todo el mundo esté de acuerdo. Implica que cada cual ponga su granito de arena para construir la nueva ficción: adoptando un nuevo modo de vida, reorientando su actividad profesional, participando en la creación de una comunidad arraigada en su territorio, implicándose políticamente para presionar a los gobernantes, o para sustituirlos, en su ciudad, en su región, en su país, movilizándose para impedir la aprobación de leyes o de proyectos especialmente destructivos, difundiendo, informando, inventando, creando... Nuestra energía sólo puede venir de nuestro entusiasmo, de nuestra capacidad para ser la persona correcta en el lugar correcto, para desarrollar nuestros talentos, para hacer lo que nos apasiona y nos da fuerzas para levantarnos cada mañana.

Al principio, sólo tenemos poder sobre nosotros mismos. Somos nuestro propio imperio. Un imperio que podemos gobernar, reformar, transformar. Actuar sobre nosotros mismos, sobre nuestro entorno más cercano, no es la finalidad, sino el punto de partida de iniciativas más amplias. Transformando nuestra ficción individual, ofrecemos a los que nos rodean el germen de un relato colectivo. Y cuando ese relato esté suficientemente

compartido habrá llegado la hora de unir fuerzas, a millones, para transformar las arquitecturas que rigen nuestras vidas. La hora de darle la vuelta a la tortilla. ¿Cuándo? No tengo ni idea. ¿Cómo exactamente? Tampoco lo sé. ¿Y si el colapso ecológico ya se ha producido? Es posible que así sea. Pero ¿acaso no tenemos otros proyectos en los que embarcarnos? Cada día se libra una pequeña batalla. Cada día se nos presenta la oportunidad de crear una realidad distinta. No hay tiempo que perder.

Fuentes

No he incluido, deliberadamente, ningún apartado con propuestas de acción concretas. Existen montones de webs y de libros que explican lo que podemos y debemos hacer en nuestra vida diaria para limitar la huella ecológica (y social) que dejamos en el planeta.

A mi modo de ver, todo se resume en una pregunta que podemos formularnos cada vez que tenemos que hacer algo y tomar una decisión (cuando compramos, cuando nos desplazamos, cuando trabajamos, cuando fregamos los platos, etcétera): ¿qué impacto tendrá esto en la naturaleza y en los otros seres humanos?

Evidentemente, responder a esta pregunta requiere a menudo hacer algunas investigaciones. Entender cómo se fabrican los productos (y quién los fabrica), cómo se transportan, dónde terminan (los residuos de los productos de limpieza, en los ríos; los desperdicios electrónicos, en ciudades-vertedero africanas...) suele ser bastante pesado, pero profundizar en esa complejidad es lo que nos permite escoger realmente y comprender el mundo en el que vivimos. Algo que ahora resulta más necesario que nunca.

He aquí, de todos modos, algunos ejemplos de libros y sitios web, sin ánimo alguno de exhaustividad...

Libros

Gaëlle Bouttier-Guérive y Thierry Thouvenot, *Planète attitude: les gestes écologiques au quotidien*, Seuil.

Christophe Chenebault, *Impliquez-vous*, Eyrolles.

Mathilde Golla, *100 jours sans supermarché*, Fayard.

Jérémie Pichon y Bénédicte Moret, *Famille (presque) zéro déchet. Ze guide*, Éditions Thierry Souccar.

Herveline Verbeken y Marie Lefèvre, *J'arrête de surconsommer!*, Eyrolles.

La colección Je passe à l'acte, de la editorial Actes Sud.

Los números especiales de la revista *Kaizen* sobre la autonomía.

Páginas web

La web de la Familia Cero Residuos: <www.famillezerodechet.com>.

Una compilación de acciones cotidianas: <maconscienceecolo.com/100-gestes-ecolos>.

La Fábrica de los Colibrís (una plataforma ciudadana de ayuda mutua donde cualquiera podrá encontrar cómo «poner su granito de arena»): <https://www.colibris-lemouvement.org/projets/fabrique-colibris>.

El carné de colaborador de los colibrís, «Cerca de casa», con más de diez mil entidades locales comprometidas en la transición: tiendas bío, venta directa de productores, AMAP (Asociaciones por el Mantenimiento de una Agricultura de Proximidad), escuelas alternativas, ecohábitat...: <https://www.colibrislemouvement.org/passer-a-laction/agir-quotidien/carte-pres-chez-nous>.

Notas

1. Yann Arthus-Bertrand acababa de estrenar *Terra*, y yo venía de realizar con Mélanie Laurent el documental *Mañana*.

2. *On n’est pas couché*, France 2, 12 de diciembre de 2015, <https://www.youtube.com/watch?v=XS1e3W3upd8>.

3. <org/fr/global-climate-march>.

4. <https://www.theguardian.com/environment/live/2015/nov/29/global-peoples-climate-change-march-2015-day-of-action-live>.

1. Con la excepción de la guerra de Bosnia, que provocó cerca de cien mil muertos.

2. Michel Serres, *C’était mieux avant!*, Le Pommier, 2017.

3. Matthieu Ricard, *En defensa del altruismo: el poder de la bondad*, traducción de Juan José del Solar Bardelli, Urano, 2016.

4. El economista inglés Max Roser, de la Universidad de Oxford, ha realizado varios gráficos que lo ilustran de manera sorprendente: <ourworldindata.org/slides/war-and-violence/#/title-slide>.

5. <http://www.fao.org/news/story/es/item/288406/icode>.

6. <https://www.inegalites.fr/L-acces-a-la-medecine-inegalement-reparti-dans-le-monde?id_theme=26>.

7. <https://www.planetoscope.com/forets/274-deforestation---hectares-de-foret-detruits-dans-le-monde.html>.

8. <nymag.com/daily/intelligencer/2017/07/climate-change-earth-too-hot-for-humans-annotated.html>.

9. Estudio que supuso el punto de partida de nuestro viaje en la película *Mañana*, que escribí y correalicé con Mélanie Laurent.

10. Seuil, col. Anthropocène, 2015.

11. <https://www.carbonbrief.org/major-correction-to-satellite-data-shows-140-faster-warming-since-1998>.

12. <https://www.independent.co.uk/news/business/news/bp-shell-oil-global-warming-5-degree-paris-climate-agreement-fossil-fuels-temperature-rise-a8022511.html>.

13. Las temperaturas del año 2016 han sido hasta la fecha las más altas del planeta desde que empezaron a registrarse en 1880: <abonnes.lemonde.fr/climat/article/2017/03/21/climat-2016-bat-un-record-de-chaleur-la-planete-entre-enterritoire-inconnu_5097869_1652612.html>.

14. <twitter.com/WMO/status/913793472087371776>.

15. Steven C. Sherwood y Matthew Huber, «An Adaptability Limit to Climate Change Due to Heat Stress», PNAS, <https://www.pnas.org/content/107/21/9552?ijkey=cf45cb85674d389513fa07106f0da491d045cda2&keytype2=tf_ipsecsha>.

16. La previsión media de la ONU es que alcanzaremos los once mil millones de habitantes en el año 2100.

17. Traducción de Ricardo García Pérez, Debate, 2006.

18. Traducción de Gilberto Rincón González, María Alejandra Pineda y Tatiana Másmela, ECOE, 2011.

19. <https://www.sciencesetavenir.fr/nature-environnement/l-inde-rattrape-la-chine-en-nombre-de-morts-de-la-pollution_110560>.

20. <https://www.who.int/es/news-room/detail/15-03-2016-an-estimated-12-6-million-deaths-each-year-are-attributable-to-unhealthy-environments>.

21. «The Joint Effect of Air Pollution Exposure and Copy Number Variation on Risk for Autism», Autism Research, 27 de abril de 2017. Véase también el artículo «Exposure to Ozone Kicks Up Chances of Autism 10-Fold in At-Risk Kids», <https://www.sciencealert.com/exposure-to-ozone-kicks-up-autism-risk-10-fold-for-those-with-high-genetic-variability>.

22. ipcc-wg2.gov/ar5/.

23. Marshall Burke, Solomon Hsiang y Edward Miguel, «Climate and Conflict», Annual Review of Economics, agosto de 2015, vol. 7, pp. 577-617, disponible en <ssrn.com/abstract=2640071> o <dx.doi.org/10.1146/annurev-economics-080614-115430>.

24. Cuatro años antes del inicio de la guerra civil, dos millones de personas, en su mayoría de origen rural, se vieron obligadas a emigrar a las ciudades, sumidas en una pobreza extrema, afectadas por la peor sequía que el país haya conocido nunca. Amontonadas en pequeñas viviendas insalubres, esperaron una ayuda del gobierno que nunca llegó. El sufrimiento de los habitantes provocó un sentimiento de indignación. Sumada a décadas de inestabilidad política y de tensiones religiosas, a años de dictadura y al contexto de revoluciones en los países árabes, la sequía contribuyó al drama que todos conocemos.

25. <news.un.org/fr/story/2008/12/145732-climat-250-millions-de-nouveaux-deplaces-dici-2050-selon-le-hcr>.

26. <https://www.leparisien.fr/espace-premium/fait-du-jour/10-millions-d-hectares-de-terres-cultivees-hors-de-leurs-frontieres-30-06-2016-5926767.php>.

27. <https://www.statistiques.developpement-durable.gouv.fr/47-millions-de-poids-lourds-en-transit-travers-la-france-en-2010-moins-nombreux-quen-2004-mais-plus>.

28. La cifra hace referencia a Francia, <https://www.salon-technotrans.com/le-transport-en-chiffres>.

29. Jeremy Rifkin, *La tercera revolución industrial: cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*, traducción de Albino Santos Mosquera, Paidós, 2011.

30. «Si no actuamos, los costes y los riesgos globales del cambio climático serán equivalentes a perder al menos el 5 % del PIB mundial cada año, ahora y para siempre. Si se toma en cuenta un abanico más amplio de riesgos y de consecuencias, la estimación de los daños podría aumentar hasta el 20 % del PIB, o incluso más. Por el contrario, los costes de la acción —reducir las emisiones de gases de efecto invernadero para evitar las peores consecuencias del cambio climático— podrían limitarse a alrededor de un 1 % del PIB mundial cada año», *Stern Review on Economics of Climate Change*.

31. <tempsreel.nouvelobs.com/sciences/20170628.OBS1345/rechauffement-climatique-il-ne-reste-que-3-ans-pour-inverser-la-tendance.html>.

32. <abonnes.lemonde.fr/planete/article/2017/11/13/le-cri-d-alarme-de-quinze-mille-scientifiques-sur-l-État-de-la-planete_5214185_3244.html>.

33. <https://www.liberation.fr/debats/2017/08/23/de-la-fin-d-un-monde-a-la-renaissance-en-2050_1591503>.

1. Historiadora francesa, especialista en historia de la deportación durante la Segunda Guerra Mundial.

2. <sepia.ac-reims.fr/clg-les-lacobins/-spip-/IMG/pdf/La_resistance_dans_les_camps_de_concentration.pdf>.

3. <bibliobs.nouvelobs.com/idees/20161229.OBS3181/trier-manger-bio-prendre-son-velo-ce-n-est-pas-comme-ca-qu-on-sauvera-la-planete.html>.

4. <partage-le.com/2017/01/le-piege-dune-culpabilite-perpetuelle-par-will-falk>.

5. <partage-le.com/2015/03/oubliez-les-douches-courtes-derrick-jensen>, traducción al francés de Vanessa Lefebvre y Nicolas Casaux. Edición original: <https://www.derrickjensen.org/2009/07/forget-shorter-showers>.

6. Esta media varía considerablemente entre países. Así, en Francia, el 48 % se destina a la irrigación, el 22 % a la producción de energía (esencialmente para la refrigeración de las centrales nucleares), el 6,7 % a la industria y el 24 % a usos domésticos: <www.cieau.com/le-metier-de-leau/ressource-en-eau-eau-potable-eaux-usees/qui-preleve-et-consomme-leau-en-france> y <www.planetoscope.com/consommation-eau/239-consommation-d-eau-dans-le-monde.html>.

7. Esta media esconde unas enormes disparidades: un 1,7 % en Finlandia frente a un 32,3 % en Portugal. Francia se encuentra en la franja media con un 8,8 %... Todas las cifras en: <ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/File:Waste_generation_by_economic_activities_and_households,_EU-28,_2014_(%25)_YB17-fr.png>.

8. Porcentaje en Francia en 2013, <observatoire-electricite.fr/notes-de-conjoncture/La-consommation-d-energie-en-320>.

9. Citado en <partage-le.com/2015/03/oubliez-les-douches-courtes-derrick-jensen/>, traducción al francés de Vanessa Lefebvre y Nicolas Casaux. Edición original: <https://www.derrickjensen.org/2009/07/forget-shorter-showers/>.

10. Ver la crónica del sitio web Toute l’Europe: <https://www.touteleurope.eu/actualite/l-europe-s-invite-au-grenelle-de-l-environnement.html>.

11. El 2 de febrero de 2016, declaraba en el programa televisivo *Cash Investigation*: «Lucho para que se reduzca».

12. <abonnes.lemonde.fr/planete/article/2017/01/31/les-ventes-de-pesticides-en-france-ont-baisse-pour-la-premiere-fois-depuis-2009_5072293_3244.html>.

13. Cita que me fue referida por personas de su entorno y que aparece aquí: <blogs.mediapart.fr/pizzicalaluna/blog/191213/danielle-mitterrand-la-democratie-n-existe-ni-aux-usa-ni-en-france>.

14. Este término designa el ir y venir de asalariados de grandes empresas —bancos, compañías petrolíferas y, ahora también, empresas de Silicon Valley—, que adquieren responsabilidades en la administración pública y regresan después al sector privado.

15. <partage-le.com/2015/03/oubliez-les-douches-courtes-derrick-jensen/>, traducción al francés de Vanessa Lefebvre y Nicolas Casaux. Edición original: <http://www.derrickjensen.org/2009/07/forget-shorter-showers>.

16. Según un informe de Kantar Worldpanel (enero de 2016).

17. <http://www.latribune.fr/entreprises-finance/services/distribution/distribution-l-influence-croissante-des-centrales-d-achats-europeennes-554736.html>.

18. <https://www.agencebio.org/comprendre-le-consommateur-bio>.

19. <blogs.mediapart.fr/mariethe-ferrisi/blog/070513/la-strategie-de-choc-du-chili-la-grece>.

20. Sobre todo la de los *colapsólogos* en Francia y del Institut Momentum: Yves Cochet, Pablo Servigne, Raphaël Stevens, el realizador Clément Montfort, el escritor Dmitry Orlov...

21. Con capacidad de encajar los golpes sin venirse abajo.

22. La Responsabilidad Social Empresarial, el compromiso por parte de las empresas de respetar el medio ambiente.

23. Los esfuerzos, a menudo reales, de los responsables de la RSE o de desarrollo social se detienen por norma general cuando el impacto sobre la rentabilidad de las actividades es demasiado elevado.

24. Guillaume Pitron, *La Guerre des métaux rares: la face cachée de la transition économique et numérique*, Les Liens qui libèrent, 2018.

25. La rotura de dos presas mineras liberó decenas de miles de metros cúbicos de barro contaminado en Minas Gerais. La riada se abrió camino hacia el océano, desatando un desastre para los ecosistemas, <reporterre.net/Le-Bresil-frappe-par-la-pire-catastrophe-ecologique-de-son-histoire>.

26. Aunque la propia afirmación esté sujeta a debate. Leer particularmente *La Guerre des métaux rares: la face cachée de la transition économique et numérique*, de Guillaume Pitron, Les Liens qui libèrent, 2018, o *L'Âge des low-tech*, de Philippe Bihouix, Seuil, 2014.

27. En realidad, esta pregunta plantea otra, de mayor calado aún: ¿el ser humano, respaldado por su especificidad, tiene que desempeñar un papel particular en la división de nuestro ecosistema Tierra? Si así es, ¿cuál?

28. <partage-le.com/2015/03/oubliez-les-douches-courtes-derrick-jensen/>, traducción al francés de Vanessa Lefebvre y Nicolas Casaux. Edición original: <http://www.derrickjensen.org/2009/07/forget-shorter-showers/>.

1. George Marshall, *Don't Even Think About It: Why Our Brains Are Wired to Ignore Climate Change*, Bloomsbury, 2015, pp. 48 y 105.

2. Nancy Huston, *La especie fabuladora*, traducción de Noemí Sobregués, Galaxia Gutenberg, 2017, pp. 14 y 15.

3. Citados por Matthieu Ricard en *En defensa del altruismo*, ob. cit.

4. Yuval Noah Harari, *Homo Deus: breve historia del mañana*, traducción de Joandomènec Ros, Debate, 2016, pp. 171-172.

5. Inspirándose asimismo en las primeras investigaciones científicas y en la novela homónima de Thea von Harbou.

6. Película de Vasili Zhuravlyov.

7. Jean-Gabriel Ganascia, entrevista en *Le Nouveau Magazine littéraire*, 15 de febrero de 2018.

8. <https://www.les-crises.fr/la-fabrique-du-cretin-defaite-nazis>.

1. Un francés trabaja de media 1.928 horas al año, lo que, trasladado a una jornada, equivale a 5,3 horas. Una cifra engañosa, como todas las cifras y las medias que esconden grandes disparidades entre las personas que trabajan 52 horas a la semana y aquellas que trabajan 32... (<abonnes.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2016/06/17/les-francais-travaillent-ils-vraiment-moins-que-les-autres-europeens_4953056_4355770.html>).

2. Cerca de cuatro horas frente al televisor y otras cuatro con dispositivos digitales (smartphone, tableta, ordenador). No cabe duda de que el tiempo pasado en línea, en las redes sociales, invertido en jugar o en zanganear queda probablemente incluido en el de los transportes, la comida, el trabajo... Ahora bien, estas ocho horas no incluyen el tiempo pasado delante de un ordenador trabajando... (<www.emarketer.com/Article/Media-Time-Will-Tilt-Digital-France-2017/1014720>).

3. La noche de sueño de un francés dura de media siete horas y trece minutos (<futura-sciences.com/sante/actualites/medecine-nuit-sommeil-france-dure-moyenne-7-heures-13-minutes-42827/>).

4. Cincuenta minutos para ir y volver de su lugar de trabajo, a los que hay que sumar los tiempos de desplazamiento para el resto de las actividades: compras, colegio, ocio... (<https://www.lemonde.fr/societe/article/2015/11/02/les-francais-mettent-en-moyenne-50-minutes-pour-l-aller-retour-domicile-travail_4801698_3224.html>).

5. Existen varias razones para ello, particularmente el mecanismo de la creación monetaria basado en el crédito. A este respecto, véase la entrevista a Bernard Lietaer en mi libro anterior *Mañana: una revolución en marcha*, Errata Naturae, 2017 (trad. Silvia Moreno Parrado). Es igualmente recomendable leer la explicación meridiana de Yuval Harari en su obra *Homo Deus*, Debate, 2016 (trad. Joan domènec Ros) o el gran clásico *Los límites del crecimiento*, de la pareja Meadows, Jorgen Randers y William W. Behrens III, Fondo de Cultura Económica, 1972 (trad. María Soledad Loaeza de Graue).

6. *La tercera revolución industrial*, ob. cit., p. 320.

7. En 2013, menos del 10 % de la población mundial poseía el 83 % del patrimonio mundial (<www.inegalites.fr/spip.php?article1393>). En 2017, triste récord, ocho personas poseían tanto dinero y riquezas como otros 3.600 millones: <www.oxfam.org/fr/salle-de-presse/communiques/2017-01-16/huit-hommes-possedent-autant-que-la-moitie-de-la-population>.
En Francia, el 20 % de las personas más ricas concentra un 43 % de los ingresos, mientras que el 50 % más pobre posee apenas el 8 % del patrimonio. Cifra emblemática: la dueña de L'Oréal, Liliane Bettencourt, poseía a principios de 2017 —falleció ese mismo año— más de 31.200 millones de euros, lo que representa el equivalente a 1,77 millones de años de salario mínimo: <abonnes.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2017/05/30/dix-graphiques-qui-illustrent-les-inegalites-en-france_5136168_4355770.html>.

8. <www.lepoint.fr/economie/le-salaire-du-dealer-15-12-2011-1408690_28.php>.

9. Hay diversas encuestas que han intentado ordenar la cuestión. En un sondeo del instituto GfK en 2013, el 43,7 % de los franceses encuestados declaraba que le gustaba su trabajo, «pero sin más»: <www.bfmtv.com/societe/moins-moitie-francais-aiment-travail-648324.html>. Otro estudio, Parlons travail, lanzado en 2016 por la CFDT, la Confederación Francesa Democrática del Trabajo, que pese a parecer más amplio tiene algún que otro sesgo, dado que la población de participantes era voluntaria, preguntó a doscientas mil personas (de hecho, los autores del estudio admiten que esa muestra ponderada no puede considerarse «representativa de la población de los asalariados en Francia. Sólo podemos asegurar que presenta una estructura conveniente con respecto a las variables socioeconómicas de base»). Entre los encuestados, el 77 % declaraba que le gustaba su trabajo, pero sólo un 39 % seguirían trabajando (sin especificar si continuarían haciendo lo mismo) si les tocara la lotería; un 25 % ejerce hoy la profesión con la que soñaba antes de empezar a trabajar; el 84 % afirma trabajar «básicamente para cubrir sus necesidades» (<analyse.parlonstravail.fr>).

10. <www.lemonde.fr/sciences/article/2017/05/31/la-surexposition-des-jeunes-enfants-aux-ecrans-est-un-enjeu-majeur-de-sante-publique_5136297_1650684.html>.

11. Estudios llevados a cabo por Gloria Mark y Microsoft, citados por Tristan Harris, TED Talk: <https://www.ted.com/talks/tristan_harris_how_better_tech_could_protect_us_from_distraction?language=es>.

12. <https://www.theguardian.com/technology/2017/oct/05/smartphone-addiction-silicon-valley-dystopia>.

13. TED Talk: <https://www.ted.com/talks/tristan_harris_how_better_tech_could_protect_us_from_distraction?language=es>.

14. <www.nouvelobs.com/rue89/rue89-le-grand-entretien/20160604.RUE3072/tristan-harris-des-millions-d-heures-sont-juste-volees-a-la-vie-des-gens.html>.

15. Uno de los primeros cascos de realidad virtual.

16. <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2017/09/has-the-smartphone-destroyed-a-generation/534198/>.

17. Apenas el 56 % de los estudiantes de entre quince y dieciocho años han «salido» con una chica o un chico en 2015, frente a un 85 % en el caso de la generación X, nacida entre 1961 y 1981, o entre 1966 y 1976, según los sociólogos.

18. Un 40 % de relaciones sexuales menos en los adolescentes de quince y dieciséis años; y la primera relación llega un año más tarde, de media, que en la generación X.

19. Un alumno de entre quince y dieciséis años que sea usuario intensivo de las redes sociales incrementa su riesgo de depresión un 27 %. A escala global, entre 2012 y 2015, los síntomas depresivos en los chicos han aumentado un 21 %, y en las chicas, un 50 %.

20. El número de adolescentes estadounidenses con falta de sueño ha aumentado un 77 % en comparación con 1991.

21. Matthew B. Crawford, *The World Beyond Your Head: On Becoming an Individual in Age of Distraction*, Farrar, Straus and Giroux, 2015.

22. La heteronomía es el hecho de que un ser viva según unas reglas que le son impuestas, según una «ley» padecida. La heteronomía es lo contrario de la autonomía, donde un ser vive e interacciona con el resto del mundo según su propia naturaleza (<fr.wikipedia.org/wiki/Hétéronomie>).

23. <www.franceculture.fr/numerique/lawrence-lessig-la-segmentation-du-monde-que-provoque-internet-est-devastatrice-pour-la>.

24. Hoy, los dirigentes de los gigantes de internet: los GAFAM estadounidenses (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft), los BATX chinos (Baidu, Alibaba, Tencent y Xiaomi) o los NATU (Netflix, Airbnb, Tesla y Uber).

25. Estados Unidos representa una variación híbrida, donde hay estados enteros que han prohibido la teoría de la evolución en sus libros de texto y la han sustituido por la hipótesis de que «el cielo y la tierra» fueron creados por Dios hace siete mil años.

26. *Archives parlementaires de 1787 a 1860*, Librairie administrative de Paul Dupont, 1875.

27. Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*, traducción de María José Villaverde, Ediciones Altaya, 1993, libro III, cap. XV, p. 94.

28. Reunidos en el Tribunal Supremo: modificación constitucional de 2007.

29. Una revisión de la Constitución francesa, efectuada por el Congreso el 4 de febrero de 2008 en el palacio de Versalles, permitió la ratificación de este tratado por la vía parlamentaria el 8 de febrero.

30. <https://www.colibris-lemouvement.org/sites/default/files/etude_ifop_colibris.pdf>.

31. Véase <www.bbc.com/news/blogs-echochambers-27074746> y <journals.cambridge.org/action/displayAbstract?fromPage=online&aid=9354310>.

32. Jean-Jacques Rousseau, ob. cit., cap. IV, p. 67.

33. Una ilustración extrema de este principio borreguil es la extraordinaria escena de la película *The Square*, galardonada con la Palma de Oro en el Festival de Cannes 2017, en la que los distinguidos comensales de una cena en Estocolmo en la que se ofrece una *performance* de arte contemporáneo se quedan paralizados ante el artista cuando éste, interpretando a un primate, agrede a una invitada, se la lleva y la tumba como si se dispusiera a violarla. La mujer chilla, suplica auxilio, pero nadie se mueve, sin saber si «hay que» moverse o no, preguntándose cómo reaccionarán los demás si se interponen. Hasta que un hombre se incorpora y ataca al artista/primate. Cinco, diez hombres lo siguen entonces en una lucha grotesca, se abalanzan a empujones, cuando no habían movido ni un dedo durante unos eternos minutos. La escena termina en ese fárrago, dejándonos con la duda de si su reacción o la falta de ella formaba, también, parte de la *performance*.

34. Para los que creen en el colapso, podríamos reformular estos hechos como sigue: tenemos datos científicos suficientemente sólidos que nos permiten vislumbrar que nos precipitamos hacia la catástrofe; ya es demasiado tarde para evitarla, debemos, pues, prepararnos para el postcolapso; el mejor modo de aplacar la angustia e insuflar energía a aquellos que podrían construir la resiliencia a partir de hoy o a quienes sobrevivirán a los golpes de mañana está, seguramente, en las ficciones basadas en la cooperación, imaginando un mundo postcatástrofe que no fuera únicamente distópico, sino en el que los humanos aprendieran de sus errores e imaginaran nuevas formas de vivir.

1. A menudo ya no sabemos ni reparar ni fabricar sin pasar por procesos centralizados (servicio postventa de grandes empresas, fábricas para manufacturar productos al por mayor), lo que nos hace depender de nuevo de las grandes estructuras y, por tanto, ser más frágiles.

2. Véase el capítulo sobre la moneda de mi anterior libro, *Mañana: una revolución en marcha*, ob. cit., pp. 186-224.

3. Véanse principalmente las investigaciones realizadas por Robert Ulanowicz y Alexander C. Zorach, de la Universidad de Maryland: «Quantifying the Complexity of Flow Networks: How Many Roles Are There?», publicadas en la revista *Complexity* en 2003: <onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1002/cplx.10075/full>.

4. <www.youtube.com/watch?v=nORI8r3Jiyw> (a partir del minuto 7′50″).

5. La economía azul es un modelo económico concebido por el empresario belga Gunter Pauli, que defiende cubrir las necesidades básicas priorizando los productos locales y los seres vivos, basándose en los principios de la economía circular y dando valor a los desechos. El color de este modelo hace referencia al cielo y a los océanos, frente a la economía verde del llamado desarrollo «sostenible» (<fr.wikipedia.org/wiki/Économie_bleue>).

6. Según la Arbor Tree Alliance, cada nuevo árbol plantado almacena una media de entre veinte y treinta kilogramos anuales. Una hectárea de bosque absorbe así cada año el equivalente a las emisiones que producen cien mil kilómetros recorridos en coche: <www.arborenvironmentalalliance.com/carbon-tree-facts.asp>.

7. Se calcula que el océano concentra cincuenta veces más carbono que la atmósfera. Para algunos científicos, la alta mar y su columna de agua serían el mayor sumidero de carbono del planeta: <ocean-climate.org/?p=3844>.

8. Isabelle Delannoy, *L'Économie symbiotique: régénérer la planète, l'économie et la société*, Actes Sud, col. Domaine du possible, 2017.

9. Su hija y su yerno han coordinado la construcción de un prototipo, el Hameau des Buis (literalmente, el Poblado de los Bojes), una ecoaldea de una veintena de casas construidas con una arquitectura llamada *de recolecta*, que utiliza la madera de los bosques de la región para el armazón y la estructura, la tierra extraída durante los trabajos de excavación —mezclada con la paja de los campesinos de la zona— para hacer los ladrillos, tejados vegetales, piedras del propio terreno para levantar los muros o los muretes que delimitan las habitaciones...

10. La simbiosis es uno de los procesos más importantes de la naturaleza: permite la asociación estrecha y perenne de dos organismos distintos, que encuentran en sus diferencias sus complementariedades.

11. Dicho estudio demostró que es posible crear un empleo de horticultor ecológico remunerado decentemente con una superficie de mil metros cuadrados, mientras que por regla general para conseguir los mismos ingresos y cantidades de producción se necesita una superficie diez veces mayor: <http://www.inra.fr/Chercheurs-etudiants/Agroecologie/Tous-les-magazines/Ferme-du-Bec-Hellouin-la-beaute-rend-productif>.

12. *Manifeste NégaWatt*, Actes Sud, col. Domaine du possible, 2012, y col. Babel, n.º 1.350, 2015.

13. Sistema en el cual el poder político es atribuido a los ciudadanos adinerados (*Larousse*).

14. Léase al respecto *Contra las elecciones*, de David Van Reybrouck, traducción de Marta Mabres Vicens, Taurus, 2017.

15. Una historia más completa de la revolución islandesa puede leerse en la obra de Pascal Riché *Comment l'Islande a vaincu la crise*, Versilio / Rue 89, 2013 («L'Islande, modèle de sortie de crise?», *Libération*, 8 de febrero de 2013) y en mi libro *Mañana: una revolución en marcha*, ob. cit.

16. Otros muchos experimentos e investigaciones aparecen descritos en *Contra las elecciones*, de David Van Reybrouck, ob. cit.

17. Véase su página web: <humanetech.com>.

18. La productividad del trabajo se ha triplicado desde los años setenta y el PIB se ha duplicado, pero la mayoría de la población no ha visto ni un duro de tanta riqueza, una riqueza concentrada principalmente en unas pocas manos y parcialmente escondida o desviada a paraísos fiscales, evitando así la posibilidad de cualquier tipo de redistribución.

19. Algunos ejemplos relevantes serían el programa Mincome llevado a cabo en Canadá en los años setenta (los jóvenes estudiaban más y durante más tiempo, mientras que los ingresos hospitalarios, la violencia conyugal y las patologías mentales disminuían), el estudio realizado en cinco ciudades norteamericanas en 1964 o el experimento que sigue vigente en Alaska gracias al maná petrolífero y que hace de este estado uno de los más igualitarios de todo el país. Estas experiencias aparecen descritas en *Utopía para realistas*, de Rutger Bregman, traducción de Javier Guerrero Gimeno, Salamandra, 2017. Otras se explican en *Le revenu de base: une idée qui pourrait changer nos vies*, de Olivier Le Naire y Clémentine Lebon, Actes Sud, col. Domaine du possible, 2016.

20. <http://www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736%20(09)%2061166-1/fulltext>.

21. Rutger Bregman, *Utopía para realistas*, ob. cit.

22. H. Roy Kaplan, *Lottery Winners: the Myth and Reality*, tesis doctoral, <link.springer.com/article/10.1007/BF01367438>.

23. Los investigadores más progresistas sobre la renta básica, como el filósofo y sociólogo Philippe Van Parijs, sitúan las cifras en mil euros mensuales por adulto y cuatrocientos euros por niño.

24. Aunque este ejemplo es el más delicado, pues el directivo en cuestión difícilmente querrá renunciar a su elevado tren de vida. Su adicción al dinero puede ser demasiado importante.

25. El artículo 123 del Tratado de Lisboa estipula: «Queda prohibida la autorización de descubiertos o la concesión de cualquier otro tipo de créditos por el Banco Central Europeo y por los bancos centrales de los Estados miembros, denominados en lo sucesivo “bancos centrales nacionales”, en favor de instituciones, órganos u organismos de la Unión, Gobiernos centrales, autoridades regionales o locales u otras autoridades públicas, organismos de Derecho público o empresas públicas de los Estados miembros, así como la adquisición directa a los mismos de instrumentos de deuda por el Banco Central Europeo o los bancos centrales nacionales». El artículo 123 retoma el artículo 104 del Tratado de Maastricht, a su vez idéntico al artículo 181 del Tratado Constitucional Europeo.

26. En realidad, según la regla, el banco debe poseer 1 para poder crear 0,8. Yo he utilizado aquí la equivalencia 1 a 1 para simplificar la explicación.

27. <fr.wikipedia.org/wiki/Effet_multiplicateur_du_crédit>.

28. Para profundizar en esta cuestión, véase Bernard Lietaer y Jacqui Dunne, *Réinventons la monnaie!*, Yves Michel, 2016.

29. François Morin, *Le Nouveau Mur de l’argent: essai sur la finance globalisée*, Seuil, 2006.

30. *Mañana: una revolución en marcha*, ob. cit., p. 194.

31. «The Macro-Stability of Swiss WIR-Bank Spending: Balance, Velocity, and Leverage», *Comparative Economic Studies*, diciembre de 2016, vol. 58 (n.º 4), pp. 570-605, <link.springer.com/article/10.1057/s41294-016-0001-5?view=classic>; y «Complementary Credit Networks and Macro-Economic Stability: Switzerland's Wirtschaftsring», *Journal of Economic Behavior and Organization*, octubre de 2009, pp. 79-95, <http://www.JimStodder.com/WIR_Update2>.

32. <https://fr.wikipedia.org/wiki/Ethereumwww.jimstodder.com/Stodder_vita.html>.

33. La tecnología *blockchain* (o cadena de bloques) es una tecnología de almacenamiento y transmisión de datos, transparente, segura y que funciona sin un órgano central de control (según la definición de Blockchain France). Existen *blockchains* públicas, abiertas a todos, y *blockchains* privadas, cuyo acceso y utilización se limitan a determinados usuarios. Una *blockchain* pública sería el equivalente a un gran libro de cuentas público, anónimo e infalsificable. Como dice el matemático Jean-Paul De la haye, hay que imaginársela como «un gran cuaderno que todo el mundo puede leer de forma libre y gratuita y en el que todo el mundo puede escribir, pero que nadie puede borrar y es indestructible» (*Pour la science*, marzo de 2015, p. 80).

34. <fr.wikipedia.org/wiki/Ethereum>.

35. <founders.archives.gov/documents/Jefferson/03-10-02-0053>.

36. Cuando, en realidad, el origen de la deuda habría que buscarlo en los bancos privados, más que en una mala gestión del Estado. Véase el análisis que hace Éric Toussaint <en www.cadtm.org/Grece-Les-banques-sont-a-l-origine>.

37. En 2015, un 86 % de los préstamos sirvió para devolver la deuda, sólo un 10 % fue a parar a los presupuestos del Estado y un 4 % al Fondo Europeo de Estabilidad Financiera (FEEF) (<http://www.cadtm.org/La-dette-publique-grecque-I>).

38. <http://www.lefigaro.fr/flash-eco/2015/08/10/97002-20150810FILWWW00214-grece-l-allemagne-a-profite-de-la-crise-etude.php>.

39. Ibídem.

40. <http://www.france24.com/fr/20171011-bce-banque-centrale-dette-grecque-profit-interet-economie-europe>.

1. Lesbianas, gais, bisexuales y trans.

2. El título original es aún mejor: *Blueprint for Revolution: How to Use Rice Pudding, Lego Men, and Other Nonviolent Techniques to Galvanize Communities, Overthrow Dictators, or Simply Change the World*. Traducción de Pilar Nuño y Ana García-Romeu, Malpaso, 2016.

3. Se trata de una explicación esquemática. En realidad, aunque haya funciones que estén más localizadas en un hemisferio que en otro, nuestro cerebro en conjunto está implicado durante nuestras actividades, como puso de manifiesto un estudio de 2013: «An Evaluation of the Left-Brain vs. Right-Brain Hypothesis with Resting State Functional Connectivity Magnetic Resonance Imaging», <journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0071275>.

4. Citado por William Safire, *Words of Wisdom*, Simon and Schuster, 1990.

5. Traducción de Varda Fizsbein, Urano, 2015.

6. Famoso barrio gay de San Francisco donde vivía Harvey Milk.

7. Ley calificada como «la más estricta y la más inclusiva de toda la nación», según *The New York Times*. «Bill on Homosexual Rights Advances in San Francisco», *The New York Times*, 22 de marzo de 1978, p. A21.

8. La proposición 6.

9. Al escribir estas líneas, no obvio que su triste asesinato también contribuyó a que pasara a la posteridad y a su papel de mártir de la causa gay.

10. *Mañana: una revolución en marcha*, ob. cit.

11. Influyen en el 90 % de los periódicos que se venden, el 55 % de la audiencia televisiva y el 40 % de la audiencia radiofónica: <www.bastamag.net/Le-pouvoir-d-influence-delirant-des-dix-milliardaires-qui-possedent-la-presse>.

12. Todas estas citas y datos pertenecen a dos obras de Marc Ferro: *Analyse de film, analyse de sociétés: une source nouvelle pour l'histoire*, Hachette, 1976; y El cine, una visión de la historia, Akal, 2008, traducción de Taller de Publicaciones.

13. «Banalisation de l'état d'urgence: une menace pour l'État de droit», tribuna publicada el 12 de julio de 2007 en los sitios web de *Mediapart y de Libération*, firmada por trescientos universitarios e investigadores, <www.liberation.fr/debats/2017/07/12/banalisation-de-l-etat-d-urgence-une-menace-pour-l-etat-de-droit_1583331>.

14. <http://www.lefigaro.fr/secteur/high-tech/2017/12/11/32001-20171211ARTFIG00240-en-chine-le-grand-bond-en-avant-de-la-reconnaissance-faciale.php>.

15. <www.slate.fr/story/157444/chine-police-lunettes-intelligentes-reconnaissance-faciale>.

16. <www.lepoint.fr/high-tech-internet/une-semaine-avec-une-puce-sous-la-peau-27-06-2015-1940461_47.php>.

17. Entrevista en *Kaizen*, noviembre de 2012.

18. Puede descargarse de forma gratuita aquí: <http://www.aeinstein.org/wp-content/uploads/2013/09/DelaDict.pdf>.

19. Léase al respecto *Squatter le pouvoir: les mairies rebelles d'Espagne*, Lux, 2016, de Ludovic Lamant.

20. El C40 o Cities Climate Leadership Group agrupaba, en un inicio, a las cuarenta mayores aglomeraciones mundiales para emprender una acción contra el cambio climático. Ya son noventa...

21. <www.lemonde.fr/smart-cities/article/2017/10/23/treize-grandes-metropoles-veulent-devenir-des-territoires-sans-energie-fossile-d-ici-a-2030_5204747_4811534.html>.

22. <www.lemonde.fr/planete/article/2017/03/13/climat-paris-vise-la-neutralite-carbone-en-2050_5093437_3244.html>.

23. Aunque las soluciones avanzadas dependan todavía mucho de respuestas tecnológicas poco sostenibles (dispositivos digitales, paneles solares, *high-tech*), la voluntad está ahí. Queda innovar para adoptar mecanismos como el de la economía simbiótica tratada anteriormente.

24. <reporterre.net/New-York-attaque-cinq-petroliers-en-justice-pour-leur-responsabilite-dans-le>.

25. Véase <https://www.un.org/es/development/desa/news/population/world-urbanization-prospects-2014.html> y <www.bbc.com/news/science-environment-12881779>.

1. En diciembre de 2017 se publicaron dos estudios sobre esta cuestión en la revista *Cell*: «A Viral (Arc) Hive for Metazoan Memory» y «The Neuronal Gene Arc Encodes a Repurposed Retrotransposon Gag Protein that Mediates Intercellular RNA Transfer», <www.ulyces.co/news/un-virus-prehistorique-pourrait-etre-responsable-de-notre-faculte-de-penser>.

2. <tricycle.org/trikedaily/priest-bringing-meditation-nypd>.

3. *En defensa del altruismo*, ob. cit., p. 697.

4. Es la idea desarrollada principalmente por Thomas d’Ansembourg y David Van Reybrouck en su libro *La paz se aprende*, Arpa, 2017, traducción de Javier García Soberón.

5. *To think out of the box* es una expresión anglosajona que significa «pensar más allá de nuestros límites, de nuestras referencias, de nuestros condicionantes».

1. No me he entretenido aquí en analizar el contenido de estas propuestas, que pueden consultarse en mi anterior libro, *Mañana: una revolución en marcha*, ob. cit.

Agradecimientos

Quiero dar efusivamente las gracias a Éva Chanet, Anne-Sylvie Bameule, Jean-Paul Capitani y Aïté Bresson por sus relecturas atentas y benévolas.

Gracias también a Émeline Lacombe por su indispensable trabajo de coordinación.

Gracias a todos los autores que aparecen citados en este libro, cuyas ideas e investigaciones me han enriquecido enormemente. Entre todos ellos, un agradecimiento especial y caluroso para mi amiga Nancy Huston, cuyo trabajo tanto admiro. Su ensayo *La especie fabuladora* es sin duda uno de los libros que más han influido en mis proyectos desde hace cuatro años y ha transformado radicalmente mi visión del mundo. No hace falta decir que es una de las principales fuentes de inspiración de este libro.

Gracias a Pablo y a Lou por haber soportado los cambios de humor de su padre, que no siempre conseguía encontrar el espacio necesario para concentrarse.

Y gracias a Fanny por seguir leyéndome, dándome confianza e inspirándome.

Resiste
Cyril Dion

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Petit manuel de résistance contemporaine*

Diseño de la portada, planeta Arte & Diseño

© Actes Sud, 2018

© de la traducción, Inés Clavero y Pablo Martín Sánchez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-322-3540-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta